

A young man and woman are shown in a close embrace, kissing. They are positioned on a carousel horse, which is ornate and golden. The woman is wearing a blue top and a light blue skirt, while the man is wearing a blue and white striped shirt. The background is filled with warm, golden lights, suggesting a festive or romantic setting.

NORA  
ROBERTS

*Velas rotas*

NORA  
ROBERTS

*Velas rotas*



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 1982 Nora Roberts  
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Velos rotos, n.º 16 - junio 2017  
Título original: Her Mother's Keeper

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-158-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

*Uno*

*Dos*

*Tres*

*Cuatro*

*Cinco*

*Seis*

*Siete*

*Ocho*

*Nueve*

*Diez*

*Once*

*Doce*

## **Uno**

El taxi sorteaba zumbando el tráfico del aeropuerto. El calor de Luisiana palpitaba a su alrededor; Gwen dejó escapar un largo suspiro y cambió de postura al notar que la fina tela de la camisa de lino de color marfil se le había pegado a la espalda. El alivio fue efímero. Mientras miraba por la ventanilla con los ojos entornados, decidió que el sol de julio no había cambiado en los dos años que llevaba fuera. El taxi viró bruscamente, alejándose del centro de Nueva Orleans, y puso rumbo al sur. Gwen pensó que muy pocas cosas habían cambiado en aquellos dos años, aparte de ella misma. El musgo negro colgaba aún de los árboles pegados a la carretera, dándole a la tarde empapada de sol un aire de ensoñación. La brisa arrastraba aún el olor denso y penetrante de las flores. El ambiente estaba impregnado de una lánguida indolencia que Gwen casi había olvidado durante los dos años que llevaba viviendo en Manhattan. «Sí», pensó, estirando el cuello para vislumbrar un brazo del río casi tapado por los árboles, «soy yo quien ha cambiado. He crecido».

Tenía veintiún años y una inocencia llena de idealismo cuando se marchó de Luisiana. Ahora, a los veintitrés, se sentía madura y experimentada. Era la ayudante del editor de moda de la revista *Style*, y estaba acostumbrada a enfrentarse a plazos de entrega y a modelos caprichosas, e incluso lograba hacerle un hueco a su vida privada en medio del ajetreo de su carrera profesional. En efecto, había aprendido a valerse por sí misma sin contar con el respaldo de gentes y lugares conocidos. La insidiosa melancolía que había experimentado durante sus primeros meses en Nueva York había caído en el olvido, y el suplicio de la inseguridad y del miedo a estar sola se habían esfumado de su memoria. Gwen Lacrosse no sólo había sobrevivido a

su trasplante de la tierra de las magnolias al cemento: tenía también la sensación de haber triunfado. «Soy una chica de un pueblecito del sur que sabe arreglárselas sola», pensó con un destello de insolencia. No había vuelto a casa de visita, ni para pasar un verano sabático. Había vuelto con una misión. Cruzó los brazos en un gesto inconsciente de determinación.

Por el espejo retrovisor, el taxista vislumbraba una cara larga y ovalada, rodeada por una larga melena de rizos de color caramelo. La estructura facial de su pasajera era elegante, pero sus rasgos, más bien afilados, tenían un perfil adusto. Sus enormes ojos castaños permanecían fijos en la distancia, y su boca carnosa y ancha no sonreía. A pesar de su expresión severa, pensó el taxista, tenía una cara preciosa. Ajena a su escrutinio, Gwen siguió frunciendo el ceño, absorta en sus pensamientos. El paisaje se emborronó y desapareció de su visión.

¿Cómo, se preguntaba, podía ser tan ingenua una mujer de cuarenta y siete años? Qué manera de ponerse en ridículo. «Mamá siempre ha sido soñadora y poco práctica, ¡pero esto! Es todo culpa de él», pensó con resentimiento. Sintió un nuevo arrebató de ira y entornó los ojos; su tez marfileña se tiñó cálidamente de rosa. Luke Powers –Gwen rechinó los dientes al recordar su nombre–, el famoso novelista y escritor de guiones, el trotamundos, el deseado soltero... «Una rata», concluyó Gwen mientras retorció sin darse cuenta el asa de su bolso de cuero con un gesto que se parecía sospechosamente al de retorcer un pescuezo. Una rata de treinta y cinco años. «Bueno, señor Powers», siguió pensando, «su pequeño romance con mi madre se ha terminado. He recorrido todos estos kilómetros para ponerlo de patitas en la calle. Y eso es lo que pienso hacer, por las buenas o por las malas».

Se recostó en el asiento, se apartó de un soplado los rizos que le caían sobre los ojos y se regodeó imaginando cómo arrojaría a Luke Powers fuera de la vida de su madre. «Documentándose para su

nuevo libro», pensó con desdén. «Pues tendrá que escribir su libro sin documentarse también sobre mi madre». Frunció el ceño al recordar las cartas que le había enviado su madre durante los tres meses anteriores. Luke Powers aparecía casi en cada una de aquellas hojas de perfumado papel violeta: ayudando a su madre en el jardín, llevándola al cine, clavando clavos..., haciéndose, en resumen, imprescindible.

Al principio, Gwen había prestado poca atención a aquellas continuas referencias a Luke. Estaba acostumbrada a que su madre se entusiasmará con la gente; a su visión del mundo idealista y sentimental. «Y, para ser sincera», reflexionó Gwen con un suspiro, «he estado concentrada en mis cosas, en mis problemas». Sus pensamientos volaron de pronto hacia Michael Palmer. Michael, tan práctico, tan brillante, tan egoísta, tan de fiar. Una nubecilla de aflicción amenazó con descender sobre ella al recordar el fracaso estrepitoso de su relación. «Michael se merecía más de lo que yo podía darle», pensó con tristeza. Se le empañaron los ojos cuando pensó en su incapacidad para entregarse como Michael quería. Había puesto freno a su cuerpo y a su alma, incapaz de comprometerse o poco dispuesta a ello. Se sacudió rápidamente el desánimo y recordó que, a pesar de que había fracasado con Michael, tenía mucho éxito en su trabajo.

A ojos de la mayoría de la gente, el mundo de la moda era sofisticado, elegante y repleto de gente guapa que pasaba alegremente de una fiesta a la siguiente. Gwen estuvo a punto de echarse a reír al pensar en lo absurda que era aquella imagen. El mundo de la moda, tal y como ella lo conocía, era en realidad un mundo enloquecido y frenético; un trabajo agotador, lleno de artistas temperamentales, modelos desquiciadas y plazos de entrega imposibles de cumplir. «Y a mí se me da bien enfrentarme a todo eso», pensó, irguiendo automáticamente los hombros. A Gwen Lacrosse no le daba miedo el trabajo duro, lo mismo que no le daban miedo los desafíos.

Sus pensamientos volvieron de nuevo hacia Luke Powers. Las cartas de su madre rezumaban afecto hacia él, y su nombre aparecía lo bastante a menudo como para causarle cierta inquietud. Durante los tres meses anteriores, aquel desasosiego se había ido transformando en preocupación, hasta que se había sentido impelida a tomar cartas en el asunto y había pedido un mes de permiso en la empresa. Estaba persuadida de que le correspondía a ella proteger a su madre de un mujeriego como Luke Powers.

La reputación de Powers con las palabras, y con las mujeres, no le daba ningún miedo. «Dicen que es un experto en ambas cosas», reflexionó, «pero yo sé cómo ocuparme de mi madre y de mí. El problema de mamá es que es demasiado confiada. Sólo ve lo que quiere ver. No le gusta ver los defectos». Su boca se suavizó en una sonrisa, y su cara adquirió inesperadamente una belleza sobrecogedora. «Yo cuidaré de ella», pensó con decisión. «Como siempre he hecho».

La calle que llevaba a la casa de la infancia de Gwen estaba bordeada de frágiles magnolias. Cuando el taxi la enfiló y comenzó a avanzar entre lagunas de fragante sombra, Gwen notó los primeros estremecimientos de un placer genuino. Sintió el olor de la glicinia antes de ver la casa. Tenía ésta tres elegantes plantas, y estaba construida en ladrillo enjalbegado, con altos ventanales y balcones de hierro forjado. Una veranda recorría por entero la fachada de la casa, por la que trepaba libremente la glicinia, entrelazada en los espaldares colocados en cada extremo. No era una casa tan antigua y esmerada como muchas otras de Luisiana anteriores a la guerra, pero poseía el encanto y la gracia típicos de ese periodo. Gwen tenía la impresión de que aquella casa se ajustaba al carácter de su madre como anillo al dedo. Las dos eran delicadas, hermosas y poco prácticas.

Levantó la vista hacia el tercer piso mientras el taxi se acercaba al final del camino de entrada. El piso de arriba contenía cuatro pequeñas suites que habían sido remodeladas para «invitados», como

los llamaba su madre, o, como los denominaba Gwen con mayor precisión, para «huéspedes». Las contribuciones pecuniarias de los «invitados» hacían posible que la casa se mantuviera en el seno de la familia y en buen estado. Gwen, que había crecido con aquellos invitados, los aceptaba como se acepta un leve picor. Ahora, sin embargo, contemplaba ceñuda las ventanas del tercer piso. En una de aquellas suites se alojaba Luke Powers. «Pero no por mucho tiempo», pensó mientras salía del taxi, alzando la barbilla.

Tras pagar al taxista, miró distraídamente hacia el lugar de donde procedía un golpeteo bajo y monótono. En el jardín lateral, más allá de una camelia en flor, había un hombre talando un roble muerto hacía tiempo. Estaba desnudo hasta la cintura, y llevaba los vaqueros ceñidos a las caderas y tan bajos que se le veía la línea donde acababa el moreno. Tenía la espalda y los brazos, bronceados y musculosos, cubiertos de una brillante pátina de sudor. El pelo, de color castaño oscuro, con hebras más claras que atestiguaban su gusto por el sol, se le rizaba, humedecido, en el cuello y sobre la frente.

Tenía un aire eficiente y seguro de sí mismo. Plantaba las piernas firmemente sobre el suelo y se balanceaba sin esfuerzo sobre ellas. Aunque no podía verle la cara, Gwen comprendió que estaba disfrutando de su tarea: del calor, del sudor, del esfuerzo. Se quedó parada en el camino mientras el taxi se alejaba y admiró su aspecto viril, tosco y elemental, y la arrogante eficacia de sus movimientos. El hacha se clavaba en el corazón del árbol con violenta elegancia. De pronto pensó que hacía meses que no veía a un hombre haciendo un esfuerzo físico, como no fuera correr por Central Park. Sus labios se curvaron en una sonrisa de admiración mientras miraba subir y bajar el hacha y tensarse y destensarse los músculos. El hacha, el árbol y el hombre formaban un todo perfecto, bello y elemental. Gwen había olvidado lo hermosa que podía ser la sencillez.

El árbol se estremeció y gimió; luego vaciló un instante, se tambaleó y cayó al suelo. Se oyó un rápido siseo y un golpe seco. Gwen sintió el

ridículo deseo de aplaudir.

–No ha dicho «árbol va» –dijo alzando la voz.

Él había levantado el brazo para secarse el sudor de la frente, y se giró al oírla. El sol refulgía a su espalda. Gwen achicó los ojos, pero no logró ver su cara claramente. Había a su alrededor un aura de luz solar que silueteaba su cuerpo alto y fibroso y su pelo ensortijado. Parecía un dios, pensó; como una imagen primitiva de la virilidad. Mientras lo observaba, él apoyó el hacha contra el tocón del árbol y se acercó a ella. Se movía como si estuviera más acostumbrado a andar sobre arena o hierba que sobre asfalto. Gwen se sintió de pronto amenazada y atribuyó la extraña turbación que sentía al hecho de que no podía distinguir sus rasgos. Era un hombre sin rostro, y, por tanto, la encarnación de la masculinidad, fuerte y excitante. Gwen se hizo sombra con la mano para proteger sus ojos del resplandor del sol.

–Lo ha hecho muy bien –sonrió, atraída por su franca masculinidad. No se había dado cuenta de lo aburrida que se había vuelto con sus trajes de chaqueta y sus manos suaves–. Espero que no le importe tener público.

–No. No todo el mundo sabe apreciar un árbol bien cortado.

Cuando hablaba, no arrastraba las vocales. No había ni el más leve acento de Luisiana en el timbre de su voz. Cuando al fin su cara cobró nitidez, Gwen advirtió con asombro la energía que irradiaba de ella. Era una cara fina y cincelada, de largos huesos, con un levísimo hoyuelo en el mentón. Él no se había afeitado, y la sombra de la barba acentuaba la virilidad de su rostro. Sus ojos eran de un azul claro y grisáceo. Tenían una mirada serena, casi sorprendentemente inteligente bajo las gruesas cejas. Su calma, impregnada de autoridad, cautivaba al espectador. Gwen comprendió de inmediato que aquel hombre se conocía bien a sí mismo. A pesar de que estaba intrigada, se sintió incómoda bajo el escrutinio de su mirada. Estaba casi segura de que podía escudriñar más allá de sus palabras, hasta leerle el pensamiento.

–Yo diría que tiene mucho talento –le dijo, y pensó que había en él cierta distancia, pero no la fría distancia del desinterés. «Es afectuoso», pensó, «pero no le entrega su afecto a cualquiera»–. Creo que nunca he visto caer un árbol con tanta delicadeza –le dedicó una sonrisa generosa–. Hace mucho calor para manejar el hacha.

–Llevas demasiada ropa encima –replicó él con sencillez.

Sus ojos se deslizaron por la blusa, la falda y las medias de Gwen y volvieron a subir hasta su rostro. No había hablado con insolencia, ni con admiración; sencillamente, había hecho una constatación. Gwen le sostuvo la mirada y rezó por no cometer la estupidez de sonrojarse.

–Más apropiada para viajar en avión que para cortar árboles, supongo –contestó.

Su tono puntilloso hizo aflorar una sonrisa a las comisuras de los labios de aquel hombre. Gwen se agachó para recoger una de sus maletas, pero los dos agarraron el asa al mismo tiempo. Ella dio un respingo y retrocedió, sintiendo que una nueva fuente de calor la atravesaba. Aquel calor parecía subirle a toda prisa por los dedos. Asombrada por su propia reacción, miró los ojos calmos de aquel hombre. Una expresión de desconcierto cruzó fugazmente su cara y arrugó la frente antes de que consiguiera sofocarla. «Eres idiota», se dijo mientras intentaba refrenar su pulso. «Absolutamente idiota». Él observó cómo cruzaban su semblante la perplejidad, la confusión y el enojo. Los ojos de Gwen reflejaban cada una de aquellas emociones como un espejo.

–Gracias –dijo ella cuando recuperó el aplomo–. No quiero apartarlo de su trabajo.

–No hay prisa –él levantó sus pesadas maletas sin esfuerzo y echó a andar por el camino de baldosas.

Gwen fue tras él. Incluso con tacones, apenas le llegaba al hombro. Levantó la vista para ver cómo jugaba el sol en las hebras rubias de su pelo.

–¿Lleva mucho tiempo aquí? –preguntó mientras subían los

escalones de la veranda.

–Unos cuantos meses –él dejó las maletas en el suelo y agarró el pomo de la puerta. Se detuvo y observó el rostro de Gwen con atención. Gwen sintió que sus labios se curvaban sin saber por qué–. Eres mucho más bonita que en foto, Gwenivere –dijo él de improviso–. Mucho más cercana, mucho más vulnerable –giró rápidamente el pomo, abrió la puerta y volvió a recoger las maletas.

Gwen salió de su trance y al entrar en la casa lo agarró del brazo.

–¿Cómo sabe mi nombre? –preguntó con aspereza.

Sus palabras la habían dejado perpleja e indefensa. Aquel hombre veía demasiado, y demasiado rápidamente.

–Tu madre habla de ti constantemente –explicó él al tiempo que dejaba las maletas en el fresco pasillo de paredes blancas–. Está muy orgullosa de ti –le levantó la barbilla con los dedos. Gwen se quedó tan sorprendida que no pudo reaccionar–. Tu belleza es muy distinta de la suya. La suya es más suave, menos imperiosa, más comfortable. Dudo, en cambio, que tú inspires sentimientos confortables en un hombre –volvía a tener los ojos fijos en su cara, y ella permanecía quieta, fascinada. Casi podía sentir cómo fluía el calor del cuerpo de aquel hombre hacia el suyo–. Le preocupa que estés sola en Nueva York.

–No se puede estar sola en Nueva York; es una contradicción en los términos –un gesto de enojo ensombreció sus ojos y frunció los labios en un mohín de disgusto–. Nunca me ha dicho que estuviera preocupada.

–Claro que no. Si no, te preocuparías por su preocupación –sonrió él.

Gwen ignoró resueltamente el cosquilleo de placer que le produjo su contacto.

–Parece conocer muy bien a mi madre –su ceño se hizo más profundo y se extendió por su cara. Aquella sonrisa le recordaba a alguien. Era encantadora y casi irresistible. De pronto, una idea la golpeó como un rayo–. Usted es Luke Powers –dijo en tono de

reproche.

–Sí –él levantó las cejas al advertir la inflexión de su voz, y ladeó la cabeza ligeramente, como si quisiera tener una nueva perspectiva de su rostro–. ¿No te gustó mi último libro?

–Es el que está escribiendo el que no me gusta –replicó Gwen, y apartó la barbilla, que él seguía agarrándole.

–¿Ah, sí? –preguntó él con sorna.

–No me gusta que lo esté escribiendo aquí, en esta casa –explicó ella.

–¿Tienes alguna objeción moral contra mi libro, Gwenivere?

–Dudo que sepa usted algo de moral –replicó Gwen mientras sus ojos adquirían una expresión tormentosa–. Y no me llame así. Nadie me llama así, aparte de mi madre.

–Lástima, es un nombre tan romántico... –dijo él con desenfado–. ¿O es que también tienes algo que objetar contra el romanticismo?

–Si se trata de mi madre y de un casanova de Hollywood doce años más joven que ella, yo lo llamaría de otro modo –el apasionamiento de sus palabras cubrió de rubor la cara de Gwen. Se puso rígida. El regocijo se esfumó del rostro de Luke. Lentamente, se metió las manos en los bolsillos.

–Entiendo. ¿Y te importaría decirme cómo lo llamarías tú?

–No pienso dignificar su conducta poniéndole nombre –contestó ella–. Debería bastarle con saber que no pienso tolerarlo ni un minuto más –dio media vuelta, dispuesta a alejarse de él.

–¿En serio? –había algo peligrosamente frío en su tono de voz–. ¿Y tu madre no tiene nada que decir al respecto?

–Mi madre –contestó Gwen con furia– es demasiado blanda, demasiado confiada y demasiado ingenua –se giró y lo miró de nuevo–. No voy a permitir que la ponga en ridículo.

–Mi querida Gwenivere –dijo él con suavidad–, eres tú quien se pone en ridículo.

Antes de que Gwen pudiera contestar, se oyó un agudo taconeo

sobre el suelo de madera. Gwen intentó controlar su respiración y echó a andar por el pasillo para saludar a su madre.

–¡Mamá! –abrazó un suave lío de curvas con olor a lilas.

–¡Gwenivere! –la voz de su madre era baja y tan dulce como el perfume que solía llevar–. Pero, cariño, ¿qué haces aquí?

–Mamá... –repitió Gwen, y se apartó un poco para estudiar la rosada belleza del rostro de su madre. Su tez era tan clara y tersa que casi parecía perfecta; sus ojos eran redondos y de un azul lacado; su nariz era respingona y su boca rosada y suave. Había dos pequeños hoyuelos en sus mejillas. Al ver su dulce belleza, Gwen sintió que deberían haberse cambiado los papeles–. ¿No has recibido mi carta? – puso un mechón de pelo rubio claro tras la oreja de su madre.

–Claro, decía que llegabas el viernes.

Gwen sonrió y le besó la mejilla.

–Mamá, hoy es viernes.

–Bueno, sí, es viernes, pero pensé que te referías al viernes que viene y... Oh, bueno, ¿qué más da? –Anabelle ahuyentó su confusión con un ademán de la mano–. Deja que te vea –dijo, y retrocedió para someter a Gwen a un estudio crítico. Tenía ante sí a una joven alta y de sorprendente belleza que le traía brumosos recuerdos de su joven marido. Anabelle, viuda desde hacía más de dos décadas, rara vez pensaba en su difunto marido, a no ser que su hija se lo trajera al recuerdo–. Qué delgada estás –cloqueó, y luego dejó escapar un suspiro–. ¿Es que no te dan de comer allá arriba?

–De vez en cuando –Gwen hizo una pausa y observó las curvas suaves y redondeadas de su madre. ¿Cómo era posible que aquella mujer tuviera casi cincuenta años?, se preguntó con un arrebató de orgullo y admiración–. Estás guapísima –murmuró–. Claro, que tú siempre estás guapísima.

Anabelle soltó su risa joven y alegre.

–Es por el clima –dijo mientras le daba unas palmaditas en la mejilla–. Aquí no hay esa espantosa contaminación y esas horribles

nevadas que hay por allá arriba –Nueva York, pensó Gwen, siempre sería «allá arriba»–. ¡Ah, Luke! –Anabelle vio que su huésped estaba observándolas y una sonrisa iluminó su cara–. ¿Ya conoces a mi Gwenivere?

Luke desvió la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los de Gwen. Levantó ligeramente las cejas.

–Sí –Gwen pensó que su sonrisa se parecía tanto a un desafío como un guante arrojado a la cara–. Gwen y yo somos prácticamente viejos amigos.

–Tiene razón –Gwen dejó que su sonrisa le contestara–. Ya nos conocemos bastante bien.

–Estupendo –Anabelle sonrió, radiante–. Quiero que os llevéis muy bien –apretó alegremente la mano de Gwen–. ¿Quieres asearte un poco, querida, o prefieres tomar un café primero?

Gwen intentó que no le temblara de rabia la voz al ver que Luke seguía sonriéndole.

–Me apetece muchísimo un café –contestó.

–Yo subo las maletas –se ofreció Luke, volviendo a recogerlas.

–Gracias, querido –dijo Anabelle antes de que Gwen pudiera negarse–. Intenta evitar a la señorita Wilkins a no ser que te pongas la camisa. Si ve todos esos músculos, le dará un soponcio. La señorita Wilkins es una de mis invitadas –le explicó Anabelle a su hija mientras avanzaban por el pasillo–. Una dulce y tímida criatura que pinta acuarelas.

–Mmm –contestó Gwen ambiguamente, mirando por encima de su hombro. Luke seguía observándolas mientras la luz del sol caía sobre su pelo y su piel bronceada–. Mmm –repitió Gwen, y se alejó.

La cocina seguía siendo como Gwen la recordaba: grande, soleada e impecablemente limpia. Tillie, la cocinera, una mujer alta y enjuta como una avispa, estaba junto al fogón.

–Hola, señorita Gwen –dijo sin volverse–. El café ya está puesto.

–Hola, Tillie –Gwen se acercó al fogón y olfateó el vapor fragante del guiso–. Huele bien.

–Jambalaya cajún.

–Mi plato favorito –murmuró Gwen, y levantó la mirada hacia el rostro atractivamente feo de Tillie–. Pensaba que no me esperabais hasta el viernes que viene.

–Y así es –dijo Tillie con un leve sollozo y, bajando las gruesas cejas, siguió removiendo el guiso.

Gwen sonrió y se inclinó para darle un beso en la áspera mejilla.

–¿Qué tal va todo, Tillie?

–*Comme ci, comme ça* –masculló ella, pero el placer tiñó de rubor sus mejillas. Girándose, le hizo un rápido repaso a Gwen–. Estás flaca –concluyó sin pararse en cumplidos.

–Ya me lo han dicho –Gwen se encogió de hombros. Tillie nunca halagaba a nadie–. Tienes un mes para hacerme engordar.

–¿No es maravilloso, Tillie? –Anabelle puso cuidadosamente sobre la mesa de la cocina un azucarero y una jarrita de leche de porcelana de Delft–. Gwen va a quedarse un mes entero. ¡Tal vez deberíamos dar una fiesta! Ahora mismo tenemos tres invitados. Luke, claro, la señorita Wilkins y el señor Stapleton. El señor Stapleton también es pintor, pero trabaja al óleo. Un joven con mucho talento.

Gwen aprovechó la ocasión que le ofrecían las palabras de su madre.

–A Luke Powers también se le considera un joven con mucho talento –se sentó frente a su madre mientras Anabelle servía el café.

–Luke tiene muchísimo talento –respondió Anabelle con un suspiro de orgullo–. Supongo que habrás leído alguno de sus libros, o habrás visto alguna de sus películas. Son impresionantes. Sus personajes son tan reales, tan llenos de vida... Sus escenas románticas tienen una belleza y una intensidad que me dejan sin palabras.

–En una de sus películas salía una mujer desnuda –rezongó Tillie, indignada–. Completamente desnuda.

Anabelle se echó a reír y miró a Gwen por encima del borde de la taza.

–Tillie cree que Luke es el único responsable del declive moral del cine actual –continuó Anabelle.

–Como su madre la trajo al mundo –remachó Tillie, sacando mentón.

Aunque estaba convencida de que Luke Powers no tenía moral, Gwen no dijo nada al respecto. Le infundió a su voz un tono despreocupado y comentó:

–Desde luego, ha tenido muchísimo éxito para ser tan joven. Una sarta de libros superventas, un puñado de películas taquilleras.. y sólo tiene treinta y cinco años.

–Supongo que eso demuestra lo poco que importa la edad –dijo Anabelle tranquilamente. Gwen sofocó a duras penas una mueca de disgusto–. Y el éxito no se le ha subido a la cabeza lo más mínimo –continuó su madre–. Es el hombre más amable y considerado que he conocido. Es tan generoso con su tiempo, consigo mismo... –sus ojos brillaron de emoción–. No sabes lo bien que se ha portado conmigo. Me siento como una mujer nueva –Gwen se atragantó con el café. Anabelle chasqueó la lengua y Tillie le dio a Gwen una recia palmada en la espalda–. ¿Estás bien, cariño?

–Sí, sí, estoy bien –Gwen respiró hondo tres veces para modular su voz. Al mirar los ojos azules y candorosos de su madre, optó por la retirada–. Creo que voy a subir a deshacer las maletas.

–Te ayudo –dijo Anabelle, e hizo ademán de levantarse.

–No, no, no te molestes –Gwen le puso una mano suavemente sobre el hombro–. No tardo nada. Me doy una ducha, me cambio y bajo dentro de una hora –Gwen confiaba en que en el plazo de una hora le diera tiempo a ordenar sus pensamientos. Miró el rostro terso y hermoso de su madre y se sintió como si tuviera cien años–. Te quiero, mamá –suspiró, y besó a Anabelle en la frente antes de marcharse.

Mientras recorría el pasillo, rediseñó su estrategia. Estaba claro que a su madre no podía decirle nada que desalentara su relación con Luke

Powers. Iba a ser necesario, pensó, ir directamente a las fuentes del problema. Al subir las escaleras, se estrujó el cerebro intentando ponerle un mote a Powers. Pero no encontró ninguno lo bastante ofensivo.

## **Dos**

Un rayo de sol se derramaba sobre el suelo del cuarto de Gwen. Las paredes estaban cubiertas de un delicado papel de flores y las ventanas adornadas por finos visillos de suave color, a juego con la colcha de la cama con dosel. Como hacía siempre que entraba en su habitación, Gwen se acercó a los ventanales y los abrió de par en par. El aire le llevó el aroma de las flores del jardín de Anabelle. Al otro lado del prado había un ancho ciprés, más viejo que la casa que custodiaba, festoneado de musgo negro. El sol se filtraba entre su ramaje y dibujaba telarañas en el suelo. El canto de los pájaros se mezclaba con el zumbido de las abejas. Gwen apenas podía vislumbrar el misterio de los bajíos del río entre la densa cortina de robles. Allí, las bulliciosas calles de Nueva York parecían irreales. Gwen había elegido aquel mundo por los retos que le ofrecía, pero acababa de descubrir que volver a casa era como un postre dulce tras una copiosa comida. Había echado de menos su sabor. Sintióse mucho más alegre, se volvió hacia la habitación. Recogió su albornoz blanco y se dirigió a la ducha.

«Mamá está fantaseando otra vez», se dijo mientras el agua arrastraba el cansancio del viaje. «Sencillamente, no entiende a los hombres». «¿Y tú sí?», preguntó su conciencia cuando le asaltó el incómodo recuerdo de Michael. «Sí, yo sí los entiendo», contestó con insolencia, alzando la cara hacia el chorro de agua. «Los entiendo perfectamente. No voy a permitir que Luke le haga daño a mi madre», prometió. «No consentiré que la deje en ridículo. Supongo que está acostumbrado a salirse con la suya porque es atractivo y tiene éxito. Pero yo trato todos los días con gente atractiva y con éxito, y sé cómo manejarla».

Salió de la ducha refrescada y lista para la batalla. Sintiendo restablecida su confianza, se puso a canturrear suavemente mientras se secaba el pelo con la toalla. Los rizos de su frente cobraron vida. Se puso el albornoz, se ató el cinturón y entró en el dormitorio.

–¡Tú! –exclamó, sobresaltada, y se ató con más fuerza el cinturón al ver a Luke Powers parado junto a su cómoda–. ¿Qué estás haciendo en mi habitación?

Él la recorrió lentamente con la mirada. El viejo albornoz era corto y dejaba al descubierto sus esbeltas piernas muy por encima de las rodillas. Su sencillez acentuaba la delgadez casi infantil del cuerpo de Gwen. Sin maquillaje, sus ojos eran enormes, oscuros y extrañamente dulces. Ella sacudió la cabeza, y Luke observó cómo se agitaban sus rizos mojados.

–Anabelle pensó que te gustaría –dijo Luke, señalando un jarrón lleno de rosas amarillas recién cortadas que había sobre la cómoda. Su mano se movió, pero sus ojos siguieron fijos en Gwen.

Ella frunció el ceño.

–Deberías haber llamado –dijo con aspereza.

–He llamado –contestó él despreocupadamente–. Pero no has contestado –para asombro de Gwen, se acercó a ella y posó una mano sobre su mejilla–. Tienes una piel increíblemente bonita. Como pétalos de rosa bañados por la lluvia.

–¡Déjame! –Gwen le apartó la mano bruscamente y retrocedió–. No me toques –se apartó el pelo de la cara.

Luke entornó levemente los ojos, pero su voz permaneció en calma.

–Yo siempre toco lo que admiro.

–No quiero que me admires.

El regocijo iluminó la cara de Luke, realzando su atractivo.

–No he dicho que te admire, Gwen. He dicho que admiro tu piel.

–Pues no la toques –le espetó ella, y deseó que el calor de sus dedos se evaporara y dejara su mejilla como era antes de que la tocara–. Y tampoco toques a mi madre.

–¿Qué te hace pensar que lo hago? –inquirió Luke mientras tomaba un frasco de perfume de Gwen para examinarlo.

–Sus cartas lo dejan bastante claro –Gwen le quitó el frasco y lo dejó sobre la cómoda con violencia–. Lleva meses hablando de ti sin parar. Que si ibais al cine o a comprar, que si le arreglabas el coche o fumigabas los melocotoneros... Hasta decía que le habías dado un nuevo sentido a su vida –agitada, Gwen tomó su peine y volvió a dejarlo.

La mirada directa y fija de Luke la sacaba de quicio.

–Y por eso –dijo él rompiendo el silencio– has concluido que Anabelle y yo estábamos liados.

–Naturalmente –su tono la confundió un momento. ¿Se estaba riendo de ella?, se preguntó. Su boca era muy bonita, y una sonrisa se asomaba a ella. Furiosa consigo misma, Gwen levantó la barbilla–. ¿Acaso lo niegas?

Luke se metió las manos en los bolsillos y se puso a pasear por la habitación. Luego se detuvo y observó la vista desde las ventanas.

–No, creo que no voy a negarlo. Creo que simplemente voy a decirte que no es asunto tuyo.

–¿Que no es asunto...? –balbuceó Gwen, y luego estalló en un torrente de furia–. ¿Que no es asunto mío? ¡Es mi madre!

–También es una persona –la atajó Luke. Cuando se volvió para mirarla, había curiosidad en su semblante–. ¿O es que nunca la ves de ese modo?

–No creo que sea...

–No, seguramente no –la interrumpió él–. Pues ya va siendo hora de que lo hagas. Dudo que creas que a Anabelle le gustarían todos los hombres con los que has tenido una relación.

Gwen se puso colorada.

–Eso es completamente distinto –replicó, y se acercó para ponerse delante de él–. No necesito que me hables de mi madre. Por mí puedes jactarte todo lo que quieras de tus líos con actrices y

millonarias, pero...

–Gracias –contestó Luke con tranquilidad–. Me alegra contar con tu aprobación.

–No voy a permitir que alardees de tener un lío con mi madre –concluyó Gwen entre dientes–. Debería darte vergüenza –añadió sacudiendo la cabeza–, seducir a una mujer doce años mayor que tú.

–Aunque, naturalmente, no habría ningún problema si yo fuera doce años mayor que ella –replicó él con suavidad.

–Yo no he dicho eso –comenzó a decir Gwen, y arrugó la frente, enojada.

–Pareces demasiado inteligente como para defender esos puntos de vista, Gwen. Me sorprendes –su voz suave resultaba exasperante.

–¡Eso no es verdad! –contestó ella con vehemencia y, sintiéndose incómoda, frunció la boca en un mohín. Luke bajó los ojos y fijó la mirada en sus labios.

–Una expresión muy provocativa –dijo suavemente–. Lo pensé la primera vez que la vi, y sigue intrigándome –con un rápido movimiento, la tomó en sus brazos. Al oír que ella dejaba escapar un leve gemido de sorpresa, se limitó a sonreír–. Ya te he dicho que siempre toco lo que admiro.

Gwen se retorció, pero Luke la apretó contra sí y la sujetó con fuerza mientras se inclinaba hacia ella.

Sus labios rozaron suavemente la mandíbula de Gwen. Su suavidad la sorprendió. Aunque el pecho de Luke era sólido y fuerte, su boca era dulce y suave. Desarmada, Gwen se quedó inmóvil entre sus brazos mientras él le besaba la cara. A través de la leve barrera del albornoz, podía sentir cada línea de su cuerpo. Se apretaban el uno contra el otro como si estuvieran abocados a ello. El deseo comenzó a agitarse dentro de ella; un deseo repentino e inesperado, tan irresistible como la boca de Luke, bajo cuyo contacto palpitaban sus labios. Gwen dejó escapar un suave gemido, y él siguió trazando una leve y tentadora línea de besos sobre su piel. Ella deslizó las manos

sobre su pecho y metió los dedos entre su pelo, urgiéndolo a cumplir una tácita promesa. Al fin, sus labios rozaron los de ella. Se tocaron, se aferraron, y se devoraron.

Perdida en el placer, presa de sensaciones delirantes y nuevas, Gwen respondió con fervor. Se puso de puntillas para acercarse más a él. El beso se hizo más profundo. La áspera barba de Luke le arañaba la piel y triplicaba los latidos de su corazón. Una tenue brisa agitaba las cortinas de las ventanas abiertas, pero Gwen no sentía que su calor amainara. Luke deslizó las manos por su espalda y acarició con firmeza sus curvas antes de agarrarla por las caderas y apartarla de sí.

Gwen se quedó mirándolo con los ojos enturbiados. Nunca la había agitado tanto un beso; nunca se había sentido tan llena de deseo. Su suave boca temblaba, anhelante. El conocimiento de lo que podía llegar a ser suyo yacía más allá de su comprensión. Luke levantó las manos hacia sus rizos mojados y le echó la cabeza hacia atrás para darle un último y breve beso.

–Tu sabor es tan dulce como tu cara.

Gwen recordó de pronto quién era y dónde estaba. La furia extinguió el fuego de la pasión.

–¡Oh! –le dio un violento empujón en el pecho y logró apartarlo unos centímetros–. ¿Cómo has podido?

–No ha sido difícil –le aseguró él.

Gwen meneó la cabeza. Diminutas gotas de lluvia danzaron a la luz del sol.

–¡Eres despreciable!

–¿Por qué? –la sonrisa de Luke se hizo más amplia–. ¿Porque por un momento he hecho que te olvidaras de ti misma? Tú también me has hecho olvidarme de mí mismo un momento –parecía disfrutar de aquella confesión–. ¿Te convierte eso en despreciable?

–Yo no he... Has sido tú... Yo sólo... –tartamudeó ella, y se detuvo, dejando escapar sonidos inarticulados y guturales.

–Por lo menos podías intentar hablar con claridad –dijo Luke.

–Suéltame –le exigió Gwen, y empezó a debatirse violentamente, en vano–. ¡Suéltame!

–Desde luego –dijo Luke, y le apartó suavemente el pelo enmarañado de la cara–. ¿Sabes?, puede que algún día seas como tu madre.

–¡Oh! –Gwen palideció, llena de furia–. Eres repugnante.

Luke se echó a reír con viril regocijo.

–Gwenivere, no estaba hablando de tus cualidades físicas, sin duda excepcionales –se puso serio y luego sacudió la cabeza–. Anabelle es la única persona que conozco que busca lo bueno de cada cual y lo encuentra. Es su cualidad más admirable –sus ojos tenían otra vez una expresión serena y pensativa–. Tal vez debas dedicar algún tiempo a conocer mejor a tu madre, ahora que estás aquí. Puede que te llesves una sorpresa.

Gwen se retiró tras una película de hielo.

–Ya te he dicho que no necesito que me digas cómo es mi madre.

–¿No? –Luke sonrió, se encogió de hombros y se acercó a la puerta–. Entonces, tal vez me dedique a enseñarte cómo eres tú. Nos veremos en la cena –cerró la puerta, enmudeciendo la réplica furiosa de Gwen.

El salón principal tenía el color y el aroma de las rosas y estaba decorado con el gusto delicado y femenino de Anabelle. Las sillas eran pequeñas y elegantes, con cojines rosa oscuro; las lámparas, de frágil porcelana; y las alfombras, francesas y descoloridas. La presencia de Anabelle se dejaba sentir incluso cuando la dueña de la casa no estaba allí.

Gwen apartó un visillo rosa pálido y contempló cómo se ponía el sol mientras Anabelle parloteaba alegremente. El cielo fue adquiriendo poco a poco los matices del atardecer, hasta que refulgió con un amarillo desafiante y fieros tonos de rojo. El apasionamiento del atardecer casaba mucho mejor con el ánimo de Gwen que la suave

comodidad de la habitación que tenía a su espalda. Apoyó la mano en el cristal de la ventana como si quisiera tocar aquel estallido de naturaleza. Sentía todavía los vestigios del arrebatado apasionado que se había apoderado de ella sólo unas horas antes, en brazos de un extraño.

Aquello no significaba nada, se dijo por enésima vez. «Estaba desprevenida, cansada y confusa. Estoy segura de que lo que he sentido son imaginaciones mías. Estoy nerviosa, nada más; lo exagero todo». Se pasó la punta de la lengua por los labios, pero no encontró restos del sabor embriagador que recordaba. «Exageraciones mías», se dijo otra vez.

–Un mes es mucho tiempo para estar lejos del trabajo –comentó Anabelle mientras rebuscaba en su cesta de hilos de bordar.

Gwen se encogió de hombros y profirió un leve sonido de asentimiento.

–No me he tomado más que algún puente libre en casi dos años.

–Sí, cariño, lo sé. Trabajas demasiado.

El vestido azul celeste le sentaba bien a Gwen, pero, al levantar la vista hacia ella, Anabelle pensó de nuevo que su hija estaba demasiado delgada. Estaba flaca y tiesa como una vara. Su pelo reflejaba las últimas llamaradas del sol, y la masa de rizos parecía un torrente de luz dorada y rosa. «¿Cómo es posible que tenga ya veintitrés años?», se preguntó Anabelle, y volvió a buscar sus hilos.

–Tú siempre te excedes en todo. Debes de haberlo sacado de tu padre. Su madre tuvo dos pares de gemelos, ¿sabes? Eso es pasarse.

Gwen se echó a reír y apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana. Era tan refrescante como su madre.

–Ay, mamá, cuánto te quiero.

–Yo también te quiero a ti, cariño –contestó Anabelle distraídamente mientras escrutaba dos tonos de verde–. No me has dicho nada de ese joven con el que sales, el abogado. Michael, ¿no?

–Sí –contestó Gwen con sequedad. El ocaso empezó a caer mientras

miraba por la ventana. A medida que la luz maduraba, iba haciéndose un extraño silencio, casi reverencial. Gwen suspiró. El ocaso, pensó, era el momento más hermoso del día, y el más fugaz. El canto del primer grillo la sacó de su ensoñación—. Ya no salgo con Michael.

—Oh, tesoro —Anabelle levantó la mirada, preocupada—. ¿Habéis tenido una discusión?

—Una serie de ellas. Me temo que no soy la compañera ideal para un abogado de empresa —Gwen hizo una mueca mirando al cristal y observó su reflejo—. Tengo unos valores plebeyos demasiado arraigados. Sobre todo, me gusta que el chico con el que salgo se tome un respiro de vez en cuando.

—Bueno, espero que sigáis siendo amigos.

Gwen cerró los ojos y sofocó una risa sardónica al recordar su violenta escena de despedida con Michael.

—Estoy segura de que nos mandaremos tarjetas de Navidad durante muchos años.

—Eso está muy bien —murmuró Anabelle tranquilamente mientras enhebraba la aguja—. Los viejos amigos son los mejores.

Gwen se giró hacia su madre con una sonrisa radiante. Pero su sonrisa se esfumó al instante cuando vio a Luke en la puerta. Cuando sus miradas se encontraron, se sintió temblar. Él se había puesto unos pantalones anchos y una camisa de color ocre. Su atuendo causaba un efecto de informal suntuosidad. Pese a todo, apenas parecía haber diferencia entre el hombre recién afeitado y vestido de manera convencional que Gwen tenía frente a sí, y el rudo leñador que había conocido esa mañana. Ni la ropa ni el afeitado podían alterar la esencia de su virilidad.

—Es un hombre afortunado el que tiene dos mujeres exquisitas para él solo.

—¡Luke! —Anabelle levantó la cabeza. Su rostro se iluminó al instante, lleno de placer—. ¡Qué bonito es que la halaguen a una! ¿Verdad, Gwen?

–Precioso –asintió Gwen, y le lanzó a Luke su sonrisa más gélida.

Luke cruzó la habitación con paso firme y levantó un frasco de cristal que había sobre el aparador Hepplewhite de su madre.

–¿Un oporto?

–Gracias, querido –Anabelle volvió su sonrisa de Luke a Gwen–. Luke ha comprado un oporto delicioso. Me temo que me mimas demasiado.

«Apuesto a que sí», rezongó Gwen para sus adentros. La rabia iluminó sus ojos. De haberla visto, Anabelle habría reconocido aquella expresión. Luke la vio, y la reconoció. Pero, para mayor enojo de Gwen, se limitó a sonreír.

–No deberíamos entretenernos mucho –dijo Anabelle, ajena a la guerra que se libraba por encima de su cabeza–. Tillie ha preparado una cena especial para Gwen. Siente adoración por ella, ¿sabes?, aunque no lo reconocería por nada del mundo. Creo que la ha echado de menos tanto como yo estos dos últimos años.

–Lo que echa de menos es tener alguien a quien regañar –Gwen esbozó una sonrisa reticente–. Todavía llevo el sambenito de ser flaca y poco refinada que adquirí cuando tenía diez años.

–Para Tillie siempre tendrás diez años, tesoro –Anabelle suspiró y sacudió la cabeza–. A mí misma me cuesta hacerme a la idea de que tienes más del doble.

Gwen se volvió hacia Luke cuando éste le ofreció una copa de oporto.

–Gracias –dijo con su voz más refinadamente desdeñosa. Bebió un sorbo, y se sintió levemente desilusionada al comprobar que el licor era, en efecto, excelente–. ¿También vas a mimarme a mí, señor Powers?

–Oh, lo dudo, Gwenivere –él la tomó de la mano, y ella se envaró e intentó apartarse. Los ojos de Luke rieron sobre los dedos unidos de ambos–. Lo dudo mucho.

## Tres

Durante la cena, Gwen conoció a los otros dos huéspedes de Anabelle. Aunque ambos eran pintores, no podían haber sido más distintos el uno del otro. Mónica Wilkins era una mujer menuda y pálida, de anodino pelo castaño, que hablaba con voz pausada y temblorosa y evitaba mirar a los ojos a su interlocutor. Tenía una provisión de blusones anchos e informes que se ponía invariablemente y sin gracia. Su dedicación artística se circunscribía casi por entero a ilustrar manuales de botánica. Gwen notó con un poco de lástima que sus ojillos de pájaro volaban a menudo hacia Luke y luego se apartaban rápidamente, avergonzados.

Bradley Stapleton era alto y desgarbado, y vestía un jersey que le quedaba grande, unos pantalones anchos y unas deportivas viejas. Tenía un semblante alegre y fácil de olvidar, y una voz sorprendentemente bella. Observaba al prójimo con curiosidad insaciable y pintaba por amor al arte. Ansiaba ser famoso, pero se conformaba con comer todos los días.

Gwen disfrutó enormemente de la cena, no sólo por el excelente jambalaya de Tillie, sino por la compañía curiosa e interesante de los dos artistas. Por separado, pensó, debían de ser muy aburridos, pero, por alguna razón, cuando estaban juntos los defectos de uno realizaban las virtudes del otro.

–Así que trabajas para *Style* –dijo Bradley mientras se servía un segundo plato de jambalaya–. ¿Y cómo es que no eres modelo?

Gwen pensó en las modelos, aquellas mujeres desquiciadas y de rostro fabuloso, y sacudió la cabeza negativamente.

–No, yo no sirvo para eso. Se me da mucho mejor hacer la pelota.

–¿Hacer la pelota? –repitió Bradley, intrigado.

–Eso es básicamente a lo que me dedico –Gwen le sonrió. Era una suerte, pensó, que su madre la hubiera sentado junto a Luke y no frente a él. Le habría resultado incómodo tener que mirarlo a la cara toda la cena–. Apaciguar, halagar, persuadir... Alguien tiene que impedir que las modelos usen sus elegantes uñas para arañarse las unas a las otras, y recordarles el lado práctico de la vida.

–Gwen es muy práctica –comentó Anabelle–. No entiendo muy bien por qué. Yo nunca lo he sido. Es extraño –dijo, y sonrió a su hija–. Ha madurado mucho antes que yo.

–A ti no te sentaría bien ser práctica, Anabelle –le dijo Luke con una sonrisa afectuosa.

Anabelle sonrió, llena de placer.

–Ya te dije que me está malacostumbrando –le dijo a Gwen.

–Sí, ya me lo dijiste –Gwen levantó su vaso de agua y bebió cuidadosamente.

–Tienes que posar para mí, Gwen –dijo Bradley mientras se untaba una rebanada de pan tostado con mantequilla.

–¿Ah, sí? –consciente de que su único modo de no estropear la cena era ignorar a Luke, Gwen concentró toda su atención en Bradley.

–Desde luego que sí –Bradley sostuvo el pan y el cuchillo suspendidos en el aire mientras la miraba con los ojos entornados–. Fabuloso, ¿no estás de acuerdo, Mónica? Un sujeto maravilloso –continuó sin esperar respuesta–. Con ciertas luces, el pelo es del color que inmortalizó Ticiano; con otras, es más suave, más sutil. Pero son sobre todo los ojos, ¿verdad, Mónica? Sí, son los ojos, no cabe duda. Tan grandes, y con ese color castaño tan acrisolado... Naturalmente, la estructura ósea es perfecta, y la piel maravillosa, pero a mí lo que más me impresiona son los ojos. Además, las pestañas son muy bonitas, ¿verdad, Mónica?

–Sí, mucho –contestó ella mientras su mirada volaba fugazmente al rostro de Gwen y luego volvía a posarse en su plato–. Mucho.

–Las ha sacado de su padre –explicó Anabelle al tiempo que añadía

una pizca de sal a su jambalaya—. Era un chico tan guapo... Gwen se parece mucho a él. Tiene sus mismos ojos. Creo que por esos ojos me enamoré de él.

—Son muy atractivos —comentó Bradley, asintiendo con la cabeza mientras miraba a Anabelle—. El tamaño, el color, la forma... Muy atractivos —miró de nuevo a Gwen—. Posarás para mí, ¿verdad, Gwen?

Gwen le lanzó una sonrisa cándida.

—Tal vez.

La cena tocó a su fin, y la reunión fue menguando. Los pintores se retiraron a sus habitaciones, y Luke se marchó a la suya. Respondiendo a una pregunta de Gwen formulada con aparente naturalidad, Anabelle le explicó a su hija que Luke «trabajaba todo el tiempo». Era extraño, pensó Gwen, que a una mujer tan romántica como su madre no le preocupara que el hombre de su vida no pasara la velada con ella.

Anabelle se puso a charlar distraídamente mientras bordaba una funda de almohada dando diminutas puntadas. Mientras la observaba, Gwen tuvo de pronto una idea perturbadora. ¿Parecía más feliz su madre? ¿Parecía más llena de vida? Y, en caso de que Luke Powers fuera el responsable, ¿debía ella maldecirle o darle las gracias? Vio cómo su madre sofocaba delicadamente un bostezo y se sintió embargada por un feroz afán de protegerla. «Necesita que cuide de ella», decidió, «y eso es lo que voy a hacer».

Una vez en su habitación, Gwen no logró conciliar el sueño. El libro que se había llevado para pasar el rato no conseguía retener su atención. Se iba haciendo tarde, pero el desasosiego que sentía no le permitía descansar. Una brisa suave entraba por las ventanas y agitaba las cortinas como si la llamara. Gwen se levantó, se puso una fina bata y salió a su encuentro.

Una inmensa luna de verano iluminaba la cálida noche. El aire estaba

impregnado del olor de la glicinia y de las rosas. Gwen podía oír el persistente canto de los grillos. De vez en cuando se oía la llamada solitaria y fantasmal de un búho. El movimiento de las aves y de las pequeñas criaturas nocturnas agitaba el follaje. Las luciérnagas titilaban y se remontaban hacia lo alto.

Al aspirar el aire húmedo y fragante, una inesperada calma se apoderó de Gwen. La tranquilidad era algo que acababa de recordar, como un amigo de la infancia. Gwen le tendió los brazos tímidamente. Durante dos años, sólo había pensado en su carrera, obsesionada por conseguir la independencia económica y el éxito. Había trabajado con ahínco para lograrlo. «Y lo he logrado», pensó mientras arrancaba un capullo de rosa. «¿Por qué no soy feliz? Soy feliz», se corrigió, y se llevó la flor a la nariz para inhalar su tenue perfume, «pero no tan feliz como debería ser». Frunció el ceño y retorció el tallo de la flor entre los dedos. Completa. Aquella palabra surgió de la nada. «No me siento completa». Levantó la cabeza, dando un suspiro, y contempló el cielo tachonado de estrellas. La risa borboteó de pronto en su garganta y resonó dulcemente en el silencio.

–¡Agarradla! –dijo, tirando la rosa al aire, y dejó escapar un gemido de sorpresa al ver que una mano agarraba la rosa al caer.

Luke había surgido de la nada y estaba a unos pasos de ella, haciendo girar la rosa bajo su nariz.

–Gracias –dijo con suavidad–. Nunca me habían tirado una rosa.

–No te la he tirado a ti –Gwen se ciñó automáticamente la bata sobre los pechos.

–¿No? –Luke sonrió al ver su gesto–. ¿A quién, entonces?

Gwen se encogió de hombros, sintiéndose estúpida, y se alejó.

–Creía que estabas trabajando.

–Y lo estaba. Pero la musa se tomó un descanso, y decidí dejarlo. A la luz de la luna es cuando los jardines están más bonitos –hizo una pausa, y su voz sonó suave e íntima. Se acercó a ella y añadió–: Siempre he creído que lo mismo puede decirse de las mujeres –Gwen

sintió que de pronto subía la temperatura de su piel. Luchó por mantener un tono de voz despreocupado cuando se volvió hacia él. Luke le puso la flor entre los rizos y le levantó la barbilla—. Son fabulosos, tus ojos, ¿lo sabías? Bradley tiene razón.

Gwen notó que sentía un cosquilleo allí donde la tocaban sus dedos, y retrocedió, alarmada.

—Me gustaría que dejaras de hacer eso —le tembló la voz, y se despreció por ello.

Luke le lanzó una sonrisa extraña y divertida.

—Eres muy rara, Gwenivere. Todavía no he conseguido clasificarte. Me intriga tu inocencia.

Gwen se envaró y echó la cabeza hacia atrás.

—No sé de qué me hablas.

La sonrisa de Luke se hizo más amplia. La luz de la luna parecía atrapada en sus ojos.

—Tu pinta de neoyorquina no puede ocultarlo. Se te nota en los ojos. Bradley no sabe por qué son tan atrayentes, y yo no voy a decírselo. Es por su candor y su pureza —Gwen frunció el ceño, pero sus hombros se relajaron. Luke continuó—: Hay una inocencia inmaculada en ese rostro maravilloso, y un calor que augura pasión. Es un equilibrio muy tenue.

Sus palabras inquietaron a Gwen. Sentía que un extraño calor que no lograba controlar se extendía dentro de ella. La quietud de la noche se había desvanecido. Una especie de exaltación ardiente y volátil palpitaba en el aire. De pronto, Gwen tuvo miedo.

—No quiero que me digas esas cosas —musitó, y dio otro paso atrás.

—¿No? —Gwen comprendió, al notar la inflexión divertida de su voz, que no iba a poder zafarse tan fácilmente—. ¿Michael nunca usaba palabras para seducirte? Tal vez por eso fracasó.

—¿Michael? ¿Qué sabes tú de...? —recordó de pronto la conversación que había tenido con su madre antes de la cena—. ¡Nos estabas escuchando! —exclamó, atónita—. No tenías derecho a escuchar una conversación privada. Ningún caballero hace eso.

–Tonterías –dijo Luke con calma–. Todo el mundo lo hace, si se le presenta la ocasión.

–¿Disfrutas metiéndote en la vida privada de los demás?

–Me interesa la gente; me interesan sus emociones. Y no pido disculpas por las cosas que me interesan.

Gwen se hallaba dividida entre la rabia que le producía su arrogancia y la admiración que suscitaba en ella su aplomo.

–¿Y por qué pides disculpas, Luke Powers?

–Por muy pocas cosas –Gwen sonrió sin poder remediarlo. «Qué cinismo», pensó–. Valía la pena esperar para ver esa sonrisa –murmuró Luke mientras escudriñaba su cara–. Me pregunto si Bradley sabrá hacerle justicia. Ten cuidado –la advirtió–, o se enamorará de ti.

–¿Así fue como te ganaste tú a Mónica?

–A Mónica le doy pánico –replicó Luke, y levantó una mano para colocarle mejor la rosa en el pelo.

–Veo que no eres un observador muy agudo –replicó Gwen, y se puso a enredar con la rosa hasta que consiguió quitársela del pelo.

La flor cayó al suelo y Luke y ella se agacharon a recogerla. Gwen levantó los ojos hacia él, y su pelo le rozó la mejilla. Retrocedió dando un respingo, como si se hubiera quemado, pero Luke la agarró del brazo y se incorporó lentamente, al mismo tiempo que ella. Gwen se estremeció cuando la atrajo hacia sí y sus cuerpos se tocaron. Con sólo mirar a Luke, con sólo tocarlo, sentía agitarse dentro de ella una pasión que ignoraba poseer. Las manos de Luke se deslizaron por sus brazos y bajó las anchas mangas de la bata para acariciarle los hombros. Gwen sintió que perdía el escaso dominio que tenía sobre sí misma, e, inclinándose hacia delante, lo besó en los labios.

Luke respondió a su beso con tal ardor que Gwen se quedó sin aliento. Luego, todo se disolvió en el placer. Las luces se estremecieron y estallaron tras los párpados cerrados de Gwen mientras sus labios se esforzaban por dar y recibir, guiados por un instinto tan antiguo como el tiempo. Sentía bajo las palmas de las manos los músculos duros y

recios de la espalda de Luke. Se estremecía al sentir su fortaleza y la repentina conciencia de su propia fragilidad. Pero incluso su debilidad tenía una fuerza que ella nunca había intuido, que nunca había experimentado.

Las manos de Luke vagaban sobre ella, encendiendo fuegos, aprendiendo secretos, enseñando y tomando con avidez. Gwen era dúctil y maleable. Luke era como una droga que se esparcía por su sangre y nublaba su cerebro. Sólo un débil germen de resistencia luchaba por sobrevivir y oponerse a su creciente deseo de rendirse al abrazo de Luke. La cordura afloró lentamente, casi con reticencia. De pronto, asombrada por su propia conducta, Gwen comenzó a forcejear. Pero al apartarse de Luke sintió una súbita punzada de soledad.

–No –se llevó las manos a las mejillas sofocadas–. No –balbuceó.

Luke la observó en silencio cuando, dando media vuelta, ella salió corriendo hacia la casa.

## **Cuatro**

La mañana era brumosa y sofocante, igual que los pensamientos de Gwen. Se había levantado nada más rayar el alba con su luz grisácea e incierta, y se hallaba junto a la ventana.

«¿Cómo he podido?», se preguntó otra vez. Cerró los ojos y, dejando escapar un quejido, se sentó en el asiento de la ventana. «Lo besé. Lo besé yo». Su natural honestidad le impedía tranquilizar su conciencia. «Esta vez no puedo alegar que me pillara por sorpresa. Sabía lo que iba a pasar, y, lo que es peor aún, disfruté». Flexionó las rodillas, alzándolas hasta la barbilla. «También disfruté la primera vez que me besó». Aquella constatación, hecha en silencio, la hizo cerrar los ojos de nuevo. «¿Cómo he podido?». Mientras intentaba dar respuesta a aquella pregunta, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. «He recorrido miles de kilómetros para apartar a Luke Powers de mi madre, y acabo besándolo en el jardín en plena noche. Y, además, me gusta», añadió, acongojada. «¿Qué clase de persona soy? ¿Qué clase de hija soy? Anoche, en el jardín, no pensé ni una sola vez en mi madre. Pero hoy sí que voy a pensar en ella», se dijo resueltamente, y sacó unos pantalones cortos, de color verde oliva, de la cómoda. «Tengo un mes para echar de aquí a Luke Powers, y eso es lo que voy a hacer».

Se abrochó la blusa caqui de manga corta, se miró al espejo y asintió con decisión. «Se acabaron los jardines a la luz de la luna. No volveré a arriesgarme a que la locura del verano se apodere de mí. Porque eso fue, ¿no?», le preguntó a la esbelta mujer reflejada en el espejo. Se pasó una mano por el pelo con nerviosismo. Cualquier otra respuesta le parecía inconcebible. Acabó de vestirse y salió de la habitación.

A aquella hora tan temprana, ni siquiera Tillie estaba en la cocina.

Resultaba agradable hallarse sola en la habitación suavemente iluminada. Preparó café a la luz grisácea del alba. Se bebió una taza mientras observaba cómo se iban amontonando las nubes. «Va a llover», pensó no sin placer. El cielo auguraba lluvia; el aire olía a lluvia. La tormenta le daba cierta emoción a la mañana soñolienta y apacible. Habría rayos y truenos, y un viento refrescante. La perspectiva le levantó inexplicablemente el ánimo. Se puso a canturrear una alegre tonada y comenzó a registrar los armarios. La noche en vela había quedado atrás.

–¿Se puede saber qué haces? –preguntó Tillie, entrando en la habitación, y se quedó mirando a Gwen con las manos apoyadas sobre las huesudas caderas.

–Buenos días, Tillie –acostumbrada a la hosquedad de la cocinera, Gwen contestó de buen humor.

–¿Qué andas haciendo en mi cocina? –preguntó Tillie con aspereza–. Has hecho café.

–Sí, y no está mal del todo –dijo Gwen, compungida, a pesar de que sus ojos tenían un brillo malévolo.

–El café lo hago yo –le recordó Tillie–. Siempre lo hago yo.

–Te aseguro que he echado muchísimo de menos tu café estos dos años. Por más que lo intento, a mí nunca me sale tan bueno –Gwen se sirvió otra taza–. Toma un poco –le ofreció–. Tal vez puedas decirme qué hago mal.

Tillie aceptó la taza y frunció el ceño.

–Lo dejas cocer demasiado –se quejó. Levantó una mano y le apartó los rizos de la frente–. ¿Por qué no te quitas el pelo de los ojos? ¿Es que quieres que te pongan gafas?

–No, Tillie –contestó Gwen dócilmente. Era un viejo gesto y una vieja pregunta. Gwen conocía la ternura que se escondía tras las palabras desabridas y los dedos ásperos de la cocinera. Sus labios se curvaron en una sonrisa–. Le he hecho el desayuno a mamá –Gwen se dio la vuelta y comenzó a colocar tazas y platos en una bandeja–. Voy a

subírselo. Siempre le ha gustado que le suba el desayuno por sorpresa.

–No deberías molestar a tu *maman* tan temprano –dijo Tillie.

–Oh, no es tan temprano –dijo Gwen alegremente, levantando la bandeja–. No he desordenado esto mucho, ¿verdad? –añadió con la despreocupación de la juventud–. Lo recojo todo en cuanto baje –salió antes de que Tillie pudiera responder.

Subió rápidamente las escaleras y recorrió el pasillo. Manteniendo en equilibrio la bandeja con una mano, giró el pomo de la puerta de su madre con la otra. Se quedó de una pieza al hallarla cerrada con llave. Sacudió el picaporte, llena de incredulidad. Nunca, hasta donde alcanzaba su memoria, se había encontrado cerrada la habitación de Anabelle.

–¿Mamá? –preguntó mientras llamaba–. Mamá, ¿estás levantada?

–¿Qué? –la voz de Anabelle sonó clara, pero distraída–. Ah, Gwen, espera un momento, querida.

Gwen se quedó esperando junto a la puerta mientras oía leves ruidos que no lograba identificar.

–Mamá –dijo otra vez–, ¿estás bien?

–Sí, sí, cielo, un momento –los crujidos y susurros cesaron justo antes de que la puerta se abriera–. Buenos días, Gwen –Anabelle sonrió. Aunque llevaba un camisón y una bata y tenía el pelo revuelto por el sueño, sus ojos parecían despiertos y alerta–. ¿Qué llevas ahí?

Gwen miró perpleja la bandeja que sostenía en las manos.

–Ah, chocolate y *beignets*. Sé cuánto te gustan. Mamá, ¿qué estabas...?

–¡Qué maravilla, querida! –la interrumpió Anabelle, haciéndola pasar–. ¿Lo has hecho tú? ¡Qué delicia! Ven, vamos a sentarnos en la terraza. Espero que hayas dormido bien.

Gwen soslayó la cuestión.

–Me he despertado temprano y se me ha ocurrido comprobar si me acordaba de cómo se hacían las *beignets*. Mamá, no recuerdo que

nunca hayas cerrado la puerta.

–¿No? –Anabelle sonrió mientras se acomodaba en una silla blanca de hierro forjado–. Entonces será una nueva costumbre. Oh, cielos, parece que va a llover. Bueno, a mis rosas les vendrá bien un poco de lluvia.

La puerta cerrada hizo que Gwen se sintiera desamparada. Aquello le recordó que Anabelle Lacrosse era una persona, además de ser su madre. Tal vez hiciera bien recordándolo, decidió Gwen para sus adentros. Dejó la bandeja sobre la superficie de cristal de la mesa redonda y se inclinó para besar a Anabelle en la mejilla.

–Te he echado muchísimo de menos. Creo que todavía no te lo había dicho.

–Gwenivere –Anabelle sonrió y le dio unas palmaditas en la mano–, me alegro tanto de tenerte en casa... Siempre has sido una alegría para mí.

–¿Hasta cuando manchaba de barro la alfombra o se me escapaba una rana en el salón? –Gwen sonrió, se sentó y empezó a servir el chocolate.

–Cariño –suspiró Anabelle, y sacudió la cabeza–, algunas cosas es mejor olvidarlas. Nunca entendí cómo pude criar a semejante trasto. Pero aunque estaba convencida de que nunca llegarías a convertirte en una dama, admiraba tu libertad de espíritu. Tenías mucho carácter –añadió tras probar el chocolate–, pero nunca mentías. Por horrible que fuera lo que hubieras hecho, nunca lo hacías adrede, y siempre confesabas.

Gwen se echó a reír. Sus rizos se agitaron cuando echó la cabeza hacia atrás.

–Pobre mamá, cuántas cosas horribles debí de hacer.

–Bueno, puede que hicieras más de la cuenta –dijo Anabelle con ternura–. Pero ahora eres mayor, y eso es muy difícil de aceptar para una madre. ¿Te gusta tu trabajo, Gwen?

Gwen se dispuso a contestar que sí automáticamente, pero de

pronto titubeó. «¿Gustarme?», pensó. «Me pregunto si es así».

–Es extraño –dijo en voz alta–, no estoy del todo segura –le lanzó a su madre una sonrisa desconcertada–. Pero me hace falta, no sólo por el dinero. Necesito tener una responsabilidad. Necesito sentirme implicada en un proyecto.

–Sí, siempre ha sido así... Mmm, las *beignets* tienen una pinta buenísima.

–Están buenísimas –afirmó Gwen, apoyando los codos sobre la mesa y la barbilla sobre las manos–. Me sentí obligada a probar una antes de traértelas.

–¿Ves?, siempre he dicho que eras muy considerada –dijo Anabelle con una sonrisa antes de probar uno de los bollos de caprichosa forma–. Está deliciosa –dijo–. Tillie no las hace mejor, aunque será mejor que esto quede entre nosotras.

Gwen dejó que el tiempo pasara en una cháchara agradable hasta que sirvió la segunda taza de chocolate.

–Mamá –comenzó a decir precavidamente–, ¿cuánto tiempo piensa quedarse Luke Powers?

El modo en que Anabelle levantó sus delicadas cejas indicaba su sorpresa.

–¿Quedarse? –repitió su madre mientras se sacudía los dedos manchados de azúcar glasé–. Pues no lo sé exactamente, Gwen. Depende, supongo, de cómo vaya su libro. Sé que piensa acabar el primer borrador antes de volver a California.

–Imagino –dijo Gwen con aparente naturalidad mientras removía su chocolate– que después de eso no volverá por aquí.

–Oh, yo creo que sí volverá –Anabelle sonrió, mirando a su hija a los ojos–. A Luke le gusta mucho esta parte del país. Ojalá pudiera decirte lo que ha significado para mí su llegada –se quedó mirando el cielo neblinoso con expresión soñadora. Gwen sintió una punzada de alarma–. Me ha dado tantas cosas... Me gustaría que pasaras algún tiempo con él y llegaras a conocerlo mejor.

Gwen se mordió el labio inferior. Se sentía completamente perdida y furiosa mientras su madre contemplaba las nubes cargadas de lluvia con una leve sonrisa. «Qué hombre tan despreciable. ¿Cómo puede hacerle esto?». Gwen miró los posos de su taza y sintió un peso en el corazón. «¿Y qué me está haciendo a mí?» Por más que intentaba olvidarlo, sentía aún en la boca el calor de los labios de Luke. Aquella sensación persistía, provocadora y excitante. Se sentía presa de unas emociones totalmente ajenas a ella, de un anhelo que no podía ni identificar ni comprender. Sacudió bruscamente la cabeza, intentando despejarse. Luke Powers sólo le causaría problemas mientras estuviera en Luisiana. Ella tenía que conseguir de algún modo que volviera a la Costa Oeste y no regresara jamás.

–¿Gwen?

–¿Mmm? Ah, sí, mamá –Gwen parpadeó, intentando alejar la imagen de Luke y las confusas ideas que la asaltaban, y se encontró con la mirada curiosa de Anabelle.

–He dicho que estaría bien hacer una tarta de arándanos para la cena. A Luke le gusta mucho. He pensado que tal vez te apeteciera recoger unos arándanos para Tillie.

Gwen sopesó un instante la atractiva idea de ponerle una pizca de arsénico a la porción de tarta de Luke, y luego descartó la idea.

–Me encantaría –murmuró.

El aire estaba cargado de humedad cuando, pertrechada con un cubo, Gwen salió en busca de arándanos. Lanzó una mirada fugaz al cielo nublado, se encogió de hombros y decidió arriesgarse a que lloviera. Aprovecharía el tiempo que pasara recogiendo arándanos para idear un plan que devolviera a Luke Powers al oeste. Cruzó el cuidado césped balanceando el cubo y se internó entre el oscuro dosel de los árboles que formaban la linde entre su casa y el río. Allí, todo era muy distinto a la casa limpia, bonita y bien cuidada de su

madre. Aquél era un mundo primitivo, lleno de secretos eternos e inagotables exigencias. Había sido el refugio de Gwen cuando niña; su isla particular. Aunque recordaba a la perfección cada uno de sus detalles, se detuvo un momento para gozar nuevamente de su belleza.

Había una ligera bruma sobre las aguas indolentes del río. Las espadañas, pardas y melancólicas, asomaban a la superficie en busca del sol escondido. Aquí y allá, tocones de cipreses se alzaban por encima del agua. La corriente se movía por el estrecho cauce y se perdía de vista describiendo una curva. Gwen recordaba cómo giraba, zigzagueaba y se ensanchaba. Por encima del sendero angosto y recto, los árboles engalanados de musgo se combaban formando un túnel. El agua permanecía en silencio, pero Gwen oía el canto de los pájaros y, de vez en cuando, el chapoteo de una rana. Sabía que aquella serenidad era sólo aparente. Bajo la calma había pasión y violencia, y una vida salvaje y agitada. Una vida que siempre la había atraído.

Avanzó con determinación por la ribera buscando arándanos silvestres y maduros. El silencio y la simplicidad de su tarea resultaban tranquilizadores. Los años parecieron esfumarse, y de pronto era de nuevo una adolescente, una chiquilla que fantaseaba con vivir en la gran ciudad. Había soñado bajo los árboles de la marisma con los emocionantes misterios de la vida urbana, con el reto de labrarse su propio camino. Su esfuerzo, su determinación y su ingenio la habían hecho progresar rápidamente. Había conseguido un puesto de responsabilidad, había creado a su alrededor un interesante círculo de amigos y, más recientemente, había desarrollado un insidioso sentimiento de insatisfacción.

«Trabajas demasiado», diagnosticó y se metió un arándano en la boca. Su jugo dulce estaba cargado de recuerdos.

Tenía que pensar, por otro lado, en Michael. Frunció el ceño y metió un puñado de arándanos en el cubo. «Aunque fue idea mía dejarlo, puede que esté sufriendo los efectos de haberle puesto fin a la

relación. Y las cosas que me dijo...». Frunció más aún el ceño y sin darse cuenta de lo que hacía empezó a comerse los arándanos. «Que era distante, fría e inmadura... Puede que no lo quisiera». Suspiró, recogió más arándanos y se los comió uno a uno. «Si hubiera estado enamorada de él, habría querido que me hiciera el amor».

«Yo no soy distante», pensó. «Ni fría. ¡Mira cómo me porté con Luke!». Se quedó paralizada, con un arándano a medio camino de la boca. Sus mejillas se tiñeron de rubor. «Eso fue distinto», se dijo rápidamente. «Completamente distinto». Se metió el arándano en la boca. «Fue una cuestión puramente física; no tiene nada que ver con las emociones. Pura química, nada más. Es prácticamente científico».

Especuló con la posibilidad de seducir a Luke. Podía coquetear con él, incitarle y provocarle hasta volverlo loco, hacer que se enamorara de ella y luego dejarle con un palmo de narices cuando el peligro para Anabelle hubiera pasado. «No puede ser muy difícil», decidió. «He visto a muchos modelos manejar a los hombres con un dedo». Se miró los dedos y notó que los tenía manchados de jugo de arándanos.

–Cualquiera diría que te acaba de fichar el FBI.

Gwen se dio la vuelta, sobresaltada, y vio a Luke cómodamente apoyado contra un grueso ciprés. Llevaba puestos unos vaqueros descoloridos y una camiseta vieja. Sus ojos, más grises que azules, parecían tomar su color del cielo. Gwen sintió que el corazón le latía en la garganta.

–¿Es que siempre tienes que asustarme? –le dijo con aspereza. Disgustada por el efecto inmediato que la presencia de Luke surtía sobre su cuerpo, añadió con vehemencia–: Tienes la molesta costumbre de aparecer donde nadie te llama.

–¿Sabes que, cuando te enfadas, pareces una auténtica señorita del sur? –preguntó Luke con una sonrisa despreocupada–. Me gusta mucho cómo arrastras las vocales.

Gwen resopló, exasperada.

–¿Qué quieres? –preguntó.

–Ayudarte a recoger arándanos. Aunque parece que, más que recogerlos, te los estás zampando.

Gwen estuvo a punto de decirle que ni necesitaba ni quería su ayuda. Pero de pronto recordó su propósito de manejarlo con el dedo manchado de arándanos. Desfrunció cuidadosamente el ceño y compuso una sonrisa encantadora.

–Qué amable.

Luke levantó una ceja, extrañado por su cambio de actitud.

–Sí, soy muy amable –dijo secamente–. ¿No lo sabías?

–No nos conocemos mucho, ¿no? –Gwen sonrió y le tendió el cubo–. Al menos, todavía.

Luke se incorporó lentamente y se acercó a ella. Agarró el cubo sin dejar de mirarla. Gwen mantuvo el tipo y se fingió despreocupada, a pesar de que le costaba respirar cuando él estaba tan cerca.

–¿Qué tal va tu libro? –preguntó, confiando en distraerlo mientras recuperaba el dominio de su aparato respiratorio.

–Bastante bien –él la miró mientras Gwen empezaba a arrancar arándanos de un arbusto.

–Seguro que es fascinante –Gwen levantó los ojos, confiando en que su mirada fuera provocativa y excitante–. Espero que no me consideres una pesada si te confieso que soy una gran admiradora tuya. Tengo todos tus libros –aquella parte le resultaba más fácil porque era cierta.

–Siempre es agradable saber que los demás valoran tu trabajo.

Envalentonada, Gwen agarró el asa del cubo, posando la mano sobre la de él. Algo brilló en los ojos de Luke, y el arrojito de Gwen se esfumó de repente. Le quitó rápidamente el cubo y empezó a recoger arándanos con renovado ímpetu mientras por dentro se maldecía por su falta de coraje.

–¿Te gusta vivir en Nueva York? –preguntó Luke al tiempo que empezaba a echar arándanos en el cubo.

–¿Nueva York? –Gwen se zarandeó mentalmente, intentando despejarse, y procuró retomar el hilo de su plan–. Es muy

emocionante. Una ciudad tan sensual, ¿no crees? –acercó un arándano a los labios de Luke.

Él abrió la boca y le rozó con la lengua las yemas de los dedos. Gwen notó que le temblaba la mano y tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no apartarla.

–¿Y a ti... te gusta Nueva York? –su voz sonó extrañamente ronca cuando empezó de nuevo a recoger arándanos. Su inflexión espontánea era, de lejos, la más seductora de sus tácticas.

–A veces –contestó Luke, y le apartó el pelo del cuello.

Gwen se alejó un poco de él y se humedeció los labios.

–Supongo que vives en Luisiana.

–No, tengo una casa en la playa, cerca de Carmel. Qué pelo tan suave tienes –murmuró, acariciándoselo.

–La playa –repitió Gwen, y tragó saliva–. Debe de ser maravilloso. Yo... nunca he visto el Pacífico.

–Puede ser muy salvaje, muy peligroso –dijo Luke con suavidad antes de que sus labios rozaran el cuello de Gwen.

Ella dejó escapar un gemido gutural, suave y estrangulado. Se apartó un poco más y procuró mostrarse despreocupada.

–He visto fotos, claro, y películas, pero supongo que es muy distinto a verlo en realidad. Tiene que ser un sitio maravilloso para escribir.

–Entre otras cosas –Luke posó las manos sobre sus caderas desde atrás y le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja. Por un instante, Gwen sólo pudo reclinarse contra él. Pero de pronto se puso rígida, se incorporó y se apartó de él unos centímetros.

–¿Sabes? –comenzó a decir, abandonando por completo la idea de seducirlo–, creo que ya tenemos bastantes –al darse la vuelta, sus senos rozaron el pecho de Luke. Empezó a retroceder, balbuceando–. Tillie no va a hacer más que dos... dos tartas, y aquí hay arándanos de sobra –sus ojos, muy abiertos, parecían aterrorizados.

Luke avanzó hacia ella.

–Entonces, no tenemos que perder más tiempo recogiendo

arándanos, ¿no? –la insinuación era clara.

–No, bueno... –sus ojos quedaron atrapados por los de Luke mientras seguía retrocediendo–. Bueno, voy a llevarle esto a Tillie. Estará esperando.

Luke seguía avanzando lentamente. Justo cuando Gwen estaba decidida a renunciar a su dignidad y a echar a correr, dio un paso hacia atrás y se encontró en el vacío. Dejando escapar un chillido, intentó desesperadamente agarrarse a la mano de Luke. Él le quitó el cubo y ella cayó al río.

–No quería que nos quedáramos sin los arándanos –le explicó Luke cuando Gwen salió a la superficie, tosiendo–. ¿Qué tal está el agua?

–¡Oh! –ella golpeó violentamente el agua con los puños y se levantó a duras penas–. ¡Lo has hecho a propósito! –se apartó con impaciencia el pelo pegado a la cara.

–¿A qué te refieres? –Luke sonrió, y notó con complacencia cómo se le pegaba la ropa a las curvas.

–Me has empujado –Gwen dio dos pasos hacia la orilla, chapoteando.

–Mi querida Gwenivere –dijo él, muy serio–, no te he puesto la mano encima.

–Exacto –ella le dio una patada al agua con furia–. Es lo mismo.

–Será desde tu punto de vista, supongo –dijo él–. Claro, que te lo estabas buscando. Considera el chapuzón el menor de dos males. Por cierto, tienes un nenúfar en el... –el brillo de sus ojos desmintió la delicadeza que le impulsó a dejar la frase en suspenso.

Sofocada por la rabia y la vergüenza, Gwen se pasó una mano por el trasero.

–Yo tenía razón. No eres un caballero.

Luke soltó una carcajada.

–Dios mío, señorita Gwenivere, sus palabras me causan un profundo pesar –arrastró las palabras en tono burlón al tiempo que hacía una reverencia.

–Por lo menos –resopló ella–, podías ayudarme a salir de aquí.

–Desde luego –Luke dejó el cubo en el suelo y le tendió la mano galantemente.

Gwen resbaló en la orilla mojada. Para que no perdiera el equilibrio, Luke le ofreció la otra mano. Al alcanzar el borde de la orilla, Gwen echó todo su peso hacia atrás, y los dos cayeron al agua. Esa vez, Gwen salió a la superficie partiéndose de risa. Vio a Luke levantarse del agua y apartarse el pelo mojado de los ojos sacudiendo la cabeza. Se reía tanto que no podía hablar. Luke se quedó mirándola sin decir nada mientras su risa desinhibida llenaba el aire.

–¿Qué tal está el agua? –logró decir ella antes de disolverse de nuevo en un estallido de risa.

Aunque se tapó la boca con las manos, su risa seguía danzando en el aire. Se le escapó una rápida carcajada al ver que Luke achicaba los ojos. Él dio un paso hacia ella, y Gwen emprendió la retirada. Se movía con más velocidad que gracia, levantando el agua a su paso. La risa hizo que se cayera dos veces. Trepó a cuatro patas por el talud de la orilla, pero antes de que pudiera levantarse, Luke la agarró por el tobillo y se lanzó sobre la hierba, atrapando a Gwen bajo él.

Gwen no podía parar de reírse, a pesar de que estaba casi sin aliento. Sentía en la cara el cosquilleo del agua que goteaba del pelo de Luke, y sacudió la cabeza. Luke bajó la mirada hacia ella; una sonrisa brillaba en sus ojos.

–Debería haber tenido más cuidado, supongo –comentó él–. Pero tienes una cara tan inocente...

–Tú no –Gwen respiró hondo en un vano intento por controlar la risa–. La tuya no es nada inocente.

–Vaya, gracias.

De pronto el cielo se abrió y empezó a caer una lluvia cálida e impetuosa.

–¡Oh! –Gwen intentó apartar a Luke de ella–. Está lloviendo.

–Sí –dijo Luke, ignorando sus empujones–. Puede que nos mojemos.

Gwen se quedó pasmada de asombro por lo absurdo de su comentario. Tras mirarlo un momento, rompió a reír otra vez. Su risa era fresca, espontánea y seductora. Poco a poco, la expresión de Luke se tornó seria. En sus ojos apareció un deseo tan claro, tan inconfundible, que Gwen se quedó sin aliento. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras.

–Dios mío –murmuró él–, eres preciosa.

Se apoderó de su boca con ansiosa desesperación. La boca de Gwen era tan ávida como la suya; su sangre, igual de apremiante. La ropa mojada apenas separaba sus cuerpos, fundidos en una intimidad intemporal. Él la acariciaba violentamente, y ella gozaba de aquel exquisito dolor. Sonó un leve gemido que podía proceder de cualquiera de los dos. Luke besaba como un loco, provocativamente, la delicada curva de su cuello. Sus rápidas y ansiosas caricias arrastraban a Gwen más allá del límite de la razón, hacia el éxtasis.

Gwen no sentía miedo; sólo sentía excitación. La pasión de Luke buscaba y encontraba su fuego escondido, y lo avivaba. La lluvia caía sobre ellos, pero no se daban cuenta; los truenos retumbaban a su alrededor, pero no los oían. Las manos de Luke se deslizaban ansiosamente sobre el cuerpo de Gwen. A través de la blusa empapada, lamió uno de sus pezones. Ella tembló y murmuró su nombre mientras con la mano él exploraba la delicada suavidad de sus muslos. Gwen lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

–Luke... –dijo, a medias interrogándole, a medias suplicándole.

Estalló un relámpago que iluminó el río y, de pronto, se encontraron de nuevo sumidos en la penumbra.

–Será mejor que volvamos –dijo él levantándose bruscamente–. Tu madre estará preocupada.

Gwen cerró los ojos y sintió una súbita punzada de dolor. Se levantó a trompicones y evitó la mano tendida de Luke. El turbador asalto de sus emociones la hacía tambalearse.

–Gwen... –dijo Luke, y dio un paso hacia ella.

–No –los vestigios de la pasión hicieron temblar su voz. Estaba a punto de llorar. Sus ojos parecían muy jóvenes y angustiados cuando miró a Luke–. Debo de estar perdiendo el juicio. No tenías derecho –le dijo, temblorosa–. No tenías derecho...

–¿A qué? –preguntó él con aspereza, y la agarró de los hombros–. ¿A empezar a hacerte el amor o a parar? –la rabia chisporroteaba en su voz.

–¡Ojalá no te hubiera conocido! ¡Ojalá no me hubieras tocado!

–Oh, sí –Luke la atrajo hacia sí de nuevo, y la furia restalló en su voz–. Yo opino lo mismo, pero ya es demasiado tarde, ¿no crees? –ella nunca había visto sus ojos iluminados por la ira–. A ninguno de los dos nos hace gracia lo que hemos empezado, pero puede que tengamos que acabarlo.

La lluvia azotaba los árboles y se estrellaba contra el suelo, a su alrededor. Por un instante, Gwen sintió terror. Sabía que Luke podía forzarla, aunque ella se resistiera. Pero, lo que era peor aún, sabía que él no tendría necesidad de forzarla, que, después de la primera caricia, no necesitaría utilizar la violencia. De pronto, Luke la soltó y se alejó.

–A menos que sea eso lo que quieres –dijo con suavidad–, será mejor que salgas de aquí.

Esa vez, Gwen aceptó su consejo. Sollozando convulsivamente, echó a correr entre los árboles guarnecidos de musgo. Sólo pensaba en buscar refugio en su casa.

## **Cinco**

La lluvia había despertado el jardín. Veinticuatro horas después, seguía todavía lleno de vida. Los pétalos de las rosas se secaban perezosamente al sol, y el rocío se aferraba con tenacidad al dorso de las hojas. Gwen pasaba sin entusiasmo de un arbusto a otro, eligiendo los capullos más prietos. Desde el día anterior había evitado encontrarse con Luke Powers. Con una determinación nacida de la desesperación, se había aferrado a la compañía de su madre, utilizando a Anabelle al mismo tiempo como defensa y como ataque. Si estaban siempre juntas, decidió, Luke no podría quedarse a solas con su madre. Ni podría aprovechar otra oportunidad para confundirla y humillarla a ella.

La cesta que llevaba del brazo estaba medio llena de flores, pero sus colores y sus perfumes no le producían placer alguno. Le estaba pasando algo; lo sabía, lo sentía, pero no podía definirlo. Cada vez con más frecuencia se sorprendía distraída, ajena a la tarea que tuviera entre manos en ese momento. «Es», se dijo mientras cortaba el tallo fino y espinoso de una rosa con las tijeras de jardín de su madre, «como si ni siquiera mis pensamientos me pertenecieran ya del todo».

Cuando consideraba su conducta de los dos días anteriores, no salía de su asombro. Había ido a advertir a su madre contra Luke Powers, y, en lugar de hacerlo, se sentía cautivada por él como no se había sentido cautivada por ningún hombre, ni siquiera por Michael. Claro que, pensó de mala gana, nunca había conocido a un hombre como Luke Powers. Luke estaba envuelto en un aura de sensualidad, a pesar de su aparente calma. Gwen tenía la impresión de que, al igual que los marjales del río, ocultaba muchas cosas bajo la superficie. Se sentía obligada a reconocer que no sabía cómo tratar con un hombre como

él y que –lo que era peor aún– Luke había avivado una parte de su naturaleza hasta entonces oculta.

Gwen siempre había creído que su vida y sus necesidades eran muy sencillas. De pronto, sin embargo, los anhelos que se ocultaban en su interior parecían haber aflorado a la superficie. Ya no era la mujer tranquila y sin complicaciones que creía ser. Siempre había podido controlar su temperamento, hasta cierto punto inestable, pero en apenas dos días había perdido las riendas de sí misma por completo.

«Es culpa suya», se dijo, enojada, mientras miraba una peonía rosa claro. «No debería estar aquí. Debería estar en California, en su casa de la playa. Si estuviera en California, enfrentándose a un terremoto o a un huracán, yo estaría pasando unas tranquilas vacaciones con mamá. Pero está aquí, y se mete en mi vida y hace que me sienta...». Gwen se detuvo un momento y se mordió el labio inferior. «¿Cómo hace que me sienta?», pensó. Dando un suspiro, dejó que su mirada vagara por el tumulto de colores del jardín. «No estoy segura de qué me hace sentir. Me da miedo». Aquella idea se le ocurrió de pronto, y sus ojos reflejaron sorpresa. «Sí, me da miedo, pero no sé por qué. No es que piense que sea capaz de hacerme daño físicamente, no es esa clase de hombre, pero aun así...». Sacudió la cabeza y echó a andar lentamente por el sendero mientras intentaba asimilar aquella idea. «Es un hombre que controla a la gente y domina las situaciones con tanta naturalidad que una apenas se da cuenta de que la está manipulando».

Levantó un dedo y sin darse cuenta se lo pasó por el labio inferior. Recordaba vivamente el tacto de la boca de Luke sobre la suya. Su contacto había sido primero suave e incitante, y luego ansioso y apremiante, pero el efecto que había surtido sobre ella había sido el mismo. En efecto, era emocionante medirse con él. Como quedarse en la proa de un barco durante una tormenta. Pero, por aventurera que fuera ella, tenía que reconocer que había un aspecto en el que no podía vencer. Cuando estaba en brazos de Luke, lo que sentía no era

resignación, sino pasión y necesidad. Descubrir aquella nueva faceta suya era quizá lo más perturbador de todo aquel asunto.

«No pienso rendirme». Levantó la barbilla e irguió los hombros. «No voy a permitir que me intimide, ni que siga dominando mis pensamientos». Sus ojos brillaron, desafiantes. «Luke Powers no va a manipularme. Ya se dará cuenta de que Gwen Lacrosse es perfectamente capaz de ocuparse de sí misma y de su madre».

–Un minuto más –Bradley Stapleton levantó un momento el lápiz y luego continuó garabateando sobre su cuaderno. Estaba sentado con las piernas cruzadas en medio del camino, con los pies enfundados en sandalias y ataviado con unos pantalones de carpintero manchados de pintura, una camisa de cuadros desabrochada sobre el pecho enjuto y una gorra de pescador beige en la cabeza. Gwen se detuvo, sorprendida–. ¡Maravilloso! –Bradley desdobló las piernas y se puso en pie con sorprendente agilidad. Sus ojos sonreían con genuino placer cuando se acercó sin prisa a Gwen–. Sabía que eras una buena modelo, pero no me atrevía a esperar que fueras tan impresionante. ¡Mira qué variedad de emociones! –le dijo mientras pasaba varias hojas de su cuaderno.

Gwen se quedó asombrada. Los bocetos a lápiz eran magníficos, pero no fue el talento de Bradley, sino el contenido de los dibujos lo que le causó sorpresa. Vio a una mujer con el pelo rizado y suelto, estilizada y traviesa. Había en ella una vulnerabilidad que Gwen nunca había percibido en sí misma. Al volver las páginas, se vio soñando despierta, haciendo mohines, pensando y frunciendo el ceño. Había algo turbador en el hecho de ver sus sentimientos de la media hora anterior tan claramente plasmados en el papel. Levantó los ojos hacia el artista.

–Son fabulosos –le dijo. La cara de Bradley se plegó en una sonrisa–. Bradley –Gwen buscó las palabras adecuadas–, ¿de veras soy tan... bueno, tan... expresiva como parece en estos dibujos? –volvió a mirar los bosquejos con una mezcla de emociones contrapuestas–. Lo que

quiero decir es si mis pensamientos, mis emociones, resultan tan evidentes. ¿Tan transparente soy?

–Eso es precisamente lo que te convierte en una modelo excepcional –dijo Bradley–. Tu cara es muy expresiva.

–Pero... –Gwen se pasó la mano por el pelo con un gesto de frustración–, ¿siempre se me nota tanto lo que siento? ¿Está siempre ahí, a ojos de todo el mundo? Me siento indefensa y, bueno, en cierto modo, también desnuda.

Bradley esbozó una sonrisa comprensiva y le dio una palmadita en la mejilla con sus largos dedos huesudos.

–Tienes un rostro muy expresivo, Gwen, pero, si eso te preocupa, recuerda que la mayoría de la gente no ve más allá de la forma de la nariz o del color de los ojos. Normalmente la gente está tan enfrascada en sus propios pensamientos que no repara en los de los demás.

–Pero tú sí –contestó Gwen, más tranquila.

–Es mi oficio.

–Sí –Gwen sonrió y se puso otra vez a hojear el cuaderno–. Eres muy bueno... –se detuvo, llena de asombro, al ver un boceto de Luke.

Era un simple bosquejo en el que aparecía sentado en la barandilla de la terraza. Iba vestido de manera informal y tenía el pelo revuelto, como si hubiera estado trabajando. Bradley había plasmado el vigor y la inteligencia de su rostro, pero también aquella sensualidad que Gwen no esperaba que percibiera otro hombre. Lo que más le impresionó, no obstante, fueron los ojos de Luke, que parecían fijos en ella. Bradley había captado la extraña mezcla de serenidad y exaltación que Gwen advertía en ellos. Gwen notó que su respiración se agitaba de forma extraña. El retrato la atraía con una fuerza irresistible, del mismo modo que la atraía Luke.

–Ése me gusta bastante –Gwen oyó la voz de Bradley y de pronto se dio cuenta, sorprendida, de que llevaba hablando varios segundos.

–Es muy bueno. Pareces entenderle muy bien –murmuró ella, sin

percatarse del tono anhelante y levemente envidioso de su propia voz.

Bradley la miró un instante con extrañeza y asintió.

–Le entiendo hasta cierto punto, supongo. Sé que es un hombre complicado. En cierto sentido, se parece mucho a ti.

–¿A mí? –Gwen levantó los ojos, sorprendida.

–Los dos sois capaces de sentir una gran variedad de emociones. No de todo el mundo puede decirse lo mismo, ¿sabes? La principal diferencia estriba en que él canaliza sus emociones, mientras que tú las expresas plenamente. ¿Vas a posar para mí?

–¿Qué? –Gwen intentó concentrarse de nuevo en Bradley, cuya pregunta parecía fuera de contexto. Movi6 la cabeza de un lado a otro para disipar los turbadores pensamientos que las palabras del pintor habían suscitado en ella.

–¿Vas a posar para mí? –repiti6 Bradley con paciencia–. Me gustaría mucho hacerte un retrato al 6leo.

–S6, claro –Gwen se encogió de hombros y compuso una sonrisa, intentando sofocar la extraña turbaci6n que se hab6a apoderado de ella–. Parece divertido.

–No pensar6s lo mismo cuando lleves un par de horas manteniendo la pose –dijo Bradley con buen humor–. Ven, vamos a empezar ahora mismo, antes de que cambies de idea –la tom6 de la mano y ech6 a andar por el camino tirando de ella.

Al cabo de un par de horas, Gwen comprendi6 que lo que Bradley le hab6a dicho era cierto: posar para un artista mani6tico resultaba agotador. Bradley dibuj6 su cara desde una docena de 6ngulos distintos mientras ella permaneci6 de pie o sentada, o se giraba conforme a sus instrucciones, y Gwen empez6 a sentir cierta simpat6a por las modelos de *Style*.

Al principio, le hizo gracia que Bradley hurgara en su armario en busca de un atuendo adecuado para el retrato, pero cuando eligi6 una fina bata de seda blanca, Gwen se neg6 rotundamente a hacerle caso. 6l, sin embargo, hizo 6idos sordos a sus protestas, y Gwen pronto se

descubrió –no sin asombro– cumpliendo exactamente sus instrucciones.

Después de posar para él, se estiró en su cama, cansada y sola, y procuró desentumecer sus músculos. Una sonrisa asomó a sus labios cuando recordó con qué facilidad la había arrollado Bradley. El azoramiento que había sentido por llevar únicamente una bata mientras él la observaba o la hacía moverse a un lado o a otro se había esfumado enseguida. Para el caso, ella podría haber sido un árbol curioso o un frutero: a Bradley no le interesaba el cuerpo que se ocultaba bajo la bata, sino el modo en que caía y se plegaba la tela.

«No tengo que preocuparme de que me aborde en un arrebato de pasión», pensó mientras cerraba los ojos, «sino de que no se me atrofien las articulaciones». Dejó escapar un largo suspiro y se abrazó a la almohada.

Sus sueños fueron confusos. Soñó que vagaba por el río recogiendo rosas y arándanos. Al pasar por un claro, vio a Luke talando un árbol grueso y pesado. El hacha retumbaba como un trueno. El árbol se desplomó a sus pies sin producir sonido alguno. Luke la miró, y ella se acercó y se fundió en sus brazos. Por un instante, sintió una violenta alegría; luego, con la misma precipitación, se vio arrojada a la fría corriente.

Por detrás de una cortina de agua, vio a Anabelle con una suave sonrisa en los labios, tendiéndole la mano a Luke. Luchó por salir a la superficie, pero no lograba alcanzarla. De pronto se encontró de pie en la orilla, con Bradley sentado a sus pies, dibujando. Luke se acercó a ellos hacha en mano, y Gwen descubrió que sus propios brazos y sus piernas se habían vuelto de piedra. Mientras caminaba, Luke empezó a transformarse; sus rasgos se disolvieron y sus ropas se alteraron.

Un instante después era Michael quien caminaba hacia ella con un práctico maletín en la mano, en lugar del hacha. Michael sacudió la cabeza al ver los miembros petrificados de Gwen y le recordó con su voz precisa y clara que ya le había dicho que era muy fría. Gwen

intentó negar con la cabeza, pero su cuello también se había petrificado. Cuando Michael la asió por los hombros, dispuesto a llevársela, ella sólo pudo proferir un leve gemido de protesta. Oyó que Luke la llamaba por su nombre a lo lejos. Michael la dejó caer y ella se despertó en el instante en que sus extremidades petrificadas se hacían añicos. Aturdida, se quedó mirando unos ojos azul grisáceo.

–Luke –musitó–, yo no soy fría.

–No –él le apartó suavemente el pelo de la mejilla y posó allí su mano–. Claro que no.

–Bésame otra vez, no quiero convertirme en piedra –dijo ella con vehemencia, y Luke se inclinó hacia ella con una sonrisa irónica.

–Claro que no, ¿quién puede reprochártelo?

Gwen suspiró, le rodeó el cuello con los brazos y paladeó con placer la cálida suavidad de su beso. Sus miembros recobraron su calor y su fluidez, y sus labios se abrieron, suplicantes. El beso se hizo más intenso, hasta que se fundieron sueño y realidad. Sintiendo una aguda punzada de deseo, Gwen rompió violentamente las barreras del sueño que aún quedaban en pie. Logró proferir una queja, que quedó sofocada por la boca de Luke, e intentó desasirse. Luke no la soltó enseguida; dejó que sus labios se demoraran sobre los de ella hasta que se dio por satisfecho. Pero ni siquiera entonces se apartó de ella. Un suspiro separaba sus bocas.

–Ha debido de ser un sueño –murmuró, y con despreocupada ternura frotó su nariz contra la de ella–. Las mujeres sois tan irresistiblemente tiernas y cálidas cuando habéis estado soñando...

Gwen logró sentarse en la cama, sofocada.

–Qué cara tienes –dijo, enojada–. ¿Se puede saber por qué entras en mi cuarto a molestarme?

–Adivínalo –contestó él con sonrisa lobuna. Gwen se puso aún más colorada mientras se ceñía el escote de la bata–. Relájate –prosiguió Luke–. No he venido a robarte la virtud; he venido a despertarte para la cena –pasó un dedo por la línea de su mandíbula–. El resto ha sido

idea tuya.

Gwen se envaró, llena de indignación, pero al hablar se le trabó la lengua.

–Tú... tú... Estaba dormida y te has aprovechado...

–Desde luego que sí –dijo Luke, y la estrechó contra sí para darle un beso rápido y fuerte–. Y los dos lo hemos pasado en grande –se levantó ágilmente–. El blanco te sienta bien –comentó mientras recorría con la mirada los suaves pliegues de la bata–, pero creo que deberías ponerte algo un poco menos informal para cenar, a no ser que quieras que Bradley se vuelva loco de deseo.

Gwen se levantó y se ciñó la bata con energía.

–No te preocupes por Bradley –dijo gélidamente–. Se ha pasado toda la tarde dibujándome con esta bata puesta.

La expresión de sorna abandonó tan rápidamente el semblante de Luke que Gwen se preguntó si se la habría imaginado. Luke avanzó hacia ella con expresión adusta.

–¿Qué? –su voz retumbó en la habitación.

–Ya me has oído. Voy a dejar que me haga un retrato.

–¿Con eso? –los ojos de Luke recorrieron la bata y luego volvieron a posarse en su cara.

–Sí, ¿qué pasa? –Gwen sacudió la cabeza y se dio la vuelta para alejarse de él. Cuando se movía, la bata de seda flotaba alrededor de sus piernas y se pegaba a sus caderas. Al llegar a la ventana, se volvió y se apoyó contra el alféizar. Su actitud era al mismo tiempo insolente y sensual–. ¿A ti qué te importa?

–No juegues con fuego a no ser que estés dispuesta a quemarte –la advirtió Luke suavemente.

El color castaño de los ojos de Gwen pareció fundirse.

–Eres insufrible.

–Y tú eres una niña malcriada.

–Yo no soy una niña –replicó ella–. Hago lo que me da la gana. Si quiero posar para Bradley con esta bata, con una armadura o sólo con

un par de pendientes de diamantes, es asunto mío.

–Yo me pensaría mucho lo de los pendientes de diamantes, Gwen – el suave timbre de su voz dejaba entrever su ira creciente–. Si lo intentas, tendría que romperle a Bradley todos los dedos de las manos.

La violencia de aquella afirmación, proferida tan suavemente, indignó a Gwen.

–¡Vaya, la típica estupidez machista! Si algo no te gusta, dale una patada o desprécialo. Te creía más inteligente.

–¿Ah, sí? –Luke, en cuyos ojos había de nuevo un destello de sorna, alargó el brazo y le dio un fuerte tirón de pelo–. Lástima que estuvieras en un error.

–¡Hombres! –exclamó ella, airada, y levantó las manos y los ojos al cielo–. Sois todos iguales.

–Lo dices, por supuesto, por tu vasta experiencia personal.

Gwen advirtió su tono sarcástico.

–Sois todos unos arrogantes, unos engreídos, unos egoístas...

–¿Unos bestias? –sugirió Luke amablemente.

–También –dijo ella asintiendo con la cabeza enérgicamente.

–Me alegra servirte de ayuda –Luke se recostó al borde de la cama y se quedó mirándola. La luz vacilante del ocaso acentuaba las sombras y las cavidades de su cara.

–Os creéis que sois muy listos y que las mujeres somos tan tontas que no podemos decidir por nosotras mismas. Lo único que hacéis es dar órdenes, órdenes y más órdenes, y cuando no os salís con la vuestra, gritáis, os enfurruñáis o, lo que es peor aún, os ponéis paternalistas. ¡Odio que me traten con paternalismo! –cerró los puños y se los metió en los bolsillos de la bata–. No me gusta que me digan que soy un encanto en un tono que en realidad significa que soy estúpida. No me gusta que me den palmaditas en la cabeza como si fuera un perrillo que no aprende a traer la pelota. Y, luego, para colmo, cuando acabas de insultar mi inteligencia, pretendes hacerme

el amor. Naturalmente, debería sentirme agradecida por que dediques tantas atenciones a una tontuela tan dulce y encantadora como yo... – incapaz de refrenarse, Gwen dio una fuerte palmada en un poste de la cama–. No lo soy –dijo en voz baja, llena de furia–. No soy fría, ni distante, ni sexualmente inmadura.

–Cielo santo, niña –sobresaltada por la voz de Luke, Gwen parpadeó y volvió a fijar la mirada en él–. ¿Quién ha sido el imbécil que te ha dicho todo eso? –Gwen lo miró, muda de asombro–. Está claro que tu opinión sobre los hombres procede de una única fuente –continuó él–. Ese tal Michael debía de ser muy convincente –Gwen se encogió de hombros, azorada, y se volvió hacia la ventana–. ¿Estabas enamorada de él?

La pregunta la pilló tan desprevenida que contestó automáticamente:

–No, pero creía que sí, así que lo mismo da, supongo.

–Discutíais bastante, ¿no? –dijo Luke con sorprendente suavidad, y posó las manos con ternura sobre los hombros de Gwen.

–Oh, por favor –Gwen se apartó rápidamente, sintiendo un extraño y dulce anhelo–. No intentes ser amable conmigo. No puedo pelearme contigo si te pones así.

–¿Es eso lo que quieres? –Luke la agarró de los hombros con firmeza y la hizo girarse para que lo mirara–. ¿Pelearme contigo? –posó los ojos en sus labios. Gwen empezó a temblar.

–Creo que es lo mejor –de pronto le temblaba la voz–. Es menos arriesgado.

–¿Menos arriesgado que qué? –inquirió él, y esbozó una sonrisa rápida y deslumbrante, al mismo tiempo enigmática y seductora. La habitación se iba oscureciendo a medida que atardecía y la mágica luz del ocaso perfilaba sus siluetas–. Eres preciosa –musitó Luke, y deslizó la mano por la suave pendiente de los hombros de Gwen, hasta tocar su cuello.

Ella levantó la mirada, hipnotizada.

–No, no lo soy. Tengo la boca demasiado grande, y la barbilla puntiaguda.

–Claro –dijo Luke, atrayéndola hacia sí–. Ahora me doy cuenta; eres bastante feúcha. Es una pena desperdiciar esos ojos aterciopelados y esa piel sedosa en una criatura tan poco agradada.

–Por favor... –Gwen giró la cabeza, y la boca de Luke rozó su mejilla, en lugar de sus labios–. No me beses. Me aturdes... No sé qué hacer.

–Al contrario, pareces saberlo muy bien.

–Luke, por favor –ella contuvo el aliento–. Por favor, cuando me besas me olvido de todo y sólo quiero que me beses otra vez.

–Lo haré encantado.

–No, no –Gwen lo apartó y lo miró con unos ojos enormes y suplicantes–. Estoy asustada.

Él la estudió con serena intensidad. Vio que su boca temblaba y que clavaba los dientes en el labio inferior para atajar el temblor. Sintió que las venas del cuello palpitaban bajo su mano. Dejó escapar un largo suspiro, retrocedió y se metió las manos en los bolsillos con expresión pensativa.

–Me pregunto si perderás ese atractivo aire de inocencia si te hago el amor.

–No voy a dejar que me hagas el amor –Gwen notó que su voz sonaba temblorosa y vacilante.

–Gwen, eres demasiado honesta como para hacer una afirmación como ésa; cuanto más, para creértela –Luke se dio la vuelta y se dirigió a la puerta–. Le diré a Anabelle que enseguida bajas.

Cerró la puerta tras él, y Gwen se quedó a solas con sus pensamientos en la habitación en penumbra.

## Seis

Gwen llevaba casi una hora posando para Bradley. Los ojos de éste, pese a que su rostro era plano e inofensivo, eran mucho más penetrantes de lo que había pensado en un principio. Gwen había descubierto, además, que el huésped de su madre era en realidad un apacible tirano. Desde que había aceptado posar para él, Bradley había tomado el mando con suave pero implacable eficacia, y la había colocado en una silla blanca de hierro forjado en medio del jardín.

La mañana era cálida y sofocante, y había en el aire un leve aleteo de lluvia, a pesar del sol. Una libélula pasó zumbando y quedó suspendida sobre un rosal, a su derecha. Gwen giró la cabeza para observar su vuelo.

–¡No hagas eso! –la voz de Bradley, bellamente modulada, hizo que Gwen girara la cabeza con sobresalto–. Hoy sólo estoy dibujando tu cara –le recordó él. Ella murmuró algo ininteligible que le hizo sonreír–. Ahora comprendo por qué en *Style* trabajas entre bambalinas y no delante de la cámara –su lápiz se detuvo en el aire–. ¿Es que nunca te estás quieta?

–No sé, siempre tengo la impresión de que tengo que hacer algo –reconoció Gwen–. ¿Cómo puede la gente quedarse sentada así tanto tiempo? No sabía que costara tanto esfuerzo.

–¿Dónde está tu languidez sureña? –preguntó Bradley mientras dibujaba un mechón de su pelo, y pensó que tal vez Gwen se quedara más quieta si le daba conversación, a pesar de que no le hacía mucha gracia dividir su concentración entre el boceto y la charla.

–Oh, no creo que la haya tenido nunca –contestó Gwen. Luego levantó un pie para apoyarlo en la silla y entrelazó las manos alrededor de la rodilla. Respiró hondo y paladeó los embriagadores

perfumes del jardín-. Y ahora que vivo en Nueva York, menos que nunca. Aunque... -hizo una pausa y miró a su alrededor otra vez, aunque esa vez se acordó de mover sólo los ojos-. Esto es muy tranquilo, ¿verdad? Estoy descubriendo lo mucho que echaba de menos esta paz.

-¿Tu trabajo te exige mucho? -preguntó Bradley mientras afinaba la línea de su mandíbula con una pasada del lápiz.

-Mmm -Gwen se encogió de hombros y deseó poder estirarse-. Siempre hay algún plazo imposible de cumplir que, naturalmente, cumplimos. Luego están los modelos y los fotógrafos, que necesitan que aplaquen su ego artístico...

-¿Y se te da bien aplacar egos artísticos? -Bradley entornó los ojos, buscando la perspectiva.

-Pues la verdad es que sí -ella le sonrió-. Y me gusta cumplir con los plazos de entrega; es un desafío.

-A mí nunca se me han dado bien los plazos de entrega -murmuró él-. Mueve la barbilla, así -le hizo un gesto con un dedo, y ella obedeció.

-A mucha gente le pasa lo mismo, pero a mí no me queda más remedio. Cuando trabajas en una publicación mensual, no tienes elección -Gwen guardó silencio un momento mientras escuchaba el zumbido de las abejas alrededor de los matorrales de azaleas que había tras ella. En alguna parte junto a la casa, un pájaro lanzó al aire un repentino canto de júbilo-. ¿De dónde eres tú, Bradley? -preguntó al fin, posando de nuevo los ojos en él. Era un hombre extraño, pensó, con su cuerpo desgarrado y sus ojos penetrantes.

-De Boston -posó fugazmente la mirada en ella y luego volvió a fijarla en el cuaderno de dibujo-. Gira un poco la cabeza a la derecha... Ahí está bien.

-Boston. Debí imaginarlo. Tu acento es muy... elegante -Bradley se echó a reír-. ¿Cómo decidiste hacerte pintor?

-La pintura es mi modo de expresión favorito. Siempre me ha

gustado dibujar. Cuando iba a la escuela, los profesores tenían que confiscarme los cuadernos. Y, además, a algunas personas les impresiona mucho saber que eres un artista.

Gwen se echó a reír.

–No creo que ése sea uno de tus motivos.

–No estés tan segura –murmuró Bradley, concentrado en la curva de su cuello–. Me gusta que me halaguen. No todo el mundo es tan autosuficiente como tú.

Gwen olvidó sus instrucciones y se giró de nuevo hacia él.

–¿Eso es lo que piensas de mí?

–A veces –Bradley alzó una ceja y le indicó que se volviera de nuevo. Estudió un momento su perfil y luego se puso otra vez a dibujar–. Ser pintor, un pintor correcto, sin la ambición compulsiva de llegar a ser un gran pintor, me viene como anillo al dedo –le sonrió con expresión pensativa–. Pero a ti no te cuadraría en absoluto. Tú no tienes paciencia.

Gwen pensó en la arisca y seria Gwen Lacrosse de la revista *Style*: una mujer práctica y eficiente que conocía su trabajo al dedillo y lo hacía muy bien; una mujer que sabía encargarse de los detalles y tratar a la gente, y a la que se le daban bien los datos y los números. Y sin embargo... Había otra Gwen Lacrosse que amaba los jardines antiguos y perfumados, que veía películas lacrimógenas en televisión y que era capaz de subirse a un cabriolé en un día de lluvia sin pensárselo dos veces. Michael se sentía atraído por la una y se desesperaba con la otra. Gwen suspiró. Tal vez ella misma no había entendido nunca aquella mezcla que formaba su carácter. Ni siquiera se lo había planteado. Por lo menos, hasta conocer a Luke Powers.

Luke Powers... No quería pensar en él. En ese aspecto, las cosas no estaban saliendo como ella había previsto. Y lo que era peor aún: no estaba en absoluto segura de que pudieran salir conforme a sus planes.

Gwen levantó la cabeza hacia el cielo. Bradley abrió la boca para

regañarla, pero al descubrir una nueva perspectiva de su agrado, siguió dibujando. El sol prendía chispas anaranjadas en el pelo de Gwen. Ella notó que las nubes provenían del oeste y pensó que seguramente se estaba preparando una tormenta. Sentía la tensión eléctrica que bullía para la apariencia soleada y agradable del día y que hacía palpar el aire. A pesar del calor, se estremeció involuntariamente. Sus ojos se vieron de pronto arrastrados por una fuerza irresistible hacia lo alto de la casa.

Luke la estaba mirando desde la ventana de su cuarto. Gwen se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, observándola con aquella expresión apacible y directa que había llegado a esperar de él. Su mirada jamás vacilaba cuando los ojos de ambos se encontraban.

Luke siguió mirándola con descaro. Por un instante, Gwen se sintió impelida a sostenerle la mirada. A pesar de la distancia que los separaba, notaba la vehemencia de su mirada, y se envaró para defenderse de ella.

Como si sintiera su reacción, Luke sonrió lentamente, con arrogancia, sin apartar los ojos de ella. Gwen advirtió su expresión desafiante y sacudió la cabeza antes de apartar la mirada.

Bradley arqueó una ceja al ver su semblante preocupado.

–Creo –dijo con suavidad– que hemos acabado por hoy –se levantó de la piedra en la que estaba sentado con inesperada agilidad–. Mañana por la mañana, te quiero en bata. Tengo una idea muy buena sobre la pose. Ahora voy a ver si convenzo a Tillie para que me dé un trozo de tarta de chocolate. ¿Quieres un poco?

Gwen sonrió y sacudió la cabeza.

–No, ya casi es la hora de comer. Creo que voy a quitar malas hierbas un rato para echarle una mano a mi madre –miró el parterre de petunias que había junto a ella–. Parece que está descuidando el jardín.

–Tu madre tiene muchas cosas en la cabeza –dijo Bradley y, poniéndose el lápiz detrás de la oreja, echó a andar por el camino.

¿Muchas cosas en la cabeza? Gwen se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Su madre no parecía preocupada, pero ¿qué era exactamente lo que estaba haciendo? Tal vez sólo quisiera convencerla de que ella también tenía una vida, igual de importante que la carrera de Gwen en la gran ciudad. Gwen se acercó al arriate de petunias, se arrodilló y empezó a arrancar malas hierbas.

Anabelle había adquirido la costumbre de desaparecer de vez en cuando, lo cual resultaba desconcertante. Incapaz de resistirse, Gwen levantó de nuevo la mirada hacia la ventana del tercer piso. Luke ya no estaba allí. Gwen frunció el ceño y volvió a su tarea.

Si él se marchara, pensó, todo iría bien. Su madre era una criatura tierna y delicada que confiaba en todo el mundo. Sencillamente, carecía de defensas contra un hombre como Luke Powers. «¿Y tú sí las tienes?», se preguntó, burlona. Empezó a maldecir para sus adentros, dio un tirón y arrancó una petunia.

–¡Oh! –se quedó mirando la flor, sintiéndose absurdamente culpable, y se envaró al sentir que una sombra caía sobre ella.

–¿Te preocupa algo? –preguntó Luke. Se puso en cuclillas a su lado, le quitó la flor de la mano y se la puso detrás de la oreja. Gwen se acordó de la rosa que le había prendido en el pelo y se sonrojó antes de apartar la cara.

–Vete. Estoy ocupada –dijo.

–Yo no –su voz sonaba afable y despreocupada–. Te ayudo.

–¿Es que no tienes nada que hacer? –Gwen lo miró con enojo y se puso a desarraigar con ímpetu otro matojo de malas hierbas.

–Ahora mismo, no –dijo Luke con suavidad mientras hurgaba entre las flores con sorprendente habilidad–. La ventaja de trabajar por cuenta propia es que uno se marca su propio horario. Por lo menos, casi siempre.

–¿Casi siempre? –preguntó Gwen con curiosidad, sobreponiéndose al desagrado que le producía aquel hombre exasperante.

–Cuando las cosas van bien, uno está encadenado sin remedio a la

máquina de escribir.

–Qué raro –pensó Gwen en voz alta, olvidando su propósito de ignorar a Luke–. No te imagino encadenado a nada. Pareces tan libre... Pero debe de ser muy difícil poner todas esas palabras sobre el papel y hacer que los personajes que tienes dentro de la cabeza cobren vida, caminen, hablen y piensen. ¿Por qué decidiste hacerte escritor?

–Porque les tengo cariño a las palabras –dijo él–. Y porque esos personajes que hay dentro de mi cabeza están siempre intentando salir. Bueno, ya he contestado a tu pregunta –Luke se volvió hacia ella mientras hacía girar una brizna de hierba entre los dedos–. Ahora me toca a mí preguntar. ¿En qué estabas pensando cuando mirabas el cielo?

Gwen frunció el ceño. No estaba en absoluto segura de que quisiera compartir sus pensamientos íntimos con Luke Powers.

–Estaba pensando que va a llover –contestó–. ¿Tienes que mirarme de ese modo?

–Sí.

–Eres imposible –le dijo, irritada.

–Y tú preciosa –su mirada era de pronto muy intensa, y Gwen sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Luke la agarró de la barbilla antes de que pudiera girarse–. Con el sol en el pelo y los ojos turbios, eras como un sueño. Te deseaba –se acercó más a ella. Su aliento acarició la piel de Gwen.

–¡No! –ella intentó retroceder, pero Luke le sujetó con fuerza la barbilla.

–No tan rápido –dijo en voz baja.

La besó con sorprendente suavidad, rozando su boca como el ala de una mariposa. Gwen separó instintivamente los labios para recibir su lengua y, dando un suspiro, sucumbió a la atmósfera del jardín. Su pasión había permanecido aletargada, como la temida tormenta tras la capa de suaves nubes. Tembló, llena de deseo, cuando Luke trazó cuidadosamente con los dedos las líneas de su cara y de sus pómulos

y acarició su mandíbula y el denso remolino de cabello que le crecía sobre las sienes, antes de besarla de nuevo. Su lengua la acariciaba, tentadora, ejerciendo una levísima presión. Gwen se aferró con fuerza a su camisa y pronunció gimiendo su nombre. Su piel pareció cobrar vida bajo las manos de Luke. Le rodeó el cuello con los brazos, anhelante, y lo atrajo hacia sí. Su boca era ávida y ansiosa.

Por un instante cegador, la llama de la pasión se alzó y los consumió a ambos mientras se abrazaban al sol fragante de la mañana. Luego Luke se apartó y Gwen se quedó mirándolo mientras intentaba recobrar el aliento.

–No –ella movió la cabeza de un lado a otro y se llevó las manos a las sienes, confiando en aquietar sus pensamientos–. No –antes de que pudiera darse la vuelta y huir, Luke se levantó de un salto y la agarró de la muñeca.

–¿No qué? –su voz sonaba más profunda, pero todavía serena.

–Esto no está bien –balbuceó ella al tiempo que intentaba recuperar la cordura–. Suéltame.

–Dentro de un momento –Luke siguió agarrándola por la muñeca y dio un paso hacia ella. Escudriñó su rostro y advirtió su color febril y sus ojos agrandados–. Tú quieres, y yo también.

–¡No, no, no quiero! –gritó ella con fiereza, e intentó desasirse de un tirón, pero Luke no la soltó.

–No recuerdo que protestaras mucho –dijo él con suavidad. Gwen advirtió con desagrado una expresión de sorna en sus ojos–. En cambio, recuerdo claramente que fuiste tú quien llevó esto al punto de ebullición.

–Está bien, está bien. Tú ganas –Gwen tomó aire–. Es cierto. Lo olvidé, eso es todo.

Él sonrió.

–¿Qué olvidaste?

Su tono irónico avivó la ira de Gwen más de lo que la habría avivado un estallido de cólera.

–Que no me caes bien –replicó con aspereza, achicando los ojos–. Ahora, suéltame. Ya he recuperado la memoria.

Luke soltó una carcajada jovial y masculina antes de estrecharla entre sus brazos.

–Me dan ganas de hacerte olvidarlo otra vez, Gwenivere –la besó de nuevo, con dureza, impetuosamente. El beso acabó casi antes de empezar, pero Gwen sintió que sus sentidos zozobraban–. ¿No quieres que sigamos arrancando malas hierbas? –preguntó él amablemente, y la soltó.

Gwen se envaró, indignada y furiosa.

–Por mí puedes irte a...

–¡Gwen! –la suave voz de Anabelle la interrumpió. Su madre había salido al jardín–. Ah, qué bien, estáis aquí los dos.

–Hola, Anabelle –Luke le dedicó una sonrisa despreocupada–. Hemos pensado echarte una mano con el jardín.

–¿Ah, sí? –Anabelle miró vagamente las flores y su rostro se iluminó con una sonrisa–. Qué maravilla. Creo que no le dedico toda la atención que debería, pero... –se interrumpió y se quedó mirando cómo descendía una abeja sobre una rosa–. Tal vez podamos ocuparnos de esto luego. Tillie ya tiene lista la comida e insiste en servirla enseguida. Es su tarde libre, ¿sabes? –volvió su sonrisa hacia Gwen–. Será mejor que te laves las manos, querida –miró a Gwen con preocupación–, y creo que no deberías pasar tanto tiempo al sol. Estás un poco colorada.

Gwen notó que Luke sonreía sin necesidad de mirarlo.

–Seguramente tienes razón –balbuceó. ¡Qué hombre tan detestable! ¿Por qué siempre conseguía confundirla?

Ajena a la turbación de su hija, Anabelle sonrió y le puso una mano sobre la mejilla, pero cuando se disponía a hablar la distrajo el zumbido de un abejorro.

–Madre mía –dijo, mirando cómo se precipitaba el abejorro sobre un capullo de azalea–. Es enorme –miró a Gwen, olvidando las

instrucciones de Tillie—. Has estado posando para Bradley, ¿no, querida?

—Sí —Gwen hizo una mueca—. Casi dos horas.

—¿No es emocionante? —Anabelle miró a Luke buscando su conformidad, y, antes de que él pudiera decir nada, continuó—: ¡Un retrato pintado por un artista de verdad! Estoy deseando verlo acabado. Supongo que tendré que comprarlo —sus ojos azules brillaron—. Puede que lo cuelgue en el salón, encima de la chimenea. Bueno... —de pronto se le ocurrió otra idea y miró a su hija—. A no ser que lo quieras para tu Michael.

—No es mi Michael, mamá, ya te lo dije —Gwen se metió las manos en los bolsillos, y deseó que Luke dijera algo, en vez de quedarse allí parado, mirándola con aquellos fríos ojos azul grisáceo. ¿Por qué nunca sabía lo que estaba pensando?—. Y, además, Michael nunca compraría un cuadro pintado por un desconocido. No estaría seguro del valor de la inversión —añadió, y lamentó que una nota de rencor se filtrara en su voz.

Luke siguió mirándola tranquilamente, pero Gwen notó que levantaba un poco una ceja. «No se le escapa nada», pensó con una punzada de resentimiento. Se dio la vuelta y empezó a arrancar pétalos de una rosa muy abierta.

—Oh, pero seguro que si fuera un retrato tuyo... —comenzó a decir Anabelle, pero al ver la expresión enojada de su hija cambió rápidamente de tema—. Estoy segura de que va a ser precioso —dijo alegremente, y se volvió hacia Luke—. ¿No crees, Luke?

—Sin duda —contestó él mientras Gwen seguía arrancándole pétalos a la rosa—. Bradley tiene buen material con el que trabajar. Es decir... —hizo una pausa y Gwen lo miró por encima del hombro, incapaz de resistirse—, si Gwenivere consigue estarse quieta hasta que acabe.

Gwen se puso rígida al sentir su tono de sorna, pero antes de que pudiera replicar, Anabelle se echó a reír alegremente.

—Ah, sí, Gwen es un torbellino —dijo—. De pequeña, andaba siempre

de acá para allá, corriendo de un lado para otro. Dios mío, casi tenía que encadenarla a una silla para hacerle las trenzas –esbozó una sonrisa maternal al recordar aquello, y se atusó distraídamente el pelo–. Luego, al final del día, y muchas veces antes, parecía que no la había peinado. ¡Y la ropa! –chasqueó la lengua e hizo girar los ojos–. Ay, qué disgustos me daba, siempre con las rodilleras rotas y las costuras descosidas...

–Mamá... –la interrumpió Gwen antes de que Anabelle se lanzara a otra diatriba sobre su infancia–, no creo que a Luke le interese el estado de mi ropa.

Él sonrió maliciosamente. Ella se sonrojó hasta las raíces del pelo.

–Al contrario –dijo Luke mientras Gwen buscaba una réplica mordaz–. Me interesa muchísimo –sonrió a Anabelle y sus ojos se suavizaron–. Para mí, es un material muy valioso. Son éstos los detalles sobre el pasado que un escritor necesita para trabajar.

–Bueno, sí, supongo que sí –dijo Anabelle, y Gwen notó que a su madre aquello le parecía sumamente profundo. Anabelle guardó silencio otra vez, con la mirada perdida en la distancia. Luke sonrió a Gwen.

–Y, además, me hacen mucha gracia las niñas –le dijo–. Sobre todo las que llevan las rodillas arañadas y las trenzas deshechas –miró hacia abajo y dejó que sus ojos recorrieran la camiseta y los pantalones cortos de color canela de Gwen–. Supongo que Anabelle se habrá pasado años administrándote los primeros auxilios –sus ojos se alzaron lentamente, con despreocupación, hasta fijarse en los de Gwen.

–No solía caerme –contestó Gwen, y de pronto se sintió ridícula.

Anabelle salió de su trance momentáneamente.

–Oh, sí –dijo, retomando el comentario de Luke–. Creo que no pasaba ni un día sin que tuviera que curarle alguna herida. Un día era un anzuelo que se había clavado en la mano –se estremeció al recordarlo–, y al siguiente un chichón en la frente del tamaño de un

huevo de ganso. Siempre era una cosa u otra.

–Mamá –Gwen aplastó entre los dedos lo que quedaba de la rosa–, cualquiera diría que era un completo desastre.

–Sólo tenías temperamento, querida –Anabelle frunció el ceño un poco al ver la rosa aplastada, pero no dijo nada–. Aunque reconozco que a veces no estaba segura de si ibas a sobrevivir. Naturalmente, has sobrevivido, así que supongo que no debería haberme preocupado tanto.

–Mamá... –Gwen se sintió de pronto conmovida. ¡Qué difícil debía de haber sido para una mujer tan joven y soñadora como su madre criar sola a una niña traviesa! ¡Cuántos sacrificios tenía que haber hecho que ella nunca le había reconocido! Gwen se acercó y le puso las manos sobre los hombros suaves y redondeados–. Te quiero, y me alegro muchísimo de que seas mi madre.

Sorprendida, Anabelle dejó escapar un suspiro de contento, tomó la cara de Gwen entre las manos y la besó en ambas mejillas.

–Qué cosa tan bonita de oír, y además viniendo de una hija ya mayor... –le dio a Gwen un rápido y fragante abrazo.

Gwen vio por encima del hombro de su madre que Luke seguía observándolas. La intensidad y la franqueza de su mirada hicieron que se sintiera avergonzada.

«¿Qué siento en realidad por él?», se preguntó. «¿Y cómo puedo sentir algo, cuando la mujer a la que más quiero en el mundo se interpone entre nosotros?». De pronto se sintió atrapada, y algo de su pánico se transmitió a sus ojos. Luke ladeó la cabeza.

–Eres muy afortunada, Anabelle –le dijo a su madre, aunque seguía mirándola fijamente a ella–. El amor es un bien precioso.

–Sí –Anabelle besó otra vez a Gwen y luego le dio el brazo–. Hoy tengo ganas de fiesta –les dijo a ambos, radiante–. Creo que deberíamos atrevernos a tomar un poquito de vino con la comida –sus ojos se agrandaron–. ¡La comida! Ay, Señor, Tillie estará furiosa. Se me había olvidado completamente –se llevó la mano al corazón como si

quisiera calmarlo—. Voy a ver si la apaciguo. Dadme un minuto –  
asumió un aire profesional—. Luego, entrad. Y procurad decirle lo rico  
que está todo. No debemos herir sus sentimientos más de lo que ya lo  
hemos hecho –dijo mientras corría por el camino, y desaparecía  
dentro de la casa.

Gwen echó a andar tras ella, pero Luke cortó limpiamente su retirada  
agarrándola del brazo.

–Será mejor que la dejes hablar con Tillie antes de entrar –le dijo.

Gwen se giró para mirarlo.

–No quiero estar aquí contigo.

Luke levantó una ceja y dejó que sus ojos juguetearan sobre el  
rostro de Gwen.

–¿Por qué? No puedo imaginar un escenario más atractivo. Este  
hermoso jardín... un día precioso... Dime una cosa –continuó,  
interrumpiendo la réplica que Gwen se disponía a hacer, y enredando  
despreocupadamente los dedos de la otra mano entre su pelo—. ¿En  
qué estabas pensando cuando abrazabas a tu madre y me mirabas?

–Eso no es asunto tuyo –Gwen giró la cabeza bruscamente,  
intentando que le soltara el pelo.

–¿De veras? –él acarició un mechón de su pelo. En algún punto hacia  
el oeste, Gwen oyó los primeros ecos de un trueno distante—. Me dio  
la impresión de que, fuera lo que fuese lo que estabas pensando en  
ese momento, me concernía –bajó de nuevo la mirada hacia ella—. ¿Por  
qué crees que será?

–No tengo ni la menor idea –replicó Gwen con frialdad—.  
Seguramente será tu imaginación calenturienta de escritor.

Luke esbozó lentamente una sonrisa que se comunicó a sus ojos  
antes incluso de aflorar a sus labios.

–No creo, Gwen. Prefiero pensar que es mi intuición de escritor.

–O simplemente tu ego –replicó ella, y se llevó una mano al pelo en  
un intento de apartar los dedos de Luke—. ¡Quieres parar de una vez! –  
le exigió, y procuró ignorar el cosquilleo nervioso que sentía en la

nuca.

–O la perspicacia de un hombre respecto de una mujer –dijo él, y se llevó la mano de Gwen a los labios. Le besó los dedos uno a uno hasta que ella recuperó la presencia de ánimo e intentó desasirse. En lugar de soltarla, Luke se limitó a entrelazar los dedos de ambos. Se quedaron allí parados, con las manos unidas como dos colegiales, mientras ella lo miraba con el ceño fruncido. Sonó otro trueno, más cerca esa vez–. Soy lo bastante perspicaz como para saber cuándo una mujer se siente atraída por mí –continuó él tranquilamente– y no está dispuesta a admitirlo.

Ella entornó los ojos.

–Eres increíblemente engreído.

–E irremediablemente sincero –replicó él–. ¿Quieres que te lo demuestre?

Gwen levantó la barbilla.

–No hay nada que demostrar –sabía que era inútil intentar desasirse. Miró con aparente despreocupación el cielo–. Las nubes se están acercando. No quiero que nos sorprenda la lluvia.

–Tenemos aún un momento –dijo él sin mirar siquiera el cielo, y sonrió–. Me parece que te pongo nerviosa.

–Te lo tienes muy creído –replicó ella, sin intentar apartar sus manos.

–Las venas de tu garganta palpitan con fuerza –Luke fijó los ojos en su cuello, y el palpito del pulso de Gwen se hizo más rápido–. Es extrañamente atrayente...

–Pasa siempre cuando me enfado –dijo ella, intentando conservar la calma mientras la mirada de Luke, que se deslizaba de su garganta a su rostro, amenazaba con destruir su compostura.

–Me gustas mucho cuando te enfadas. Me gusta observar las distintas expresiones de tu cara y ver cómo se oscurecen tus ojos... pero... –se interrumpió y deslizó las manos por las muñecas de Gwen–, en este momento creo que no estás enfadada, sino nerviosa.

–Piensa lo que quieras –le resultaba imposible evitar que su pulso

palpitara con fuerza bajo los dedos de Luke. Intentó aplacar a su sangre rebelde—. No me pones nerviosa en absoluto.

—¿No? —su sonrisa se volvió lobuna. Gwen se dispuso a defenderse—. Una divergencia de opiniones —comentó él— que pienso resolver —la atrajo hacia sí y dejó que sus ojos se posaran sobre la boca de Gwen. Ella sabía que le estaba tendiendo una trampa y procuró mantenerse firme. No dijo nada; se limitó a aguardar a que él hiciera el siguiente movimiento—. Ahora mismo, sin embargo, estoy muerto de hambre — Luke sonrió e, inesperadamente, le dio un rápido beso en la nariz—. Y soy demasiado cobarde como para arriesgarme a enfurecer a Tillie — soltó una de las manos de Gwen, pero siguió agarrando tiernamente la otra—. Vamos a comer —dijo, haciendo caso omiso del ceño fruncido de Gwen.

## ***Siete***

Gwen notaba pequeños cambios en Anabelle. Su madre tenía un aire de secretismo que le extrañaba. «Desaparece muy a menudo», pensó al sentarse delante del viejo Steinway del salón. «Está aquí y de repente se esfuma. Y pasa demasiado tiempo con Luke Powers. Muchas veces están hablando y se callan cuando entro yo. Hacen que me sienta como una intrusa». Se puso a tocar distraídamente. Una brisa suave entraba por la ventana y agitaba levemente la cortina. El perfume esquivo del jazmín excitaba los sentidos.

«Estoy celosa», pensó de pronto, llena de sorpresa. «Contaba con que mi madre se dedicara sólo a mí, y no lo estoy consiguiendo». Dejó escapar una leve risa amarga y empezó a tocar a Chopin. «Pero ¿cuándo he tenido para mí sola la atención de mi madre? Ella siempre ha tenido a sus invitados, sus antigüedades, sus flores...»

Siguió tocando distraídamente mientras repasaba sus recuerdos infantiles. Había olvidado cuánto la tranquilizaba tocar el piano. «Casi no le he dedicado tiempo», se dijo. «Debería detenerme y pensar hacia dónde se dirige mi vida. Tengo que descubrir qué es lo que me falta». Sus dedos se detuvieron en la última nota, que quedó flotando en el aire un momento antes de desvanecerse.

–Precioso –dijo Luke–. Realmente precioso.

Gwen se sobresaltó al oír su voz. Levantó los ojos con esfuerzo y procuró no sonrojarse. Le costaba trabajo enfrentarse a él después de lo que le había dicho la noche anterior. Tenía la sensación de que sus defensas se estaban tambaleando, de que su intimidad había sido invadida. Luke sabía ya más de ella de lo que le convenía.

–Gracias –dijo educadamente–. Como mi madre siempre dijo, le estoy muy agradecida por que me obligara a tomar clases de música.

–¿Obligarte? –para consternación de Gwen, Luke se sentó a su lado en la banqueta.

–Como sólo ella puede –Gwen liberó parte de su tensión concentrándose en otra melodía–. Con serena e irreprochable persuasión.

–Ah –Luke asintió–. ¿Es que no querías aprender a tocar el piano?

–No, yo quería aprender a pescar cangrejos de río –se sorprendió cuando Luke empezó a tocar al tiempo que ella, incorporándose a la melodía–. No sabía que supieras tocar.

Él se echó a reír al notar su desconcierto.

–Lo creas o no, yo también tuve madre –le lanzó a Gwen una sonrisa rápida y conspirativa–. Yo quería aprender a escalar peñascos.

Gwen le devolvió la sonrisa, totalmente desarmada. Algo pasó entre ellos. Algo tan fuerte y tan real como la pasión que había inflamado sus besos, y tan suave y tranquilizador como la música del piano.

–Qué preciosidad –Anabelle apareció en la puerta y les sonrió–. Los dúos son tan bonitos...

–Mamá –Gwen notó con alivio que no le temblaba la voz–, te he estado buscando.

–¿Ah, sí? –Anabelle sonrió–. Lo siento, querida, he estado ocupada con... esto y aquello –concluyó vagamente–. ¿Hoy no posas para Bradley?

–Ya he posado dos horas esta mañana –contestó Gwen–. Es una suerte que prefiera pintar a primera hora de la mañana, o me tendría posando todo el día. He pensado que tal vez quieras que vaya a algún recado o que te lleve a algún sitio. Hace un día tan bonito...

–Sí, ¿verdad? –dijo Anabelle. Sus ojos se posaron un momento en Luke. De pronto, sus labios se curvaron y los hoyuelos de sus mejillas hicieron acto de aparición–. Pues la verdad, cariño, es que sí que hay algo que podrías hacer por mí. Oh... –hizo una pausa y sacudió la cabeza–, pero es mucha molestia...

–No importa –dijo Gwen, cayendo en una trampa infantil.

–Bueno, si de verdad no es molestia... –continuó Anabelle, y sonrió de nuevo–. Quería unos hilos de bordar especiales, de tonos muy poco frecuentes, difíciles de encontrar, me temo. Hay una tiendecita en el Mercado Francés donde los venden.

Gwen la miró con sorpresa.

–¿En Nueva Orleans?

–Oh, sí que es molestia, ¿verdad? –suspiró Anabelle–. No importa, querida. No importa en absoluto –añadió.

–No es molestia, mamá –dijo Gwen, sonriendo–. Además, me gustaría visitar Nueva Orleans aprovechando que estoy aquí. Ahora puedo ir como turista.

–¡Qué idea tan maravillosa! –exclamó Anabelle–. ¿Verdad que será divertido? Callejear por el Vieux Carré, deambular por las tiendas, escuchar música en Bourbon Street... Ah, y cenar en la terraza de algún pequeño restaurante. Sí –juntó las manos y sonrió–. Es ideal.

–Me parece perfecto –el entusiasmo infantil de Anabelle hizo sonreír a Gwen. Ir de tiendas, recordó, había sido siempre el pasatiempo favorito de su madre–. No se me ocurre mejor modo de pasar el día.

–Bien. Entonces, todo arreglado –se volvió hacia Luke con una sonrisa complacida–. Irás con ella, ¿verdad, querido? No quiero que vaya sola.

–¿Sola? –preguntó Gwen, confusa–. Pero mamá, ¿tú no vas a...?

–Además, el viaje es largo –prosiguió su madre–. Seguro que a Gwen le apetece que la acompañes.

–No, mamá, yo...

–Me encantaría –Luke ignoró las objeciones de Gwen y le lanzó una sonrisa irónica–. No se me ocurre mejor modo de pasar el día.

–Gwen, cariño, cuánto me alegro de que hayas tenido una idea tan fantástica –dijo Anabelle con un suspiro, y se acercó para darle una palmadita en la mejilla.

Gwen miró sus ojos candorosos y sintió al mismo tiempo cariño y exasperación, como solía ocurrirle cuando miraba a su madre.

–Sí, soy muy lista –murmuró, componiendo una sonrisa.

–Claro que lo eres –dijo Anabelle, y le dio un rápido y afectuoso abrazo–. Pero yo que tú me cambiaría de ropa, tesoro. No puedes ir a la ciudad con esos vaqueros tan viejos. ¿No los tiré cuando tenías quince años? Sí, estoy segura de que los tiré. Bueno, id y pasadlo bien –ordenó cuando se disponía a salir de la habitación–. Yo tengo muchas cosas que hacer. No puedo ir con vosotros de ninguna manera.

–Mamá –la llamó Gwen. Anabelle se giró en la puerta y levantó las cejas–. ¿Y el hilo?

–¿El hilo? –repitió Anabelle, desconcertada–. Ah, sí, claro. Voy a anotarte los colores y el nombre de la tienda –sacudió la cabeza con una sonrisa burlona–. Madre mía, qué despistada soy. Voy a decirle ahora mismo a Tillie que no venís a cenar. Se enfada tanto conmigo cuando se me olvidan las cosas... Y cámbiate de pantalones, Gwen –añadió mientras echaba a andar por el pasillo.

–Yo que tú los escondería –sugirió Luke en voz baja–. Es capaz de tirarlos otra vez.

Gwen se levantó con lo que esperaba pareciera dignidad y respondió:

–Si me disculpas...

–Claro –antes de que pudiera alejarse, Luke la agarró de la mano con suavidad, pero con firmeza–. Te espero fuera dentro de veinte minutos. Iremos en mi coche.

Gwen sintió en la punta de la lengua una docena de réplicas, pero se las calló.

–De acuerdo. Intentaré no hacerte esperar –dijo, y salió majestuosamente de la habitación.

Hacía un día perfecto para hacer una excursión en coche: soleado y sin nubes, con una ligera brisa. Gwen había cambiado los vaqueros

por un vestido de crepé blanco con el escote alto y bordeado de puntillas, el corpiño fruncido, la cintura ajustada y la falda de vuelo. No llevaba joyas y se había dejado el pelo suelto sobre los hombros.

Con las manos remilgadamente cruzadas sobre el regazo, respondía a los comentarios desenfadados de Luke con educados y distantes monosílabos. «Le compraré el hilo a mamá», decidió, «daré un paseo por la ciudad y volveré lo antes posible. Me comportaré con absoluta cortesía todo el tiempo».

Una hora después, Gwen descubrió que mantener aquella actitud distante era tarea difícil. Había olvidado cuánto le gustaba el Vieux Carré. No eran sólo los exquisitos balcones de hierro forjado, ni la profusión de flores, ni el encanto de las largas contraventanas de madera y los edificios centenarios. Era la magia sutil de aquel lugar. El aire, suave y recién lavado, arrastraba un sinfín de aromas, desde las flores a las especias, pasando por el intenso olor del río.

–Es fabuloso, ¿no? –preguntó Luke mientras permanecían parados en la acera de una calle tan estrecha que por ella sólo podían circular peatones–. Es la ciudad más estable que conozco.

–¿Estable? –repitió Gwen, intrigada, y se volvió para mirarlo.

–No cambia –explicó él agitando la mano–. Simplemente, sigue adelante –antes de que Gwen se diera cuenta de lo que pretendía, la tomó de la mano y echó a andar. Ella intentó desasirse, pero él no le hizo caso.

–No hay razón para que me des la mano –le dijo Gwen quisquillosamente.

–Claro que la hay –contestó Luke, lanzándole una calurosa sonrisa–. Me gusta hacerlo.

Gwen se quedó callada. La palma de la mano de Luke era áspera, como la de un hombre acostumbrado al trabajo manual. De pronto recordó cómo se había deslizado por su cuello. Él suspiró, se giró, la atrajo hacia sí y la besó inesperadamente, con cegadora intensidad. Gwen no tuvo tiempo de protestar, ni de responder antes de que la

apartara de nuevo. En la calle atestada de gente, varias personas aplaudieron.

Pasaron junto a los artistas callejeros que poblaban Jackson Square. Se detuvieron un momento a admirar los retratos a tiza de los turistas, los óleos con escenas de la ciudad y los brumosos estudios de los marjales del río. Gwen se sentía dividida entre el deseo de compartir su alegría por haber vuelto a la ciudad de su infancia y la sensación de que debía ignorar al hombre que caminaba a su lado. No había ido allí a divertirse, se dijo con severidad. Había ido a hacer un recado. Estaba a punto de recordarle a Luke el objeto de su viaje cuando vio al mago. Iba vestido de negro, con lentejuelas y una gallarda boina, y llevaba un largo bigote colgante.

–¡Mira! –Gwen señaló al mago–. ¿No es maravilloso? –se acercó, tirando de Luke sin darse cuenta.

Se quedaron mirando un rato cómo salían de la nada los pañuelos de colores brillantes, cómo crecían de la palma de la mano del mago enormes ramos de flores y cómo brotaban monedas de las orejas de los espectadores. Dos jóvenes payasos con la cara pintada de blanco entretenían a los transeúntes haciendo jirafas o perritos falderos con globos que retorcían hábilmente. Un poco más allá, los guitarristas callejeros vendían sus canciones a los turistas. Gwen oía a lo lejos sus abigarradas melodías.

Olvidando sus severas resoluciones, se volvió hacia Luke con una sonrisa. Él dejó caer un billete en la caja de cartón que le servía al mago como caja registradora portátil y agarró su barbilla entre el índice y el pulgar.

–Sabía que no duraría mucho.

–¿El qué? –ella se apartó el pelo de los ojos con su ademán acostumbrado.

–Disfrutas demasiado de las cosas como para mantener esa frialdad

por mucho tiempo –contestó Luke–. No, no hagas eso –ordenó, pasando un dedo por su nariz al ver que ella fruncía el ceño. Sonrió y le besó suavemente las puntas de los dedos–. ¿Amigos?

La mano de Gwen, calentada ya por la de Luke, se puso aún más caliente al sentir su beso. Gwen sabía que el encanto de Luke era una estratagema, que su sonrisa era un arma meticulosamente engrasada, y se obligó a mantenerse alerta.

–Yo no diría tanto –contestó, observándolo con mirada divertida y recelosa.

–¿Compañeros de viaje, entonces? –sugirió él, y le acarició suavemente los nudillos–. Voy a comprarte un helado de cucurucho.

Gwen sabía que se estaba dejando vencer por la sonrisa y la voz persuasiva de Luke.

–Bueno... –no le haría ningún daño disfrutar de la excursión. No había nada de malo en gozar de la ciudad, de la magia..., de Luke–. De dos bolas –dijo, devolviéndole la sonrisa.

Atravesaron lentamente el parque, disfrutando de la sombra y del sol. A su alrededor se oía el zureo suave y continuo de las palomas que tomaban el sol sobre la estatua ecuestre de Andrew Jackson o se congregaban por centenares a lo largo del camino y echaban a volar, perseguidas por los niños. Una chica tocaba suavemente un caramillo, sentada en un parche de sombra.

Pasearon por el malecón y contemplaron las aguas marrones del Misisipi. La música indolente de los órganos de vapor les servía de fondo mientras hablaban de nada y de todo. Las campanas de la Catedral de San Luis dieron la hora. Se echaron a reír cuando un niño pequeño escapó de su madre y se lanzó al agua fresca de una fuente.

Caminaron por Bourbon Street escuchando la música continua y enmarañada que salía por las puertas de los locales. Jazz, country y rock se mezclaban en un delicioso revoltijo de sonidos. Aplaudieron a un anciano que bailaba en la calle al ritmo frenético de *Tiger Rag* y se pararon en una esquina a escuchar a un saxofonista cuya triste canción

hizo llorar a Gwen.

En una galería que daba a una calle estrecha y bulliciosa comieron *gumbo* de gambas y bebieron vino frío y seco. Alargaron la comida mientras contemplaban cómo iba desapareciendo el sol. Gwen, que se hallaba gratamente cansada, jugueteaba con los restos de su tarta de queso y miraba salir las primeras estrellas. Las risas de la calle se elevaban hasta ellos. Gwen se giró y se encontró a Luke observándola por encima del borde de su copa.

–¿Por qué me miras así? –apoyó la barbilla sobre la palma de la mano y sonrió apaciblemente.

–Una pregunta notoriamente absurda –contestó Luke mientras dejaba la copa sobre la mesa–. ¿Por qué crees tú?

–No lo sé –ella respiró hondo. Los olores de la ciudad asaltaban sus sentidos–. Nadie me ha mirado nunca como me miras tú. Adivinas demasiadas cosas de la gente. No es justo. Estudias a los demás y les robas sus pensamientos. Te aseguro que no es una sensación muy agradable –Luke sonrió y le acarició con suavidad el dorso de la mano. Gwen levantó una ceja y apartó la mano–. También sabes arreglártelas para que la gente te cuente cosas. Ayer yo... –vaciló e hizo girar el tallo de la copa entre sus dedos–. Te dije cosas que no debería haberte dicho. Resulta perturbador saber que le has revelado tus emociones a otra persona –bebió un sorbo de vino–. Michael dice siempre que soy demasiado abierta.

–Tus emociones son muy hermosas –Gwen levantó la mirada, sorprendida por la ternura de su voz–. Michael es un idiota.

Ella sacudió la cabeza rápidamente.

–No, en realidad es bastante inteligente, y nunca hace tonterías. Tiene una imagen que mantener. Es sólo que empezaba a sentir que me estaba amoldando a su idea de lo que debe ser la esposa perfecta de un abogado.

–¿Te pidió que te casaras con él? –preguntó Luke mientras llenaba de vino las copas.

–Sí. Estaba convencido de que iba a decirle que sí, y se puso furioso cuando vio que no mostraba mucho entusiasmo –Gwen suspiró y se encogió de hombros, inquieta–. Yo sólo veía un túnel muy estrecho y muy largo, todo recto, sin curvas, ni desvíos, ni sorpresas. Supongo que me entró claustrofobia –dejó escapar un bufido de exasperación y arrugó la nariz–. ¿Ves?, ya lo has hecho otra vez.

–¿El qué? –Luke sonrió y se recostó en la silla. La luz de la luna se derramaba sobre el pelo de Gwen.

–Ya te estoy contando cosas... cosas que a veces ni siquiera me digo a mí misma. Siempre encuentras un modo de averiguar qué están pensando los demás, pero tus pensamientos, en cambio, los guardas a buen recaudo.

–Los pongo en letra impresa –contestó él–. Para quien quiera leerlos.

–Sí –dijo ella lentamente–. Pero ¿cómo sabe uno si es lo que piensas de verdad? Tus libros son interesantes, pero ¿cómo sé yo quién eres en realidad?

–¿Quieres saberlo? –preguntó él con leve tono desafiante.

Gwen titubeó, pero la respuesta ya estaba escapando de los labios.

–Sí, quiero saberlo.

–Pero no estás del todo segura –Luke se levantó y le tendió la mano–. El vino te está dando sueño –dijo, observando sus ojos pesados–. ¿Te llevo a casa?

–No –Gwen movió la cabeza de un lado a otro–. No, aún no.

Y volvió a darle la mano.

Luke conducía por la calle flanqueada de magnolias. El delicado perfume de la noche se mezclaba con la fragancia de la mujer que dormía apoyada sobre su hombro. Tras detener el coche, giró la cabeza y se quedó mirando a Gwen. Cuando dormía, su boca parecía suave y vulnerable. Luke vaciló un momento antes de levantarle la barbilla y apartarse de ella.

–Gwen –le pasó suavemente el pulgar por los labios. Ella dejó escapar un leve suspiro–. Gwen –repitió con más firmeza. Ella parpadeó y abrió los ojos–. Ya estamos en casa –le masajéo suavemente los hombros y ella se desperezó.

–¿Me he quedado dormida? –sonrió; sus ojos parecían enormes y oscuros–. No quería dormirme.

–Es tarde.

–Lo sé –ella sonrió, soñolienta–. Me lo he pasado muy bien. Gracias –dejándose llevar por un impulso, se inclinó y le dio un leve beso en los labios. Él la agarró con más fuerza de los hombros y se apartó de ella bruscamente. Gwen parpadeó, confusa–. Luke...

–Yo tengo mis límites –dijo él con aspereza. Dejó escapar un soplo rápido e impaciente; ella parecía consternada–. Te dije una vez que las mujeres son muy tiernas y muy cálidas cuando han estado durmiendo. Y tengo debilidad por las mujeres tiernas y cálidas.

–No pretendía quedarme dormida –murmuró ella al tiempo que Luke deslizaba las manos alrededor de su cuello. Gwen notaba la cabeza ligera y los miembros pesados.

Una nube cruzó la luna. La luz vaciló, se hizo más débil y refulgió de nuevo. Luke la miraba absorto, estudiando cada uno de sus rasgos. Gwen sentía sus dedos en la nuca. Eran duros y largos, y su fuerza se notaba hasta en la caricia más leve. Ella musitó:

–¿Qué quieres?

Luke se inclinó lentamente hacia ella y la besó con suavidad, lamiendo las comisuras de sus labios, sus ojos cerrados y los hoyuelos de sus mejillas. Luego empezó a acariciar su cuerpo con lentitud, parsimoniosamente, a pesar de que su pasión bullía a flor de piel. Trazó con la punta de la lengua los labios abiertos de Gwen.

–Preciosa... –susurró, acercando la boca a su oído. Ella se estremeció de placer al sentir que le acariciaba los pezones–. Cuando te toco, siento que tu cuerpo se derrite bajo mis manos –Luke se apoderó de su boca en un largo y tierno beso–. ¿Que qué quiero? –dijo mientras

saboreaba la piel caliente de su cuello—. Lo que quiero más que nada en el mundo en este momento es hacerte el amor. Quiero tomarte lentamente, hasta que conozca todo tu cuerpo.

Ella sintió que su cuerpo y su voluntad se diluían a la par.

—¿Vas a hacerme el amor? —se oyó preguntar, y sintió que su pregunta era en realidad una súplica.

La boca de Luke se detuvo sobre su piel. Lentamente, la agarró con más fuerza del pelo y le echó la cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se encontraron. Por un instante, quedaron suspendidos en un silencio sólo roto por el eco de la voz de Gwen.

—No —la respuesta de Luke sonó fría y rápida como una bofetada. Gwen se apartó de él y buscó a tientas la manija de la puerta. Salió a trompicones del coche, pero antes de que pudiera entrar en la casa, él la agarró de los brazos con fuerza—. Espera un momento.

Gwen sacudió la cabeza y lo apartó de un empujón.

—No, quiero entrar. No sabía lo que decía. Ha sido una locura.

—Sabías perfectamente lo que decías —dijo Luke, agarrándola con más fuerza.

Gwen quiso negarlo, pero no pudo. Había deseado a Luke; sabía que todavía lo deseaba.

—Está bien, sabía lo que decía. Ahora, ¿me dejas que me vaya?

—No pienso disculparme por haberte tocado —dijo él.

—No te estoy pidiendo que te disculpes, Luke —contestó ella con firmeza—. Sólo te estoy pidiendo que me dejes libre.

De pronto se dio cuenta de que no se refería a que la soltara, sino a que la liberara del poder que ejercía sobre ella. Su cara reflejó fugazmente la lucha que tenía lugar en su fuero interno. Luke frunció el ceño y la soltó.

—Gracias —dijo Gwen, y entró rápidamente en la casa, antes de que él pudiera decir algo más.

## Ocho

Una mariposa amarilla revoloteaba delicadamente sobre una maceta de azucenas blancas. Gwen observó su danza desde la veranda hasta que se alejó, ligera como el aire. Sentada en la mecedora blanca del porche, con su vestido amarillo, Anabelle parecía tan frágil como la mariposa. Gwen observó las mejillas tersas y sonrosadas y los suaves ojos azules de su madre. Las pequeñas manos de Anabelle se movían sin cesar, pelando guisantes, pero sus ojos tenían, como siempre, una expresión soñadora. Cuando la miraba, Gwen se sentía embargada por una oleada de amor e impotencia.

«¿Quién soy yo?», se preguntaba. «¿Quién soy yo para dar consejos sobre los hombres?». Por un instante, deseó con todas sus fuerzas poder pedirle consejo a su madre. Sus emociones eran caóticas. Le daba pánico que sus sentimientos hacia Luke se estuvieran acercando a un punto peligroso. Enamorarse de un hombre como él era atraer sobre sí misma el desastre. «Y, sin embargo», se preguntaba amargamente, «¿puede la razón gobernar el corazón? En este caso, tiene que ser así. No hay elección. Tengo que olvidar lo de anoche». Se le escapó un suspiro antes de que pudiera refrenarlo. «Debo establecer mis prioridades», se dijo. Miró a un abejorro zambullirse en un macizo de glicinias, respiró hondo y se volvió hacia Anabelle.

–Mamá... –Anabelle siguió pelando guisantes con una sonrisa distraída en los labios–. Mamá –repitió Gwen alzando la voz al tiempo que posaba una mano sobre la de su madre.

–¿Sí, cariño? –Anabelle la miró con la expresión abierta y expectante de una niña–. ¿Has dicho algo?

Gwen se tambaleó un instante al borde del precipicio y luego se lanzó a él de cabeza.

–Mamá, ¿no crees que doce años es mucho tiempo?

Anabelle se quedó pensando, muy seria.

–Bueno, supongo que sí, Gwenivere. Claro que, cuando una se hace mayor, doce años no son nada –su momentánea seriedad se esfumó con una fresca sonrisa–. Me parece que fue ayer cuando tenías doce años. Recuerdo muy bien cuando te caíste de ese viejo ciprés del jardín y te rompiste el brazo. Qué niña tan valiente... –se puso otra vez a pelar guisantes–. No derramaste ni una lágrima. Yo, en cambio, lloré por las dos.

–Pero mamá –Gwen intentó impedir que su madre perdiera el hilo de la conversación–, doce años cuando hablamos de un hombre y una mujer... –Anabelle no dijo nada; se limitó a asentir con la cabeza para indicar que la estaba escuchando–. La diferencia de edad, mamá –balbuceó Gwen–. ¿No te parece mucho tiempo?

–Los hijos de Sally Deumont se llevan casi doce años –afirmó Anabelle con una serie de asentimientos de cabeza–. Supongo que tener hijos con tanta diferencia de edad tiene sus inconvenientes.

–No, mamá –Gwen se pasó las manos por el pelo.

–Y sus ventajas, desde luego –continuó Anabelle en tono apaciguador, no queriendo criticar a una vieja amiga.

–No, mamá, no me refiero a eso. Te estoy hablando de hombres y mujeres..., de relaciones. De relaciones de pareja.

–¡Ah! –Anabelle parpadeó, sorprendida, y sonrió–. Eso es otra historia, ¿no? –Gwen resistió las ganas de rechinar los dientes al ver que su madre seguía pelando guisantes sin decir nada–. Estoy sorprendida –dijo Anabelle al fin, lanzándole una suave mirada de curiosidad–. Me extraña que pienses que la edad y el amor tienen algo que ver. Yo siempre he creído que el corazón no tiene edad.

Gwen vaciló un momento. Luego se inclinó hacia delante lentamente y tomó las manos de su madre.

–Mamá, ¿no crees que a veces el amor ciega a las personas hasta el punto de que no ven lo que les conviene? ¿No se pone a menudo la

gente en situaciones de las que sólo puede salir malparada?

–Sí, claro –Anabelle sacudió la cabeza como si la sorprendiera la pregunta–. Pero así es la vida. Si nunca te abres al dolor, nunca te abres a la alegría. Qué vacía estaría la vida entonces. Ese tal Michael –prosiguió con una leve mirada de preocupación–, ¿te ha hecho sufrir mucho?

–No –Gwen le soltó las manos y, levantándose, se puso a pasear por la veranda–. No, sólo hirió mi orgullo.

–Bueno, eso puede pasar cayéndose de un caballo –afirmó Anabelle, y dejó los guisantes para unirse a Gwen–. Cariño, qué joven eres –se volvió para mirarla y la observó con atención–. A veces se me olvida porque eres mucho más práctica y organizada que yo. Supongo que siempre he dejado que cuidaras de mí, mucho más de lo que yo cuidaba de ti.

–Oh, no, mamá –protestó Gwen, pero Anabelle la acalló poniéndole un dedo sobre los labios.

–Es cierto. Nunca me ha gustado mirar el lado desagradable de las cosas. Me temo que siempre he dejado que lo hicieras tú por mí. En ciertos aspectos has madurado muy pronto, pero en otros... –Anabelle suspiró y le pasó un brazo por la cintura–. Tal vez al fin hayamos encontrado algo en lo que pueda ayudarte.

–Pero, mamá, no soy yo quien... –comenzó a decir Gwen, pero su madre no la escuchó.

–¿Sabías que yo sólo tenía dieciocho años cuando conocí a tu padre? Me enamoré perdidamente de él nada más verlo –la suave mirada de Anabelle hizo callar a Gwen–. ¿Quién iba a pensar que viviría tan poco tiempo? Ni siquiera llegó a conocerte. Eso me ha parecido siempre lo más trágico. Se habría sentido tan orgulloso de ver cuánto te pareces a él... –suspiró y luego sonrió–. El nuestro fue un primer amor, un amor desesperado, y a menudo me he preguntado si habría resistido la prueba del tiempo. Nunca lo sabré –Gwen guardó silencio, fascinada por un lado de su madre que veía por primera vez–.

Aprendí tantas cosas de ese breve matrimonio tan lleno de gente... Aprendí que siempre hay que aceptar el amor cuando se te ofrece, que siempre hay que darlo cuando se necesita. Tal vez no se presente una segunda oportunidad. Y también sé que, hasta que no te rompen el corazón, no conoces por completo la belleza del amor.

Gwen vio que una ardilla cruzaba velozmente el césped y trepaba por un árbol. Resultaba extraño oír hablar a su madre del amor. Se preguntaba si la relación que mantenía con su madre le había impedido hasta entonces ver a Anabelle como una mujer con necesidades y deseos. Al bajar la mirada, vio la piel tersa e impecable de una mujer en el apogeo de su belleza. Había todavía una dulzura juvenil en la forma de su boca, un imposible aire de inocencia en sus ojos. Llevada por un impulso, Gwen formuló una pregunta que le rondaba por la cabeza desde hacía años.

–Mamá, ¿por qué no has vuelto a casarte?

–Porque no he querido –contestó Anabelle al instante, y se apartó con un leve rumor de faldas–. Al principio, estaba demasiado enamorada del recuerdo de tu padre, y luego me divertía demasiado criándote a ti –arrancó una flor marchita de una maceta y la arrojó por encima de la barandilla–. Se me dan muy bien los bebés, ¿sabes? Luego tú te fuiste haciendo más independiente, y yo pasé a la siguiente fase. He tenido algunos admiradores –sonrió, complacida–. Pero nunca he tenido deseos de convivir con ninguno de ellos.

Gwen observó en silencio cómo pasaba Anabelle de flor en flor. De pronto pensó que seguramente su madre había gozado de algunos devaneos amorosos durante los veinte años anteriores. No había sido únicamente la tierna y soñadora madre de Gwen, sino Anabelle Lacrosse, una mujer bella y deseable. Por un instante, Gwen se sintió ridículamente huérfana.

«Soy tonta», se dijo, reposando la cabeza contra el poste de la barandilla. «Sigue siendo la misma. Soy yo la que está cambiando. He crecido, pero a ella la he mantenido encerrada en una imagen de mi

infancia. Es hora de dejarla salir. Pero no puedo soportar que le hagan daño, y me da miedo que Luke la haga sufrir. Él no puede amarla, si puede besarme a mí como me besa. No...». Cerró los ojos. «Luke me desea, pero eso no tiene nada que ver con el amor. Me desea, pero me rechazó. ¿Por qué iba a rechazarme, sino por ella?». Experimentó de pronto un intenso fogonazo de celos que la dejó perpleja y angustiada. Exhaló un suspiro tembloroso y, al darse la vuelta, vio que Anabelle la estaba observando.

–No eres feliz –dijo su madre con calma.

–No –Gwen sacudió la cabeza.

–¿Estás confundida?

–Sí –Gwen intentó contener las lágrimas.

–Los hombres suelen confundirnos –Anabelle sonrió como si la idea no careciera del todo de atractivo–. Acepta un raro consejo de tu madre, cariño. No hagas nada –dejó escapar una suave risa y se apartó un mechón de pelo dorado–. Sé lo mucho que te cuesta, pero inténtalo. Deja por un tiempo que las piezas del rompecabezas ocupen su lugar a tu alrededor. A veces, no hacer nada es hacerlo todo.

Gwen se vio obligada a sonreír.

–Mamá, ¿cómo puede tener tanto sentido algo tan absurdo?

–Luke dice que tengo una inteligencia intuitiva –contestó Anabelle, resplandeciente de orgullo.

–Luke sabe utilizar las palabras –masculló Gwen.

–Son las herramientas de mi oficio –dijo Luke al tiempo que la puerta mosquitera se cerraba tras él. Sus ojos se encontraron con los de Gwen. Había algo íntimo en aquella mirada; algo posesivo. Gwen sintió una agitación repentina, pero levantó la barbilla con expresión desafiante. Una sonrisa asomó a los labios de Luke–. ¿Llevas el arma cargada, Gwenivere?

–Sí, y tengo una puntería infalible –replicó ella con tranquilidad.

–Ay, querida –Anabelle se movió con ligereza por la veranda y

empezó a recoger sus guisantes—. No me habíais dicho que ibais a salir a cazar. Espero que Tillie os haya preparado algo para almorzar.

Luke sonrió por encima de la cabeza de Anabelle con un encanto tan infantil que Gwen se sintió incapaz de resistirse a él. Sus ojos se suavizaron y su boca se dulcificó mientras compartían la intimidad de una broma que sólo ellos entendían.

—En realidad, estaba pensando en ir a pescar —dijo Luke sin apartar los ojos de ella—. Creo que voy a dar un paseo hasta la cabaña de Malon.

—Eso está muy bien —Anabelle se enderezó y sonrió—. Malon todavía nos trae pescado fresco —le dijo a Gwen—. Ve tú también, cariño. Ya sabes que se ofenderá si no vas a hacerle una visita.

—Bueno, yo... —al ver la expresión divertida de Luke, Gwen continuó suavemente—. Iré a verlo en otro momento, mamá. Le dije a Tillie que iba a ayudarla a hacer conservas.

—Bobadas —Anabelle se acercó a la puerta mosquitera y sonrió cuando Luke se la abrió—. Gracias, querido —dijo antes de lanzarle a Gwen una mirada por encima del hombro—. Estás de vacaciones. ¿Cómo vas a meterte en la cocina a hervir tomates con el calor que hace? Anda, ve a divertirte. Siempre le ha encantado pescar —le dijo a Luke antes de entrar—. Decidle a Malon que me encantarían unos camarones frescos.

La puerta se cerró tras ella. Gwen tuvo la extraña sensación de que su madre acababa de deshacerse de ella suavemente. Luke observó sus vaqueros ceñidos y su camiseta blanca.

—Parece que vas vestida para pescar —dijo, asintiendo con la cabeza—. Vámonos.

—No pienso ir a ninguna parte contigo —ella se sacudió las manos sobre las caderas y se apartó de él. Luke la agarró del brazo y la obligó a detenerse. Se quedaron parados el uno junto al otro. Gwen dejó que sus ojos descansaran sobre la mano con que Luke la agarraba y luego lo miró lentamente a los ojos con desdén—. ¿Disculpa? —dijo

gélidamente. Pero, para su desesperación, Luke rompió a reír. El timbre cálido y profundo de su risa hizo que un pájaro se elevara sobre el césped y buscara refugio en un árbol—. Suéltame, maldito...

—¿Bestia? —preguntó él mientras tiraba de ella para que bajara los peldaños de la veranda.

—Eres insoportable —ella siguió forcejeando mientras trotaba tras él, intentando ponerse a su paso.

—Gracias.

Gwen se quedó clavada en el suelo y logró que Luke se detuviera. Levantó la mirada hacia él y respiró hondo.

—Eres el hombre más arrogante, más entrometido, más egocéntrico y más insensible que he conocido.

—Olvidas mencionar que también soy irracional, tiránico e increíblemente atractivo. De verdad, Gwen, me sorprendes. Pensaba que tenías más imaginación. ¿Son éstos los mejores insultos que conoces?

—Así, de improviso, sí —ella soltó un soplo e intentó no responder al brillo de regocijo que había en los ojos de Luke—. Si me das un poco de tiempo, seguro que se me ocurre alguno más original.

—No te preocupes, ya me he hecho una idea —le soltó el brazo, levantó una mano en el aire y le tendió la otra—. ¿Firmamos una tregua?

Gwen bajó la guardia sin darse cuenta y le dio la mano.

—De acuerdo —dijo con sólo un atisbo de reticencia.

—¿Hasta...? —preguntó él mientras le acariciaba suavemente el dorso de la mano con el pulgar.

—Hasta que decida enfadarme contigo otra vez —Gwen sonrió, echó hacia atrás sus rizos y oyó de nuevo la risa de Luke. Era, pensó, la risa más bonita y contagiosa que había oído nunca.

—Bueno, ¿vienes a pescar conmigo? —preguntó él.

—Puede —ella frunció los labios un momento, pensativa. Luego esbozó una sonrisa desafiante—. Diez pavos a que pesco un pez más

grande que tú.

–Hecho –Luke entrelazó despreocupadamente sus dedos con los de ella. Esa vez, Gwen no protestó.

Gwen conocía cada recodo del río y cada revuelta de los senderos que cruzaban los pantanos. Se dirigió automáticamente hacia el norte, en dirección a la cabaña de Malon. Caminaban bajo una cortina de musgo que filtraba la luz del sol.

–¿De verdad sabes hacer conserva de tomate, Gwenivere? –preguntó Luke mientras se agachaba para sortear una rama baja.

–Desde luego que sí, y de cualquier cosa que salga de un huerto. Cuando se es pobre, un huerto puede marcar la diferencia entre comer y no comer.

–Nunca he conocido a pobres que comieran con cubiertos de plata georgianos –comentó Luke con ironía.

–Eso son herencias de familia –Gwen lanzó un suspiro y se encogió de hombros–. Mi madre siempre ha considerado los legados familiares como un tesoro sagrado. Y un tesoro sagrado no se puede vender. Y tampoco se puede comer, ni puede uno vestir con él –añadió con una sonrisa irónica–. Mi madre adora esa casa. Es su Camelot. Y ella necesita un Camelot.

–¿Y Gwenivere no?

Una enorme garza real, asustada por su repentina aparición, desplegó las alas y, alzándose sobre el agua, se elevó hacia el cielo. Gwen sintió un viejo y conocido hormigueo de placer al contemplarla.

–Supongo que siempre he querido encontrar el mío. Las cosas heredadas han pertenecido a alguien antes que a uno. Casi había olvidado el olor del jazmín silvestre –murmuró cuando el aire le llevó aquella fragancia.

Había a su alrededor una quietud letárgica. Junto a ellos, la corriente se movía en su lánguido viaje hacia el Golfo. El agua reflejaba los

árboles cargados de musgo. Gwen tiró un guijarro y observó cómo se extendían las ondas hasta desvanecerse.

–Cuando era pequeña, pasaba aquí casi todo mi tiempo libre –dijo–. Me sentía más a gusto aquí que en mi propia casa. Allí nunca había intimidad, con tantos extraños entrando y saliendo. Nunca antes quise compartir mi reino con nadie más.

Sintió que la mano de él se cerraba sobre la suya. Luke la miró a los ojos con perfecto entendimiento.

## **Nueve**

La cabaña de Malon se asomaba al río. Estaba construida con leños y tenía un tejado a dos aguas, bajo y ancho, y un porche que hacía las veces de pantalán para la canoa. En un pequeño parche de hierba, junto a la cabaña, media docena de gallinas cacareaban y picoteaban. En algún lugar en el interior del pantano repiqueteaba un pájaro carpintero. La música de un disco rayado de Saint-Saëns salía de la cabaña y competía con el repiqueteo distante y el cacareo de las gallinas. Tendido cuan largo era sobre una estrecha barandilla que daba al agua, dormía un gato atigrado.

–Está todo igual –murmuró Gwen, ajena al alivio que traslucía su voz y al placer que iluminaba su cara. Sonrió a Luke, corrió por el césped tirando de él y subió a toda prisa los tres escalones de madera–. Raphael –le dijo al gato adormilado, que abrió un ojo, profirió un maullido desinteresado y volvió a cerrar el ojo–. Tan cariñoso como siempre –comentó Gwen–. Tenía miedo de que se hubiera olvidado de mí.

–Raphael es demasiado viejo para olvidar nada.

Gwen se giró rápidamente al oír aquella voz. Malon estaba en la puerta de la cabaña con un almirez en la mano. Era un hombre bajo, apenas más alto que Gwen, pero de espaldas y brazos fornidos. No había echado tripa con la edad. Seguía teniendo el vientre plano del boxeador que había sido en otro tiempo. Tenía el pelo blanco, abundante y rizado, y la cara morena y arrugada, y sus ojos eran de un azul desvaído bajo las cejas oscuras. Su edad era un misterio. Los pantanos eran su hogar desde hacía muchos años. Tomaba del río lo que necesitaba y se daba por satisfecho con lo que tenía. Sentía por los marjales un amor apasionado y un profundo respeto que le inculcó

a Gwen cuando, hacía más de quince años, siendo todavía una cría, ella descubrió su cabaña. Gwen reprimió el impulso de lanzarse en sus brazos.

–Hola, Malon. ¿Qué tal estás?

–*Comme ci, comme ça* –Malon se encogió un poco de hombros y dejó el almirez. Saludó a Luke inclinando la cabeza y volvió a concentrar su atención en Gwen. Guardó silencio durante un minuto mientras la miraba atentamente. Al fin dijo–: Déjame verte las manos – Gwen se las mostró obedientemente–. Suaves –dijo Malon con un bufido–. Manos de señorita, ¿*hein?* ¿Por qué no se te ha puesto también figura de señorita en Nueva York?

–Sólo he podido permitirme las manos. Todavía estoy ahorrando para el resto. Veo que a ti Tillie sigue planchándote las camisas –Gwen pasó un dedo por la tela descolorida pero almidonada de su camisa de algodón–. ¿Cuándo vas a casarte con ella?

–Soy demasiado joven para casarme –dijo–. Todavía tengo que hacer muchas travesuras.

Gwen sonrió y apoyó la mejilla contra la de Malon.

–Cuánto te he echado de menos, Malon.

Él contestó echándose a reír y le dio un rápido, fuerte e inesperado abrazo. Estaban hablando en francés cajún, un dialecto que Gwen había vuelto a usar sin darse cuenta. Ella cerró los ojos un momento y disfrutó de la fuerza de los recios brazos de Malon, del tacto de su mejilla curtida y del olor a humo de leña y a hierbas que constituía su perfume personal. De pronto se dio cuenta de por qué no había ido a verlo antes. Malon había sido la única figura masculina constante en su vida, y había temido encontrarlo cambiado.

–Todo sigue igual –murmuró.

–Menos tú –había una sonrisa en su voz, y Gwen lo notó.

–Debería haber venido antes –por primera vez desde que lo conocía, Gwen se atrevió a darle un beso en la mejilla.

–Estás perdonada –dijo él.

Gwen se acordó de pronto de que Luke estaba a su lado, y se sonrojó.

–Lo siento –le dijo–. Yo... no me he dado cuenta de que estábamos hablando en francés.

Luke sonrió mientras acariciaba distraídamente a Raphael.

–No tienes por qué disculparte. Me ha gustado.

Gwen intentó ordenar sus pensamientos. No volvería a caer bajo el hechizo de aquella sonrisa.

–¿Hablas francés? –preguntó con desenfadado interés.

–No, pero aun así me ha gustado –Gwen tuvo la molesta sensación de que Luke sabía perfectamente hasta qué punto le afectaba su sonrisa. Él volvió sus ojos claros y serenos hacia Malon–. Anabelle dice que quiere camarones.

–Mañana saldré a recogerlos –respondió Malon asintiendo con la cabeza–. ¿Tu libro va bien?

–Bastante bien, sí.

–Así que te has tomado el día libre, ¿*hein*? ¿Y vas a llevarte a ésta a pescar? –señaló a Gwen con el pulgar.

–Eso he pensado –contestó Luke sin mirar a Gwen.

Malon se encogió de hombros y soltó un bufido.

–Antes sabía qué lado de la caña hay que agarrar y qué lado meter en el agua, pero eso era antes de que se fuera allá arriba –indicó con la cabeza «allá arriba». Malon recelaba de cualquier ciudad que estuviera a más de cuarenta kilómetros de Lafitte.

–Puede que se acuerde –sugirió Luke–. Parece medianamente inteligente.

–La criaron bien –dijo Malon, ablandándose un poco–. Su padre era un buen chico. Gwen tiene su cara. No ha salido a su madre.

Gwen irguió los hombros y levantó ligeramente las cejas.

–Me acuerdo de todo. Y mi madre puede ganarnos pescando a los dos con los ojos cerrados.

–¡Vaya! –Malon sacudió la mano como si hubiera tocado algo

caliente—. Esta chica de ciudad me mata de miedo. Llévatela tú. Yo soy demasiado viejo para pelear con mujeres.

—Hace un momento eras demasiado joven para casarte —le recordó Gwen.

—Sí, tengo una buena edad —él sonrió satisfecho—. *Allez*, tengo que preparar unas medicinas. Agarrad las cañas y la canoa y traedme pescado para la cena —sin decir nada más, entró en la cabaña y dejó que la puerta mosquitera se cerrara de golpe tras él.

—No ha cambiado nada —dijo Gwen, intentando parecer indignada.

—No —dijo Luke, y agarró dos cañas de pescar y se las echó al hombro—. Sigue estando loco por ti —montó en la canoa y le tendió la mano.

Gwen se acomodó en la barquichuela con la agilidad que sólo procuraba la experiencia. Raphael saltó sigilosamente de la barandilla a la canoa y se quedó dormido en el acto.

—No quiere perderse la diversión —explicó Gwen.

Luke alejó la canoa del embarcadero.

—Dime, Gwenivere —dijo—, ¿cómo es que hablas tan bien el dialecto cajún? Anabelle casi no puede leer una carta en francés.

El sol moteaba sus cabezas mientras pasaban bajo el dosel de árboles.

—Me enseñó Tillie —Gwen echó la cabeza hacia atrás y dejó que el cálido sol jugueteara sobre su cara. Recordó que una vez, hacía mucho tiempo, Malon le había dicho que su canoa podía navegar sobre una capa de rocío—. Hablo el dialecto de la costa desde que tengo uso de razón. Aquí casi todo el mundo trata a los forasteros como si no existieran; es una comunidad muy cerrada. Pero yo hablo cajún; así que, soy cajún. Lo que me extraña es que Malon te acepte a ti. Salta a la vista que os lleváis bien.

—Yo no hablo cajún —Luke se sostenía en pie en la canoa y manejaba la pértiga como si llevara toda la vida haciéndolo—. Pero, aun así, hablamos el mismo idioma.

Dejaron atrás los árboles y se adentraron en un bosque fantasmal, ensombrecido por tocones de cipreses. La barca se movía entre las matas flotantes de jacintos. Diminutas crías de cangrejo de río se aferraban a las raíces enmarañadas, y una gruesa víbora de agua desapareció entre las flores de lavanda. El río sinuoso rebosaba vida. Gwen vio a un mapache de los pantanos pescando en el talud de la orilla.

–¿Cómo puede ser –pensó en voz alta– que el ganador de un premio Pulitzer hable el mismo idioma que un *traiteur* de Luisiana?

–¿Un *traiteur*? –repitió Luke con la misma curiosidad que veía en los ojos de Gwen.

–Un curandero. Malon pesca y comercia, y a veces corta madera, pero sobre todo es el *traiteur* de esta zona. Cura mordeduras de serpiente, enfermedades y maleficios. Los maleficios son su especialidad.

–Mmm. ¿Te has preguntado alguna vez por qué vive aquí, solo, con su gato, su música y sus libros? –Gwen no contestó; se limitó a mirar cómo se movía la pértiga entre los tocones dispersos de los cipreses–. Ha estado en Londres, en Roma y en Budapest, pero vive aquí. Ha conducido tanques, domado caballos, boxeado y pilotado aviones. Ahora pesca y cura maleficios. Sabe arreglar un carburador, tocar la guitarra clásica y curar mordeduras de serpiente. Hace lo que le place y nada más. Es el hombre más feliz que conozco.

–¿Cómo es que has averiguado tantas cosas de él en tan poco tiempo?

–Le he preguntado –le dijo Luke con sencillez.

–No, no es tan simple como eso –Gwen hizo un gesto de exasperación con la mano–. La gente te cuenta su vida, no sé por qué. Yo te he dicho cosas que no tenía por qué decirte, y te las digo sin darme cuenta –escudriñó su cara–. Y, lo que es peor aún, no siempre hace falta que te las diga, ¿sabes? Pareces ver a la gente con demasiada claridad.

Él sonrió.

–¿Te sientes incómoda por que sepa cómo eres?

El río se ensanchó. El mohín de Gwen se convirtió en ceño.

–Sí, creo que sí. Hace que me sienta indefensa, como la primera vez que vi los dibujos de Bradley.

–¿Como si invadieran tu intimidad?

–La intimidad es importante para mí –reconoció ella.

–Entiendo –Luke se apoyó en la pértiga–. Creciste teniendo que compartir tu casa con extraños, y teniendo que compartir a Anabelle. El resultado es un deseo de privacidad e independencia. Te pido disculpas por invadir tu intimidad, pero, a fin de cuentas, es parte de mi oficio.

–¿Es que para ti todos somos personajes? –preguntó Gwen mientras cebaba el anzuelo y lanzaba el sedal.

–Unos más que otros –contestó él secamente, y lanzó su sedal al otro lado de la canoa.

Gwen sacudió la cabeza.

–¿Sabes? –comenzó a decir Gwen, y luego se recostó en la canoa, estiró las piernas y las cruzó–, me resulta muy difícil odiarte.

Al otro lado de la canoa, Luke imitó su postura.

–Soy una persona encantadora.

–Por desgracia, es cierto –Gwen profirió un suspiro de satisfacción y cerró los ojos–. No eres en absoluto como te imaginaba.

–¿Ah, no?

–Pareces más un leñador que un escritor mundialmente conocido.

Luke sonrió.

–¿Y qué pinta debería tener según tú un escritor mundialmente conocido?

–Podría ser de distintos modos, supongo. Podría tener aire de intelectual, con gafitas y hombros estrechos. O un porte distinguido...

–Dios no lo quiera.

–O un porte distinguido –continuó ella, ignorándolo–, con trajes bien

cortados y un poquito de barriga. O podría ser atrevido, con una cicatriz tenue en la mandíbula. O byroniano...

–Oh, cielo santo.

–Con una palidez romántica y mirada trágica.

–Es difícil mantenerse pálido en California.

–El problema es que eres demasiado físico –Gwen disfrutaba del suave deslizarse de la canoa y de la cálida caricia del sol–. ¿De qué trata tu nuevo libro?

–De un hombre y una mujer.

–Eso ya se ha hecho –comentó Gwen, abriendo los ojos.

Luke sonrió. Sus piernas se enredaron, juguetonas, con las de ella.

–Todo se ha hecho ya, niña, pero todo el mundo cree que tiene algo nuevo que contar –Gwen ladeó la cabeza y esperó a que se explicara. Luke continuó–: Hay innumerables sinfonías compuestas con las mismas ochenta y ocho notas –cerró los ojos y Gwen aprovechó la ocasión para observarlo.

–¿Me dejarás leerlo? –preguntó de pronto–. ¿O eres maniático para esas cosas?

–Sólo soy maniático cuando me conviene –dijo Luke con indolencia, y abrió un ojo–. ¿Qué tal vas de ortografía?

Gwen le sonrió.

–*Comme ci, comme ça.*

–Puedes corregir el borrador. Yo de ortografía ando fatal.

–Qué generoso por tu parte –de pronto, Gwen soltó un grito–. ¡Tengo uno! –se sentó bruscamente y concentró toda su atención en el pez que se revolvía al otro lado del sedal. Se echó el pelo hacia atrás sacudiendo con impaciencia la cabeza y su rostro pareció animarse de pronto. Sus manos se movían ágilmente y en sus ojos había un destello desafiante–. Pesa por lo menos tres kilos –anunció al arrojar el pez derrotado sobre la cubierta de la canoa–. Y esto es sólo el principio.

Raphael se levantó para inspeccionar la primera captura, luego se

enroscó junto a la cadera de Gwen y volvió a dormirse.

El silencio se extendió cómodamente entre ellos. No había necesidad de conversar, ni de charlar de tonterías. De vez en cuando, una libélula pasaba a su lado con un fogonazo de color y un rápido zumbido. Los pájaros se llamaban entre ellos intermitentemente. Parecía natural que Gwen permaneciera recostada, soñolienta, frente a Luke, bajo el sol neblinoso. Sus piernas se cruzaban sobre las de él con distraída camaradería. Las sombras se fueron alargando, pero ellos siguieron deslizándose por entre los tocones de lo que antaño habían sido altos cipreses.

–El sol se pondrá dentro de un par de horas –comentó Luke. Gwen profirió un sonido ininteligible de asentimiento–. Deberíamos volver – la canoa osciló suavemente cuando se levantó.

Gwen lo observó bajó la cobertura de sus pestañas de puntas doradas. Luke se desperezó, y sus músculos se tensaron. Sus ojos, tan claros y luminosos que contrastaban vivamente con el tono bronceado de su piel, se posaron un instante sobre Gwen, que yacía inmóvil, demasiado cómoda para moverse. Sabía que Luke era consciente de que lo estaba mirando.

–Me debes diez dólares –le recordó sonriendo.

–Un módico precio por una tarde deliciosa –el agua suspiró cuando el bote comenzó a deslizarse sobre ella–. ¿Sabías que tienes cinco pecas en la nariz?

Gwen se echó a reír mientras estiraba los brazos con indolencia sobre la cabeza.

–Creo que estás bastante loco.

Luke la miró mientras las pestañas ensombrecían las mejillas de Gwen y su boca se suavizaba con una sonrisa.

–Empiezo a creer que sí –murmuró.

Gwen no volvió a desperezarse hasta que la canoa chocó sigilosamente contra el embarcadero. El atardecer había sonrosado los finos jirones de las nubes y el aire arrastraba cierta frescura.

–Mmm –suspiró ella, repleta del sencillo placer de aquel instante–. Qué excursión tan agradable.

–La próxima vez, remas tú –dijo Luke, y observó que Raphael se levantaba, se desperezaba y saltaba con ligereza al muelle. Luego saltó él. Tras amarrar el bote, le ofreció la mano a Gwen.

–Supongo que es justo –Gwen se levantó y saltó al muelle con la misma agilidad que Raphael. Echó hacia atrás la cabeza y le lanzó a Luke una sonrisa impertinente, pero él se apoderó de su boca. Introdujo una mano entre su pelo mientras con la otra le apretaba la base de la espalda, exigiéndole que se acercara. La besó desesperadamente, ansioso por poseer su boca. Había en él una tensión, un atisbo de violencia apenas refrenada. A Gwen se le aceleró el pulso al pensar en que aquella fuerza pudiera liberarse de sus ataduras. La boca que reclamaba la suya y los brazos que la estrechaban carecían de ternura, pero ella no la pedía. Había dentro de ella algo salvaje y turbulento que clamaba por liberarse. Sentía la fortaleza de los brazos de Luke y la suavidad de su pelo mientras se sumía en sensaciones que no lograba graduar. Al tocarlo, tenía la impresión de que la energía que la inundaba no tenía límites. El sentimiento que la embargaba iba más allá del fogonazo instantáneo de la pasión, más allá de la efusión pasajera del deseo. Era una necesidad desesperada de entregarse a él. Ansiaba viajar a donde sólo él podía llevarla, y aprender lo que sólo él podía enseñarle.

Luke posó las manos sobre sus hombros, y la apartó.

–Gwen... –dijo con la voz enronquecida por el deseo.

–No, no hables –susurró ella, y volvió a atraerlo hacia sí para besarlo. Sólo el sabor de la boca de Luke podía saciar sus ansias crecientes. Se sentía famélica, sólo ahora consciente de que llevaba toda la vida ayunando. La boca de Luke rozó la suya por un instante ardiente y cegador; luego, Luke se desasíó bruscamente, la miró a los ojos y la agarró de los hombros con fuerza, pero ella no sintió dolor. Sólo podía mirarlo fijamente. Su confusión, su deseo, su disposición a entregarse

a él, se reflejaban en su rostro. Luke masculló una maldición, enfurecido, y se apartó de ella.

–No deberías mirar así a un hombre.

Gwen notó cómo entraba y salía ásperamente el aire de los pulmones de Luke. Le temblaban las manos cuando se las pasó por el pelo con nerviosismo.

–Yo... no sé cómo te estaba mirando.

–Parecías maleable –masculló él, y contempló la perezosa corriente del río antes de volverse hacia ella–. Dúctil, rendida e inocente. ¿Sabes lo difícil que es resistirse a la pureza, a lo que nadie ha tocado nunca?

Gwen sacudió la cabeza débilmente.

–No, yo...

–Claro que no lo sabes –la atajó Luke con aspereza. Ella se acobardó al oír su tono de voz, y Luke dejó escapar un largo suspiro–. Cielo santo, qué fácil es olvidar lo niña que eres.

–Yo no... yo... –Gwen movió la cabeza de un lado a otro, en una muda protesta–. Ha pasado todo tan rápido, que no he podido pensar. Yo sólo...

–Es culpa mía –el tono de Luke se había enfriado, y su notorio desinterés tenía el filo de un cuchillo–. Eres una criatura extraordinaria, en parte quimera, en parte Amazona, y me cuesta mucho no tocarte. Saber que podría tenerte no es precisamente un acicate para refrenarme.

La aspereza de su tono hirió el orgullo de Gwen e inflamó su cólera.

–Eres odioso.

–En eso estamos de acuerdo –dijo Luke asintiendo brevemente con la cabeza–. Pero aun así creo ser lo bastante civilizado como para no aprovecharme de una chiquilla inocente.

–Yo no... –dijo Gwen antes de sentir la necesidad de tragar saliva–. Yo no soy una chiquilla inocente, ¡soy una mujer adulta!

–Como quieras. Aun así, ¿quieres que me aproveche de ti? –preguntó Luke juiciosamente.

–¡No! –ella se apartó el pelo de la frente con impaciencia–. Quiero decir que no sería... ¡Desde luego que no!

–En ese caso... –Luke la agarró del brazo con firmeza y la hizo entrar en la cabaña de Malon.

## **Diez**

Llamar a la puerta de Luke no era precisamente lo más fácil que Gwen había hecho en toda su vida, pero era necesario. Tenía que demostrarse a sí misma que no sucumbiría de nuevo a aquella flaqueza de ánimo recién descubierta. Era una mujer adulta, capaz de dominarse. Le había pedido a Luke que le dejara leer su manuscrito, y había aceptado corregirlo. No se echaría atrás por un beso, ni por un arranque de locura. Aun así, procuró armarse de valor al alzar la mano para tocar a la puerta, y contuvo el aliento.

–Adelante.

Aquella sola palabra, procedente del interior de la habitación, hizo que le diera un vuelco el corazón. Dejó escapar lentamente el aliento, compuso una expresión despreocupada, casi indiferente, y abrió la puerta. Luke no se molestó en levantar la vista.

Sobre la mesa y amontonados por el suelo había numerosos libros de referencia. Por todas partes había papeles: escritos a máquina y a mano, lisos y arrugados. El creador de aquel desorden estaba sentado, tecleando con el ceño fruncido. Las cortinas, todavía echadas, impedían la entrada al sol del mediodía, y la cama era un revoltijo de sábanas. Por todas partes había libros, papeles y carpetas.

–Qué desorden –murmuró Gwen involuntariamente.

Al oír su voz, Luke levantó los ojos. Sus cejas se fruncieron al principio en un gesto de fastidio; luego una mirada de leve sorpresa se apoderó de su semblante, y su ceño se desvaneció.

–Hola –dijo con naturalidad, pero en lugar de levantarse se recostó en la silla para mirarla.

Gwen se acercó a él sorteando libros y papeles.

–Esto es increíble –señaló en derredor–. ¿Cómo puedes vivir así?

Luke miró la habitación, se encogió de hombros y observó la mirada curiosa de Gwen.

–No vivo así, trabajo así. Si has venido a limpiar, te digo lo mismo que le dije a la chica que Anabelle solía mandar. Toca mis papeles, y te tiro por la ventana.

Gwen se metió las manos en los bolsillos, divertida, y apartó un libro con la punta del pie.

–Así que, a fin de cuentas, eres un maniático –aquél, pensó, era un rasgo de carácter que podía comprender y al que podía enfrentarse.

–Si quieres decirlo así... –dijo él–. De este modo, si pierdo algo, sólo puedo cabrearme conmigo mismo, no con una desventurada asistenta o con una secretaria bienintencionada. ¿Qué puedo hacer por ti? Me temo que el café está frío.

La formalidad de su tono dejaba claro que aquéllos eran sus dominios. Gwen intentó modular su voz para que sonara arisca y profesional.

–Ayer dijiste que querías que corrigiera tu manuscrito. Me encantaría hacerlo. Si es que lo encuentras –añadió mirando a su alrededor.

Él esbozó su sonrisa irresistible. Gwen procuró acorazarse contra ella.

–¿Eres ordenada, Gwenivere? Siempre he admirado el orden, con tal de que no interfiera en mis costumbres, claro. Siéntate –sugirió con un gesto de la mano.

Gwen pasó por encima de dos diccionarios y una enciclopedia.

–¿Te importa que abra las cortinas? –preguntó.

–Si quieres... –contestó él mientras recogía un montón de hojas–. Pero no te pongas doméstica.

–Nada más lejos de mi intención –le aseguró ella, y vio, complacida, que él hacía una mueca cuando el fulgor del sol inundó la habitación–. Ya está –dijo, adoptando el tono de una maestra de guardería–, mucho mejor, ¿verdad?

–Siéntate –Gwen se sentó frente a él tras quitar de una silla un montón de revistas–. Con el pelo recogido pareces mayor –comentó

Luke con despreocupación—. Yo te echaría unos dieciséis años.

Gwen logró mantener una voz fría, pese a que un destello iluminó sus ojos.

—¿Te importa si empiezo ya?

—En absoluto —Luke le dio un montón de hojas—. Por ahí habrá un lápiz y un diccionario. Haz cuanto quieras, pero hazlo calladita.

Gwen abrió la boca para contestar, pero la cerró al ver que él se ponía de nuevo a teclear. Tras localizar un lápiz bajo un montón de revistas atrasadas, tomó la primera página. Le costaba admitir que la idea de corregir el manuscrito le ilusionaba; que quería hacerlo porque significaba compartir algo con Luke. Desdeñó aquellos razonamientos y resolvió leer el borrador con total objetividad. Unos minutos después, había olvidado el lápiz y se hallaba en trance.

El tiempo fue pasando. Gwen ya no oía el tableteo de las teclas. Motas de polvo danzaban en la insistente luz del sol, pero ella no se daba cuenta. Los personajes de Luke le parecían de carne y hueso. Tenía la sensación de que los conocía, de que se preocupaba por su suerte. Ni siquiera era consciente de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se sentía como la protagonista de la novela de Luke: locamente enamorada, confusa, orgullosa y débil. Lloraba por la belleza de las palabras y por la desesperanza de la heroína.

De pronto levantó los ojos. Luke había dejado de teclear, pero Gwen no sabía cuánto tiempo llevaba mirándola. Parpadeó para aclararse la visión. Luke la observaba con fijeza, con una mirada intensa y penetrante, sin sonreír. Gwen se sintió impotente, apartó la mirada y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. El desfallecimiento que sentía la asustaba. Luke no la estaba tocando; ni siquiera le hablaba. Y, sin embargo, Gwen sentía que sus cuerpos se hallaban unidos por una sutil sintonía. Abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Sacudió la cabeza, pero él no dijo nada, ni se movió. Consciente de que su única defensa era la huida, Gwen se levantó y salió corriendo de la habitación.

Abandonó la casa y huyó hacia el refugio que le ofrecía el río. Cuando llegó a la cabaña de Malon, casi se había calmado. Respiró hondo y aflojó el paso. No quería que Malon la viera angustiada y sin aliento. Al doblar el último recodo del camino, vio que el viejo salía de la canoa y subía al embarcadero, y de pronto sintió que recuperaba la cordura.

–¿Ha habido suerte? –preguntó, aliviada al comprobar que podía sonreírle sin esfuerzo.

–Más o menos –contestó él con su sorna de costumbre–. ¿Has venido a cenar?

–¿A cenar? –repitió ella, mirando automáticamente el sol–. ¿Tan tarde es ya?

¿Podía haber pasado tan pronto la tarde?, se preguntó, extrañada.

–Es bastante tarde, porque tengo hambre –contestó Malon–. Vamos a hacer unos camarones y a comérmolos, y luego le llevas a tu madre su parte. ¿Todavía sabes hacer café?

–Claro que sé hacer café. Pero no se lo digas a Tillie –Gwen lo siguió al interior de la cabaña y dejó que la puerta mosquitera se cerrara ruidosamente tras ellos.

Al poco rato, la cabaña se había llenado del intenso olor del *gumbo* de camarones y de las apacibles melodías de Chopin. Raphael tomaba el sol en el alféizar de la ventana, dejando que los humanos se preocuparan de las tareas domésticas. Gwen sintió que la tensión abandonaba su cuerpo. Comió con un apetito que la sorprendió hasta que recordó que no había tomado nada desde el desayuno.

–Todavía te gustan mis guisos, ¿*hein?* –complacido, Malon le sirvió más *gumbo*.

–Es sólo que no quería herir tus sentimientos –le dijo Gwen entre bocado y bocado. Malon la miró rebañar el plato y se echó a reír. Gwen se recostó en la silla y dejó escapar un suspiro de contento–. Hacía dos años que no comía tanto.

–Por eso estás tan flaca –Malon se reclinó en la silla y encendió uno

de sus fuertes cigarrillos franceses.

Gwen recordaba el olor de aquel tabaco tan bien como recordaba su sabor. Tenía doce años y estaba llena de curiosidad cuando persuadió a Malon para que le dejara probar uno, y acabó mareándose. Pero él no le ofreció consuelo, ni le echó un sermón. Gwen sonrió al recordar aquello y observó cómo ascendía la fina columna del humo del tabaco.

–Ahora te encuentras mejor –comentó Malon.

Al oírlo, Gwen posó la mirada sobre él. Enseguida comprendió que no se refería a su hambre. Levantó los hombros y los dejó caer con un suspiro.

–Un poco. Necesitaba venir aquí y... Sí, ya me encuentro mejor. A veces me cuesta comprenderme a mí misma, y además hay... Bueno, hay un hombre.

–Es natural –dijo Malon, exhalando una serie de anillos de humo–. Eres una mujer.

–Sí, pero creo que no soy muy lista. No sé mucho de hombres. Y, además, él no se parece a los otros hombres que he conocido –se volvió hacia Malon–. El problema es... –dejó escapar un leve bufido de exasperación y se acercó a la ventana–. El problema es que mis... mis sentimientos hacia ese hombre son cada vez más complejos, y no puedo permitírmelo.

–¿Permitírtelo? –repitió él, resoplando–. ¿Qué quieres decir con «permitírtelo»? Las emociones no cuestan nada.

–Oh, Malon –Gwen se volvió hacia él con expresión apesadumbrada–. A veces cuestan todo lo que uno tiene. Estoy empezando a necesitar a ese hombre, a sentir por él un... un afecto que no puede llevar a ninguna parte.

–¿Y por qué no puede llegar a ninguna parte?

–Porque yo necesito amor –se pasó una mano por el pelo y se puso a pasear por la cabaña.

–Como todo el mundo –le dijo Malon mientras apagaba

cuidadosamente el cigarrillo.

–Pero él no me quiere –dijo ella con tristeza, e hizo un gesto fútil con las manos–. No me quiere y, sin embargo, no puedo quitármelo de la cabeza. Cuando estoy con él, se me olvida todo lo demás. Además, está mal, él está con otra persona y... Oh, Malon, es todo tan complicado... –su voz se apagó.

–La vida no es sencilla, pequeña –dijo él, llamándola como cuando era una niña–, pero vivimos –se levantó, se acercó a ella y le dio una palmadita en la mejilla–. Las complicaciones son la sal de la vida.

–Ahora mismo –dijo ella con una leve sonrisa–, la preferiría sosa.

–¿Has venido buscando consejo o compasión? –los ojos de Malon eran pequeños y penetrantes, y su palma áspera. Oía a pescado y a tabaco. Gwen sintió que la tierra en la que aquel anciano se apoyaba era más sólida.

–He venido a verte –le dijo suavemente– porque eres el único padre que tengo –le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre su recio hombro. Sintió que él le acariciaba el pelo–. Malon –murmuró–, no quiero enamorarme de él.

–¿Y has venido a buscar una poción contra el amor? ¿Quieres una piel de serpiente para ponérsela debajo de la almohada?

Gwen rompió a reír y echó la cabeza hacia atrás.

–No.

–Mejor. Me cae bien. No me gustaría tener que echarle mal de ojo.

Gwen comprendió que Malon había sabido desde el principio que le estaba hablando de Luke. Siempre había sido transparente como el cristal para él. Sin embargo, se sentía más a gusto con él que con cualquier otra persona. Se quedó mirándolo, y se preguntó qué secretos escondían aquellos ojos azules.

–Malon, nunca me has contado que estuviste en Budapest.

–Nunca me lo has preguntado.

Ella sonrió y se relajó.

–Si te lo preguntara, ¿me lo contarías?

–Te lo contaré mientras friegas los platos.

Bradley miró el lienzo con el ceño fruncido y fijó luego la vista en su modelo.

–Hoy no tienes chispa –se quejó mientras se echaba hacia atrás la gorra de pescador.

Tres noches de sueño espasmódico habían apagado considerablemente la chispa de Gwen. Estaba sentada, conforme a las instrucciones de Bradley, en la horquilla desgastada y suave que formaban dos ramas de un viejo roble. Llevaba puesta la bata que él había elegido y una magnolia prendida tras la oreja. Siguiendo las indicaciones de Bradley, se había dejado el pelo suelto y se había puesto una pizca de maquillaje. Debido a su tamaño y su color, sus ojos dominaban el cuadro. Pero, tal y como Bradley había dicho, faltaba en ellos la luminosidad que Bradley había visto en ellos anteriormente. Había cierta dejadez en la postura de sus hombros, cierta melancolía en la expresión de su boca.

–Gwen –dijo Bradley con exagerada paciencia–, no queremos que nos salga un retrato triste.

–Lo siento, Bradley –Gwen se encogió de hombros y le lanzó una sonrisa cansina–. No duermo bien últimamente.

–Leche caliente –afirmó Mónica Wilkins, que estaba sentada en un taburete de tres patas, pintando con apacible diligencia un ramo de flores–. A mí siempre me sienta bien.

Gwen sintió ganas de arrugar la nariz al pensarlo, pero en lugar de hacerlo contestó amablemente:

–Puede que lo intente la próxima vez.

–Pero no la calientes demasiado –le advirtió Mónica mientras retocaba un pétalo.

–No, claro –le dijo Gwen con idéntica seriedad.

–Bueno, ahora que hemos aclarado ese punto... –comenzó a decir

Bradley con tal voz de mártir que Gwen se echó a reír.

–Lo siento, Bradley, me temo que soy una modelo espantosa.

–Tonterías –dijo Bradley–. Sólo tienes que relajarte.

–Vino –afirmó Mónica, mirando críticamente sus flores.

–¿Cómo dices? –Bradley giró la cabeza y frunció el ceño.

–Vino –repitió Mónica–. Un buen vaso de vino es lo mejor para relajarse.

–Sí, supongo que sí, si tuviéramos vino –Bradley se ajustó la visera de la gorra y observó la punta de su pincel.

–Yo tengo –le dijo Mónica con su voz delicada.

–¿Que tienes qué?

Gwen volvió a mirar a Bradley. «Empiezo a sentirme como si estuviera en un partido de tenis», pensó llevándose una mano al cuello.

–Vino –respondió Mónica mientras pintaba cuidadosamente las venillas de una hoja de color verde pálido–. Llevo un termo con vino en el bolso. Y está frío.

–Qué idea tan maravillosa –le dijo Bradley, admirado.

–Gracias –Mónica se sonrojó–. Te lo ofrezco encantada, si crees que puede servirte de ayuda –abrió con todo cuidado un abultado bolso de macramé y sacó un termo rojo.

–Mónica, estoy en deuda contigo –Bradley hizo una reverencia galante. Mónica dejó escapar lo que sonó sospechosamente como una risita infantil antes de volver a concentrarse en sus flores.

–Bradley, no creo que sea necesario, de verdad –dijo Gwen.

–Es justo lo que necesitamos para levantarte el ánimo –respondió él mientras desenroscaba la tapa del termo. Sirvió el vino, ligero y dorado, en la taza de plástico.

–Pero, Bradley, yo casi nunca bebo.

–Me alegra saberlo –le tendió la taza–. Beber es perjudicial para la salud.

–Bradley –dijo Gwen otra vez, intentando mantener una voz firme–,

son las diez de la mañana.

–Sí, ya lo sé, así que bebe, que pronto cambiará la luz.

–Oh, Dios mío –derrotada, Gwen se llevó la taza a los labios y bebió. Dando un suspiro, bebió otra vez–. Esto es absurdo –masculló.

–¿Qué has dicho, Gwen? –preguntó Mónica.

–He dicho que está delicioso –se corrigió ella–. Gracias, Mónica.

–Me alegra servirte de ayuda.

Mientras ellas intercambiaban sonrisas, Bradley volvió a llenar la taza.

–Bébetelo –le ordenó a Gwen como un padre que le diera una medicina a su hija–. No podemos desperdiciar esta luz.

Gwen levantó la taza obedientemente. Al devolvérsela a Bradley, exhaló un largo suspiro.

–¿Estoy relajada? –preguntó. Sentía una agradable ligereza cerca de la coronilla–. Vaya, parece que empieza a hacer calor, ¿no? –sonrió sin mirar a nadie en particular mientras Bradley tapaba el termo.

–Espero no haberme pasado –le dijo Bradley a Mónica en voz baja.

–Uno nunca conoce el metabolismo de la gente –afirmó Mónica.

Bradley profirió un ambiguo gruñido y se volvió hacia su lienzo.

–Ahora, mira para acá, cariño –le ordenó a Gwen, que estaba distraída–. Recuerda, quiero contrastes. Veo la delicadeza de tu estructura ósea, la feminidad de tu pose, pero quiero ver carácter en tu expresión. Quiero temperamento. No, más aún: quiero que haya desafío en tu mirada. Que retes al espectador a tocar lo que nunca ha sido tocado.

–Lo que nunca ha sido tocado –murmuró Gwen, sintiendo que su memoria se agitaba–. No soy una niña –aseveró, e irguió los hombros.

–No –dijo Bradley mientras la observaba detenidamente–. ¡Sí, sí, así, perfecto! –agarró el pincel. Miró hacia atrás, vio que Luke se acercaba y volvió a concentrarse en su trabajo–. Ah, la boca es perfecta –masculló–, a medio camino entre un puchero y una mueca arisca. No te muevas, no te muevas. ¡Bendita seas, Mónica!

Bradley se puso a trabajar febrilmente, ajeno al hecho de que el vino era para su modelo un estimulante mucho menos poderoso que el hombre que permanecía a su lado. Era la presencia de Luke la que hacía aflorar el rubor a las mejillas de Gwen, la que iluminaba sus ojos con un destello de desafío y la que conseguía que su boca se hiciera más suave, más arisca y tentadora. Luke la observaba con expresión inescrutable. A pesar de que la miraba en silencio, parecía hallarse alerta. Bradley rezongaba sin cesar mientras trabajaba. Un cuervo graznaba monótonamente a lo lejos.

Un tumulto de ideas y emociones se agolpaba en la cabeza de Gwen. El deseo batallaba ferozmente con su orgullo. Luke la había enfurecido, la había cautivado, se había reído de ella y la había rechazado. «No voy a enamorarme de él», se decía. «No voy a permitir que eso ocurra. No volveré a ponerme en ridículo».

–Magnífico –murmuró Bradley.

–Sí, en efecto –Luke se metió las manos en los bolsillos mientras observaba el retrato–. La has captado perfectamente.

–Es extraño –masculló Bradley al tiempo que retocaba las sombras de las mejillas del retrato de Gwen–. Su apariencia física no es más que un aliciente. Es ese halo de inocencia, mezclado con ese atisbo de pasión contenida. Una combinación increíble. Cualquier hombre que vea este retrato la deseará.

Un destello de irritación cruzó el semblante de Luke cuando levantó los ojos hacia Gwen.

–Sí, ya me lo imagino.

–Voy a titularlo *La virgen tentadora*. Le va bien, ¿no te parece?

–Mmm.

Bradley se tomó aquella respuesta por un asentimiento y se puso otra vez a rezongar. De pronto, dejó el pincel y empezó a recoger su equipo.

–Lo has hecho muy bien –le dijo a Gwen–. Pero está cambiando la luz. Me parece que deberíamos empezar más temprano. Con tres

sesiones más, creo que bastará.

–Voy contigo, Bradley –Mónica se levantó–. Ya he acabado esto –recogió sus pinturas, su caballete y su banqueta y echó a andar tras Bradley.

Gwen se bajó de la horquilla del árbol con un rápido revoloteo de blanco. Cuando sus pies descalzos tocaron la hierba, empezó a darle vueltas la cabeza. Apoyó la mano en el árbol para mantener el equilibrio. Al verla, Luke enarcó una ceja, extrañado. Ella se irguió con exagerado cuidado, tragó saliva pese a que sentía una extraña sequedad en la garganta y echó a andar. Notaba las piernas extrañamente flojas. Tenía la intención de pasar junto a Luke con gélida dignidad, pero él la agarró del brazo.

–¿Estás bien?

El sol hacía borbotear el vino dentro de su cabeza. Se aclaró la garganta y dijo con claridad:

–Desde luego. Estoy perfectamente.

Luke puso dos dedos bajo su barbilla y le levantó la cara. Escudriñó su rostro y sus ojos se iluminaron con un destello de regocijo.

–Vaya, Gwenivere, estás como una cuba.

Ella, que sabía que tenía razón, se puso muy tiesa.

–No sé de qué estás hablando. Ahora, te agradecería enormemente que apartaras la mano de mi cara.

–Claro. Pero luego no me eches la culpa si te caes al suelo –Luke bajó la mano, y Gwen se tambaleó y se agarró a su camisa para enderezarse.

–Si me perdonas –dijo con solemnidad, pero ni se apartó de él ni bajó la mano. Dejó escapar un profundo suspiro, levantó la cara de nuevo y frunció el ceño–. Estoy esperando que te estés quieto.

–Ah, perdona. ¿Puedo preguntarte cómo has llegado a este estado?

–Relajada –dijo Gwen.

–¿Cómo dices?

–Así es como estoy. Relajada. Era o vino o leche caliente. Mónica es

un genio con estas cosas. A mí no me gusta mucho la leche caliente, y de todas formas no había a mano.

–No, ya me imagino que será difícil conseguirla –dijo Luke, y, deslizando un brazo por su cintura, comenzó a llevarla a través del prado.

–Sólo me he tomado una tacita, ¿sabes?

–Con eso basta.

–Ay, Dios –Gwen se paró de repente–. He pisado una abeja –se sentó entre una flotante nube de blanco–. Supongo que la pobrecilla se irá volando y se morirá –levantó el pie y frunció el ceño al ver la leve hinchazón que tenía en la planta.

–Pues me temo que, si te ha picado, morirá borracha y feliz –Luke se sentó y tomó su pie entre las manos–. ¿Te duele? –preguntó mientras sacaba el aguijón.

–No, no siento nada.

–No me extraña. Me parece que habrá que decirle a Bradley que no te conviene estar tan relajada a las diez de la mañana.

–Se toma muy a pecho su obra –dijo Gwen en voz baja–. Cree que me voy a volver inmoral.

–Lo cual es muy posible si sigues relajándote antes de mediodía –dijo Luke secamente–. Pero creo que quieres decir «inmortal».

–¿Tú también lo crees? –Gwen levantó la cara hacia el sol–. Me parece que Mónica y él están majaretas.

–¿Qué?

–Chiflados –Gwen se recostó en la hierba y cerró los ojos–. Sería bonito que se enamoraran, ¿verdad?

–Adorable.

–Te pones cínico porque tú te has enamorado muchas veces.

–¿Ah, sí? –él pasó un dedo por su tobillo mientras observaba los matices que el sol arrancaba a su pelo–. ¿Por qué dices eso?

–Por tus libros. Sabes cómo piensan las mujeres, cómo sienten. Ayer, cuando lo estaba leyendo, sufría porque me parecía todo tan real, tan

íntimo... –la bata se movió ligeramente cuando suspiró–. Supongo que habrás hecho el amor con montones de mujeres.

–Hacer el amor y estar enamorado son cosas completamente distintas.

Gwen abrió los ojos.

–A veces –dijo–. Para algunas personas.

–Eres una romántica –le dijo Luke encogiéndose de hombros–. Sólo una romántica puede vestir de blanco vaporoso, lanzar flores a las estrellas o creer en los trucos de un mago.

–Qué raro –Gwen parecía sinceramente atónita, y cerró los ojos otra vez–. Nunca había pensado que fuera romántica. ¿Tú crees que es malo?

–No –contestó él rápidamente, un poco irritado. Se levantó y se quedó mirándola. El pelo de Gwen, desplegado sobre la hierba, refulgía con destellos dorados. La bata se cruzaba ligera sobre sus pechos, formando una sombra tentadora. Luke masculló una maldición, se inclinó y la levantó en brazos.

–Mmm, qué fuerte eres –la cabeza le daba vueltas suavemente, de modo que la apoyó sobre el hombro de Luke–. Me di cuenta el primer día, cuando te vi talando el árbol. Michael levanta pesas.

–Me alegro por él.

–No, la verdad es que se hizo una contractura en la espalda –Gwen soltó una risita y se acurrucó un poco más contra su hombro–. Michael no es muy fuerte, ¿sabes? Él juega al bridge –levantó la cara y sonrió alegremente–. Yo no tengo ni idea de jugar al bridge. Michael dice que necesito disciplina mental.

–Decididamente, tengo que conocer a ese Michael.

–Tiene cincuenta y siete corbatas, ¿sabes?

–Sí, ya me lo imagino.

–Sus zapatos siempre relucen –añadió Gwen tristemente, y trazó la línea de la mandíbula de Luke con la punta de un dedo–. Debería intentar ser más ordenada. Él siempre me dice que la imagen que

proyecta una persona es muy importante, pero a mí se me olvida. Dar de comer a las palomas del parque no es muy adecuado para la mujer de un abogado de empresa.

–¿Y qué es adecuado?

–La ópera –dijo ella al instante–. Sobre todo, la ópera alemana. Pero a mí me da sueño. A mí lo que me gusta es ver películas de misterio en la tele por las noches.

–Qué inculta –concluyó Luke, esbozando una sonrisa.

–Exacto –dijo Gwen, y de pronto se sintió más alegre de lo que se había sentido durante las semanas anteriores–. Tú tienes la cara más chupada que él, y él nunca olvida afeitarse.

–Bien por Michael –masculló Luke mientras subían las escaleras del porche.

–Pero él nunca me hacía sentir como tú –al oír aquello, Luke se detuvo y la miró a los ojos. Aturdida por el vino, Gwen lo miró con una suave sonrisa–. ¿Por qué crees que será?

Luke contestó con un filo de aspereza:

–¿De veras puedes ser tan ingenua?

Ella consideró la pregunta y luego se encogió de hombros.

–No lo sé. Supongo que sí. ¿Tú quieres que lo sea?

Los brazos de Luke se tensaron un momento, apretándola contra su pecho. Gwen cerró los ojos y le ofreció la boca. Luke le dio un leve beso en la frente y ella suspiró y se acurrucó contra él.

–A veces eres muy amable –murmuró.

–¿De veras? –Luke la miró con el ceño fruncido–. Digamos que a veces recuerdo que hay ciertas normas elementales. Y, en este momento, por desgracia, las recuerdo con toda claridad.

–Un hombre muy amable –repitió ella, y le besó bajo la mandíbula. Luego bostezó y se acomodó en sus brazos–. Pero no voy a enamorarme de ti.

Luke miró su rostro apacible, rodeado por una aureola de rizos.

–Una decisión muy sabia –dijo con suavidad, y la llevó dentro de la

casa.

## Once

Era de noche cuando Gwen se despertó. Miró desorientada las siluetas imprecisas de los muebles y la pálida y plateada luz de la luna. La había despertado una llamada a la puerta. Aquel ruido sonó otra vez, suave e insistente. Gwen se apartó el pelo de la cara y se sentó. La habitación dio una vuelta y luego se detuvo. Ella profirió un gemido en voz baja y se levantó para responder a la llamada. La luz del pasillo era cegadora. Se puso la mano sobre los ojos para protegérselos.

–Perdona, cariño, siento despertarte –Anabelle lanzó un suspiro compasivo–. Sé cómo son esos dolores de cabeza.

–¿Dolores de cabeza? –repitió Gwen, destapándose los ojos.

–Sí, Luke me lo ha contado todo. ¿Has tomado una aspirina?

–¿Aspirina? –Gwen escudriñó su memoria. De pronto se puso colorada–. ¡Ah!

Anabelle se tomó aquella exclamación por una respuesta afirmativa y sonrió.

–¿Te encuentras mejor?

–No me duele la cabeza –murmuró Gwen.

–Cuánto me alegro, porque te llaman por teléfono –Anabelle sonrió–. Es de Nueva York, así que pensé que lo mejor era despertarte. Es ese tal Michael. Tiene una voz preciosa.

–Michael –repitió Gwen en voz baja. Suspiró y deseó poder volver a la reconfortante oscuridad de su habitación. Se fatigaba con sólo oír el nombre de Michael. Bajó la mirada y vio que todavía llevaba puesta la bata blanca. Recordaba claramente su conversación con Luke y, lo que resultaba aún más perturbador, lo que había sentido al hallarse en sus brazos.

–No deberías hacerle esperar, cariño –Anabelle interrumpió sus

cavilaciones con suave insistencia—. Es una llamada de larga distancia.

—Sí, claro —Gwen siguió a su madre hasta el pie de las escaleras.

—Voy corriendo a decirle a Tillie que te caliente algo de cena — Anabelle se retiró discretamente y dejó a su hija mirando el teléfono descolgado.

Gwen respiró hondo, exhaló y agarró el teléfono.

—Hola, Michael.

—Gwen... Empezaba a creer que me habían dejado colgado —su voz sonaba firme, afinada e irascible.

—Lo siento —se disculpó ella automáticamente, y al instante se maldijo por hacerlo. «¿Por qué siempre me intimida?», se preguntó para sus adentros—. Estaba ocupada —añadió con voz más firme—. No esperaba tener noticias tuyas.

—Espero que sea una sorpresa agradable —contestó él. Por el tono de su voz, Gwen comprendió que ya había llegado a la conclusión de que lo era—. Yo también he estado muy ocupado —continuó sin molestarse en esperar respuesta—. He estado hasta arriba de trabajo con una querrela contra Delron Corporation. Un asunto muy complicado que me ha tenido encadenado a la mesa.

—Lo siento por ti, Michael —dijo Gwen. Levantó la mirada y vio bajar a Luke por las escaleras. «Oh, perfecto», pensó, desesperada. Fingió despreocupación e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, pero frunció el ceño cuando él se detuvo y se inclinó contra el poste de la barandilla—. ¿Te importa? —susurró, mirándolo con enojo.

—No, en absoluto —él sonrió, pero no se movió—. Salúdalo de mi parte.

Ella achicó los ojos, furiosa.

—Eres horrible, absolutamente horrible.

—¿Qué? —preguntó Michael, sorprendido—. ¿Qué has dicho?

—Nada —dijo Gwen desabridamente.

—Por el amor de Dios, Gwen, sólo intento contarte lo del caso Delron. No hace falta que te enfades.

–No estoy enfadada. ¿Por qué has llamado, Michael?

–Para ver cuándo vas a volver a casa, cariño. Te echo de menos – estaba usando su tono apacible y persuasivo, y Gwen suspiró. Cerró los ojos y se apoyó el teléfono en la frente un momento.

–¿Siempre hace que te sientas culpable? –preguntó Luke con naturalidad. Gwen levantó la barbilla y lo miró con furia.

–Cállate –le ordenó, furiosa porque pudiera interpretar de forma tan precisa su estado de ánimo.

–¿Qué? –gritó Michael a través del receptor. Luke soltó una rápida carcajada al oír su voz furibunda–. Debe de haber interferencias – concluyó Michael.

–Sí, será eso –masculló Gwen. Respiró hondo y decidió aclarar las cosas de una vez por todas–. Michael, yo...

–He pensado que ya te he dado suficiente tiempo para que te calmes –dijo Michael en tono conciliador.

–¿Para que me calme?

–Fue una tontería que nos peleáramos, cariño. Naturalmente, sé que no sentías las cosas que dijiste.

–¿Ah, no?

–Ya sabes que tienes tendencia a decir burradas cuando te enfadas – le recordó Michael en tono condescendiente–. Claro –continuó– que supongo que en parte fue culpa mía.

–¿De veras? –Gwen procuraba mantener una voz calmada y razonable–. ¿Cómo es posible que seas en parte culpable de mi mal carácter? –levantó la vista y vio que Luke la estaba observando.

–Me temo que me precipité. No estabas preparada para una declaración tan repentina.

–Michael, llevábamos saliendo casi un año –le recordó Gwen, y se pasó los dedos por el pelo, llena de irritación. El gesto hizo que el escote de su bata se abriera turbadoramente.

–Claro, cariño –dijo él en tono apaciguador–. Pero debería haberte preparado.

–¿Prepararme? No quiero que nadie me prepare, Michael, ¿lo entiendes? Quiero que me sorprendan. Y si vuelves a llamarme «cariño» en ese tono paternalista, voy a ponerme a gritar.

–Bueno, bueno, Gwen, no te pongas así. Estoy dispuesto a perdonar y olvidar.

–Oh –Gwen se tragó su rabia–. Oh, qué generoso por tu parte, Michael. No sé qué decir.

–Dime sólo cuándo vas a volver, cariño. Celebraremos una pequeña cena y fijaremos la fecha de la boda. En Tiffany hay unos anillos preciosos. Puedes elegir el que quieras.

–Michael –dijo Gwen–, por favor, escúchame. Pero escúchame de verdad. Yo no soy lo que tú buscas. No puedo serlo. Si lo intentara, me marchitaría por dentro. Te tengo mucho cariño, pero, por favor, no me pidas que sea lo que no soy.

–No sé de qué estás hablando, Gwen –dijo él–. Yo no te estoy pidiendo...

–Michael –repitió ella–, no puedo pasar por esto otra vez. Las cosas que dije, las dije en serio, y no quiero tener que repetirlas. Yo no te convengo, Michael. Búscate a alguien que sepa preparar martinis de vodka para veinte.

–Estás diciendo tonterías –Michael adoptó de nuevo su fría voz de abogado, y Gwen cerró los ojos, comprendiendo que toda argumentación era inútil–. Aclararemos las cosas cuando vuelvas.

–No, Michael –dijo ella, a pesar de que sabía que no la escucharía.

–Llámame e iré a buscarte al aeropuerto. Adiós, Gwen.

–Adiós, Michael –murmuró ella mientras colgaba. De pronto sintió una oleada de tristeza y culpabilidad. Al levantar los ojos, se encontró con los de Luke. Ya no había en ellos regocijo, sino comprensión. Gwen pensó que le habría sido más fácil enfrentarse a su sarcasmo–. Te agradecería mucho –dijo con suavidad– que no dijeras nada en este momento.

Pasó a su lado y comenzó a subir las escaleras mientras él la miraba.

Gwen estaba en su balcón, bajo la luz de la luna. Los cipreses, coronados de plata y engalanados de musgo, tenían un aire fantasmal. Un pájaro cantaba con voz dulce y clara, y Gwen se preguntó si sería un ruiseñor. La hora parecía propicia para los ruiseñores. Suspiró y recordó que Luke le había dicho que era una romántica. Tal vez tuviera razón. Sin embargo, no era la suave noche ni el canto del pájaro lo que la tenía despierta y asomada al balcón.

«No es de extrañar que no puedas dormir», se reprendió para sus adentros. «¿Cómo vas a dormir si te has pasado toda la tarde sesteando?». Se sonrojó al recordar por qué se había echado aquella apacible siesta a mediodía. «He hecho el ridículo a lo grande. ¿Por qué tenía que estar él ahí? ¿No podría haber entrado en la casa dando trompicones sin que nadie me viera? ¿Por qué cuando estoy con él no puedo mostrarme fría y distante?».

Estaba, por otro lado, la llamada de Michael. Gwen se llevó la mano al cuello e intentó disipar la tensión que agarrotaba sus músculos. Repasó de nuevo mentalmente la conversación telefónica, intentando encontrar un modo de aclarar sus sentimientos. «Ya le he dicho lo que pienso», se dijo, «pero él no me escucha. Que me perdona, dice...». Se echó a reír suavemente y se apretó los ojos con los dedos. «Me perdona, pero olvida las crueldades que me dijo. Ni siquiera me quiere. Quiere a la mujer en la que le gustaría que me convirtiera».

Mientras contemplaba el cielo, una estrella titiló y cayó vertiginosamente, describiendo un arco de luz. Gwen contuvo el aliento al ver su destello fugaz. De pronto volvió a pensar en Luke. Con él había sentido una intensidad de meteoro, una luminosa pasión. Pero sabía que no podía retener a Luke, lo mismo que el firmamento no podía retener el resplandor pasajero de aquella estrella. Sintió un súbito escalofrío y volvió a entrar en la habitación. La madrugada era mala hora para pensar, se dijo. «Será mejor que baje y pruebe la

detestable leche caliente, como me recomendó Mónica».

Recorrió rápidamente el pasillo sin molestarse en encender la luz. Conocía de memoria el camino, igual que conocía qué escalones crujían y qué tablas de la tarima chirriaban. Un ruido inesperado la hizo girarse al llegar a lo alto de la escalera, y vio con sorpresa que su madre bajaba por la escalera que llevaba al tercer piso.

–¡Mamá!

Anabelle se llevó una mano al pecho, sobresaltada.

–Gwenivere, ¡qué susto me has dado! –el suave pecho de Anabelle se elevó cuando tomó aliento. Tenía el pelo bellamente desordenado alrededor de la cara y llevaba puesta una bata rosa, vaporosa y femenina–. ¿Se puede saber qué haces aquí a oscuras?

–No podía dormir –Gwen se acercó a ella y sintió su perfume de lilas–. Mamá...

–No me extraña. Estarás muerta de hambre –Anabelle chasqueó la lengua–. No se puede saltar una las comidas, ¿sabes?

–Mamá, ¿qué estabas haciendo arriba?

–¿Arriba? –repitió Anabelle, y miró por encima de su hombro–. ¡Ah! Estaba con Luke –sonrió, sin notar que Gwen palidecía de pronto.

–¿Con Luke?

–Sí –se atusó un poco el pelo con la mano–. Es un hombre tan amable y generoso...

Gwen la tomó suavemente de la mano.

–Mamá –se mordió el labio inferior para calmar su voz y respiró hondo–, ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

–¿A qué te refieres, cariño?

–A esta... relación con Luke –logró decir Gwen, a pesar de que aquellas palabras le arañaban la garganta.

–Bueno, Gwen, la verdad es que no podría pasar sin él –apretó la mano helada de su hija–. Madre mía, estás helada. Será mejor que vuelvas a la cama, querida. ¿Quieres que te traiga algo?

–No –contestó Gwen en voz baja–. No, nada –le dio a su madre un

rápido y desesperado abrazo—. Anda, vuelve a la cama. Yo estoy bien.

—De acuerdo, querida —Anabelle le besó la frente de un modo que Gwen conocía desde la infancia. Viendo que no tenía fiebre, su madre le dio una palmadita en la mejilla—. Buenas noches, Gwen.

—Buenas noches, mamá —murmuró Gwen, y la vio desaparecer por el pasillo.

Esperó hasta que el ruido de la puerta al cerrarse resonó en el silencio y luego dejó escapar un suspiro tembloroso. «Afróntalo, Gwen, te estás enamorando del amante de tu madre». Se quedó mirando un momento sus manos vacías. No bastaba con no hacer nada, se dijo. «Podría haberlo evitado. Pero no quería. Ahora ya no puedo hacer nada, excepto salir de este embrollo mientras todavía pueda. Es hora de mirar las cosas de frente». Levantó la barbilla y comenzó a subir las escaleras del tercer piso. Sin pararse a pensar en lo que hacía, llamó a la puerta de Luke.

—¿Sí? —contestó él de inmediato con voz cortante.

Gwen se resistió al deseo de dar media vuelta y huir. Giró el picaporte y abrió la puerta. Luke estaba sentado en medio de su particular desorden. Tecleaba con rápido ritmo de *staccato*, y sus ojos tenían una mirada intensa y reconcentrada. Los vaqueros descoloridos y bajos de cintura eran su única concesión al pudor. Un levísimo perfume a lilas impregnaba el aire. Gwen se humedeció los labios y procuró no mirar las sábanas revueltas de la cama.

«Estoy enamorada de él», pensó de pronto, y al mismo tiempo recordó que era imposible que lo estuviera. «Tendré que encontrar un modo de olvidarme de él», se dijo, ahuyentando una súbita punzada de congoja. «Tendré que empezar ahora mismo». Mantuvo la cabeza alta, cerró la puerta y se recostó contra ella.

—Luke...

—¿Mmm? —él levantó la mirada distraídamente, tecleando todavía. Su expresión cambió cuando fijó la mirada en ella. Sus manos quedaron quietas—. ¿Qué haces aquí? —había tal impaciencia en su voz que Gwen

se mordió el labio inferior.

–Siento interrumpirte, pero necesito hablar contigo.

–¿A estas horas? –su tono era cortés, pero incrédulo–. Anda, vete a la cama, Gwen. Estoy ocupado.

Gwen se tragó su orgullo.

–Luke, por favor, es importante.

–Y también lo es mi cordura –masculló él sin cambiar de ritmo.

Ella se pasó una mano por el pelo. «Cordura», pensó, desesperada, «yo debí de perder la mía en el momento en que dejó el hacha en el suelo y se acercó a mí».

–Me lo estás poniendo muy difícil.

–¿Yo? –replicó él, enfadado–. ¿Yo te lo estoy poniendo difícil? ¿Te das cuenta de cómo me miras? ¿Sabes cuántas veces me he descubierto a solas contigo estando tú medio desnuda? –Gwen se llevó la mano instintivamente al escote de la bata–. Contrariamente a lo que piensa la gente –prosiguió él mientras se acercaba a una mesita que había al otro lado de la habitación–, soy un mortal dotado de los instintos habituales –se sirvió un vaso de coñac de la botella que había en la mesa–. Maldita sea, te deseo, Gwen. ¿Es que no te lo he dejado claro?

Hablaba con aspereza. Gwen sintió que las lágrimas le ardían en la garganta. Cuando habló, su voz sonó densa.

–Lo siento, no quería... –se interrumpió, encogiéndose de hombros con impotencia.

–Por el amor de Dios, no llores –dijo él, irritado–. No estoy de humor para darte un par de besos de consuelo y mandarte a la cama. Si te toco, no te irás de aquí en toda la noche –sus ojos se encontraron. Ella se tragó hasta el recuerdo de las lágrimas–. En este momento no me siento muy civilizado, Gwen. Ya te dije que tengo un límite. Bueno, pues lo he alcanzado –levantó la botella y se sirvió coñac otra vez.

La tentación acarició levemente la piel de Gwen. Luke la deseaba; ella casi podía paladear su deseo. Qué fácil sería dar un pequeño paso

y robar una noche, un instante. La noche sería intensa y plena. «Pero la mañana estaría vacía». Gwen bajó los ojos y luchó con su propio corazón. Sabía que, cuando la pasión de Luke quedara saciada, el amor que sentía por él estaría condenado a morir de hambre. «El amor ha encontrado otra tonta», pensó con resignación. «Lo mejor es acabar cuanto antes».

–Esto no me resulta fácil –le dijo en voz baja y, aunque procuraba conservar la calma, lo miró con expresión trágica–. Necesito hablar contigo sobre mi madre.

Luke se giró y se acercó a las puertas de la terraza. Las abrió de par en par y se quedó contemplando la oscuridad.

–¿Qué pasa con ella?

–Ha sido un error entrometerme –Gwen cerró los ojos con fuerza e intentó que su voz sonara más fuerte–. Me equivoqué al venir aquí pensando que podía decidir con quién podía o no relacionarse mi madre.

Luke masculló una maldición y se giró para mirarla. Ella lo vio luchar con su propia ira.

–Eres una idiota. Anabelle es una mujer preciosa...

–Por favor –se apresuró a interrumpirlo Gwen–, déjame acabar. Necesito decirte esto, y me resulta muy difícil. Me gustaría decirlo de una vez –estaba inmóvil, con la espalda pegada a la puerta, lista para escapar. Luke se encogió de hombros, se sentó en su silla y le indicó que continuara–. No me corresponde a mí decidir lo que le conviene a mi madre, y no tengo derecho a entrometerme en su vida. Estar contigo la hace feliz, eso no puedo negarlo –su aliento tembló antes de que pudiera aquietarlo–. Y no puedo negar que me siento atraída por ti. Pero eso se arregla con la distancia. Creo... creo que, si nos mantenemos alejados mientras esté aquí, todo irá bien.

–¿En serio? –Luke dejó escapar una rápida risa y dejó el vaso sobre la mesa–. Tu lógica resulta apabullante –se frotó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

Gwen frunció el ceño al ver aquel gesto; le parecía, sin que supiera por qué, fuera de lugar.

–Me voy la semana que viene –le dijo–. No hay razón para que me quede, y he dejado algunas cosas pendientes en Nueva York –se volvió hacia la puerta apresuradamente.

–Gwen –la voz de Luke la detuvo, pero no se atrevió a volverse–. No pierdas el tiempo con Michael.

–No pienso hacerlo –contestó ella con voz estrangulada.

Cegada por las lágrimas, abrió la puerta y se lanzó a la oscuridad.

## **Doce**

Gwen se vistió cuidadosamente. Dilató el proceso entreteniéndose con los botones de la blusa de color violeta pálido. Tras pasar otra noche sin dormir, sabía que no podía quedarse ni un día más bajo el mismo techo que Luke. En lo tocante al amor, no podía mostrarse mundana, madura y filosófica. Se acercó al armario y sacó las maletas.

Cuando dos mujeres se enamoraban del mismo hombre, pensó, una de ellas tenía que perder. «Si fuera otra, podría competir con ella». Abrió la primera maleta. «Pero ¿cómo compite una hija con su propia madre? Aunque gane, sale perdiendo. Pero yo en realidad no he perdido», se dijo mientras se acercaba a la cómoda y abría un cajón. «Para perder algo, primero hay que tenerlo. Y yo nunca he tenido a Luke».

Hizo las maletas cuidadosamente, aprovechando la tarea para distraerse. No quería pensar en lo que haría cuando llegara a Nueva York. Mientras recogía sus cosas, no tenía ni pasado ni futuro; sólo presente. Sin embargo, pronto tendría que enfrentarse a los vaivenes de su vida.

–Gwen –Anabelle llamó rápidamente a la puerta y asomó la cabeza–. ¿Has visto...? ¡Vaya! –abrió la puerta de par en par al ver las maletas medio hechas–. ¿Qué es esto?

Gwen se humedeció los labios y procuró aparentar calma.

–Tengo que volver a Nueva York.

–Ah –dijo su madre con evidente desilusión–. Pero si acabas de llegar. ¿Vas a volver con Michael?

–No, mamá, no voy a volver con Michael.

–Entiendo –se quedó callada un momento–. ¿Hay algún problema en tu oficina?

La excusa era tan perfecta que Gwen estuvo a punto de decir que sí. Pero aquella mentira no salió de sus labios.

–No.

Anabelle ladeó la cabeza al advertir la inflexión de su voz y cerró suavemente la puerta a su espalda.

–Ya sabes que no me gusta fisgonear, Gwen, y sé que eres muy reservada, pero... –suspiró y se sentó en la cama de Gwen–. Creo que será mejor que me digas qué está pasando.

–Oh, mamá –Gwen se dio la vuelta y apoyó las manos sobre la cómoda–. Es un lío tan espantoso...

–No puede ser para tanto –Anabelle cruzó las manos sobre el regazo–. Cuéntamelo todo sin rodeos. Es lo mejor.

Gwen respiró hondo y contuvo el aliento.

–Estoy enamorada de Luke –dijo de corrido, y luego dejó salir el aire con un leve soplido.

–¿Y...? –insistió Anabelle.

Los ojos de Gwen se posaron en el espejo, buscando los de su madre.

–Mamá, he dicho que estoy enamorada de Luke.

–Sí, querida, eso ya lo he oído. Estoy esperando que me cuentes lo de ese lío tan espantoso.

–Mamá –Gwen se dio la vuelta. Anabelle sonrió con paciencia–, no es un enamoramiento de colegiala, ni un capricho pasajero. Estoy enamorada de él de verdad.

–Bueno, eso está muy bien.

–Creo que no lo entiendes –Gwen se tapó la cara con las manos un momento y luego bajó las manos–. Incluso quería... hacer el amor con él.

Anabelle se sonrojó suavemente y se alisó la falda.

–Sí, bueno... estoy segura de que es perfectamente natural. No creo que tú y yo hayamos hablado nunca de... pájaros y abejas... ya sabes...

–Cielo santo, mamá –dijo Gwen con impaciencia–. No necesito una

lección sobre sexo. Lo sé todo sobre eso.

–¿Ah, sí? –Anabelle levantó las cejas con maternal reproche–. Entiendo.

–No, no me refería a que... –Gwen se detuvo, exasperada. «¿Cómo se me ha escapado de las manos esta conversación?», se preguntó–. Mamá, por favor, esto ya me resulta bastante difícil. Vine a casa para librarme de ese hombre, y antes de que me diera cuenta, me había enamorado de él. No lo tenía previsto. No quería que sucediera. Nunca, jamás, haría nada que pudiera herirte, y estaba equivocada porque los años no importan, y nadie tiene derecho a decidir por los demás. Tengo que irme porque os quiero muchísimo a los dos, ¿es que no lo entiendes? –concluyó con una nota de desesperación, y se dejó caer a los pies de su madre.

Anabelle se quedó mirando pensativamente su triste semblante.

–Puede que lo entienda dentro de un momento –contestó, frunciendo el ceño–. No, la verdad es que no lo entiendo. ¿Por qué no lo intentas otra vez? Empieza por la parte sobre que viniste aquí para librarte de Luke. Creo que ahí es donde me he perdido.

Gwen sollozó y aceptó el pañuelo de encaje de su madre.

–Quería que se fuera porque pensaba que estaba mal que estuvieras liada con él. Pero no era asunto mío...

–¿Cómo has dicho? –la interrumpió Anabelle, y su mano se detuvo cuando se disponía a acariciar los rizos de Gwen–. ¿Liada con él? –repitió, parpadeando rápidamente–. ¿Liada con él? ¿Con Luke? –para asombro de Gwen, su madre echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Su risa sonó joven y fresca–. ¡Qué maravilla! Ay, cariño, cariño, qué halagador, Dios mío –sonrió y sus mejillas se sonrojaron de placer–. Y con un joven tan guapo... Debe de ser... –se detuvo y agitó las pestañas–, bueno, uno o dos años más joven que yo –se echó a reír otra vez y dio unas palmadas mientras Gwen la miraba boquiabierta de asombro. Luego se inclinó y le dio un sonoro beso a su hija–. Gracias, mi dulce niña. No sé cuándo fue la última vez que me hicieron

un cumplido tan bonito.

–Ahora soy yo la que no entiende nada –Gwen se enjugó las lágrimas–. ¿Me estás diciendo que Luke y tú no estáis enrollados?

–Oh, por favor –Anabelle hizo girar los ojos–. Qué bruta eres.

–Mamá, por favor, estoy a punto de volverme loca –Gwen se apretó los ojos con los dedos un momento. Luego se levantó y empezó a pasearse por la habitación–. Hablabas sin parar de él en todas tus cartas. Decías que era el hombre más maravilloso que habías conocido. Que no podías pasar sin él. Y anoche mismo bajabas de su habitación en plena noche. Y, además, te comportas de forma extraña –Gwen se giró y se puso a pasear en la otra dirección–. No puedes negarlo. Cierras la puerta con llave y siempre que puedes me echas de casa con la excusa más estúpida.

–Oh, querida –Anabelle chasqueó la lengua y se atusó el pelo con una mano–. Empiezo a comprender. Supongo que ha sido una tontería por mi parte mantenerlo en secreto –se levantó, sacó una blusa de la maleta de Gwen, la sacudió y se acercó al armario–. Sí, está claro que es culpa mía. Pero quería darte una sorpresa. Pobrecilla, no me extraña que estuvieras tan desanimada y tan confusa. Yo pensaba que era por Michael, pero no era por él en absoluto, ¿verdad? Lo de Luke es mucho más lógico, claro –colgó cuidadosamente la blusa–. Ahora que lo pienso, entiendo perfectamente que pensaras eso –se acercó otra vez a la maleta mientras Gwen intentaba hacer acopio de paciencia–. Luke y yo no estamos liados, aunque te agradezco que lo creyeras posible, querida. Es cierto, sin embargo, que estamos colaborando en cierto sentido. ¿Por qué no te sientas?

–Creo –dijo Gwen– que voy a ponerme a gritar de un momento a otro.

–Tú siempre tan impaciente –suspiró Anabelle–. Bueno, esto resulta un poco violento. Me siento tan estúpida... –se llevó las manos a las mejillas, que empezaban a ponerse coloradas–. En fin, espero que no te rías de mí. Yo... estoy escribiendo un libro –confesó

atropelladamente.

–¿Qué? –exclamó Gwen, y se llevó una mano a la oreja, creyendo que había oído mal.

–Siempre he querido escribir, pero no creí que pudiera hacerlo hasta que Luke me animó –en la voz de Anabelle se mezclaban la emoción y la vergüenza–. Siempre he tenido historias preciosas rondándome por la cabeza, pero nunca tuve valor para escribirlas. Luke dice... –Anabelle alzó la barbilla y pareció resplandecer, llena de orgullo... dice que tengo talento natural.

–¿Talento? –repitió Gwen mientras se dejaba caer en la cama.

–¿No es un encanto? –preguntó Anabelle, entusiasmada. Sacudió uno de los vestidos que había guardado Gwen y se acercó al armario–. Me ha ayudado muchísimo, y me ha dado tantos ánimos... Ni siquiera le importa que me presente en su habitación para contarle una idea. Anoche mismo interrumpió su trabajo para escucharme.

Gwen cerró los ojos al recordar las conclusiones a las que había llegado la noche anterior.

–¡Oh, cielo santo! ¿Por qué no me lo dijiste?

–Quería darte una sorpresa. Y, para serte sincera, creía que ibas a pensar que era tonta –empezó a sacar cuidadosamente la ropa interior de Gwen–. Vaya, qué camisón tan bonito. En Nueva York hay unas tiendas preciosas. Además, está el asunto del dinero.

–¿El dinero? –repitió Gwen. Abrió los ojos y procuró seguir el sinuoso tren del pensamiento de su madre–. ¿Qué dinero?

–Luke cree que podré vender el manuscrito cuando lo acabe. Es... bueno, un asunto un poco prosaico, ¿no crees?

–Oh, mamá –Gwen volvió a cerrar los ojos.

–Lamento no haberte dicho nada y haber cerrado la puerta de mi habitación para que no me sorprendieras escribiendo. Y también haberte echado de casa para poder acabar el libro. No estarás enfadada conmigo, ¿verdad?

–No, no, no estoy enfadada –Gwen miró el rostro resplandeciente de

su madre y luego se tapó la cara con las manos y se echó a reír-. ¡Ay, Dios! ¡Qué tonta he sido! –se levantó rápidamente y abrazó a su madre-. Estoy orgullosa de ti, mamá. Muy orgullosa.

–Pero si aún no lo has leído –le recordó Anabelle.

–No me hace falta leerlo para estar orgullosa de ti. Y no creo que seas tonta. Creo que eres maravillosa –se apartó de ella un poco y observó su cara-. Luke tiene razón –dijo, besándola en las mejillas-. Eres una mujer preciosa.

–¿Eso te ha dicho? –Anabelle sonrió-. ¡Qué encanto! –tras darle una palmadita en el hombro, se acercó a la puerta-. Bueno, creo que ya está todo resuelto. Baja cuando hayas deshecho las maletas, y te dejaré leer los primeros capítulos de mi libro.

–Mamá –Gwen sacudió la cabeza-, no puedo quedarme...

Anabelle abrió la puerta y sonrió.

–Ah, Luke. Qué buena suerte encontrarte aquí. No te imaginas el lío que acabamos de aclarar Gwen y yo.

–¿Ah, sí? –Luke miró a Gwen y luego se fijó en las maletas abiertas sobre la cama-. ¿Vas a alguna parte?

–Sí.

–No –dijo Anabelle al mismo tiempo que su hija-. Ya no. Iba a irse a Nueva York, pero ya lo hemos arreglado todo.

–Mamá... –dijo Gwen en tono de advertencia, y se acercó a ellos.

–Se lo he confesado todo –le dijo Anabelle a Luke con una luminosa sonrisa-. Ya sabe lo de mi afición secreta. La pobrecilla pensaba que estábamos teniendo una aventura.

–¿Y no es verdad? –Luke se llevó la mano de Anabelle a los labios.

–Ay, qué diablillo eres –Anabelle le dio una palmada en la mejilla, complacida-. Bueno, ahora tengo que irme, pero estoy segura de que a Luke le interesará saber eso que me has dicho de que estás enamorada de él, Gwen.

–¡Mamá! –exclamó su hija, indignada.

–Cerraré la puerta –le dijo Anabelle a Luke-. Gwen es muy reservada.

–Ya lo hago yo –dijo Luke, y le besó de nuevo la mano. Anabelle desapareció, sonrojada de placer–. Una mujer realmente maravillosa – comentó Luke, y cerrando cuidadosamente la puerta, echó la llave. Volteó un momento la llave en su mano, observándola, y luego se la guardó en el bolsillo. Gwen decidió que la mejor estrategia era no decir nada–. Ahora, supón que me dices eso que le has dicho a tu madre de que estás enamorada de mí.

Gwen comprendió al mirar sus ojos serenos que aquello no iba a resultarle fácil. No le serviría de nada ponerse furiosa mientras él tuviera la llave. Era vital que se mantuviera tan calmada como él.

–Te debo una disculpa –dijo mientras se acercaba al armario con aparente naturalidad. Sacó el vestido que Anabelle acababa de colgar, lo dobló y lo guardó de nuevo en la maleta.

Luke siguió parado junto a la puerta, observando sus movimientos.

–¿Por qué exactamente?

Gwen se mordió el labio inferior con fuerza y se acercó otra vez al armario.

–Por las cosas que dije sobre mamá y sobre ti.

–¿Te estás disculpando por creer que Anabelle y yo éramos amantes? –Luke sonrió por primera vez, y aunque Gwen lo notó en su voz, no se volvió para mirarlo–. Yo me lo tomé como un cumplido.

Gwen se giró lentamente y decidió actuar como si nada hubiera pasado. Era imposible, se dijo, humillarse más de lo que ya se había humillado.

–Soy consciente de que me he puesto en ridículo. Y sé que merezco sentirme tan ridícula como me siento. Si miro atrás, creo que el primer día decidiste darme una lección. Nunca admitiste que estuvieras liado con mi madre; sencillamente, me dijiste que no era asunto mío. En aquel momento mis sentimientos eran distintos –Gwen se detuvo para recuperar el aliento, y Luke se acercó y se recostó cómodamente contra uno de los postes de la cama–. Estaba equivocada y tú tenías razón. No era asunto mío. Has conseguido darme una lección dejando

que llegara yo sola a ciertas conclusiones. Aunque reconozco que también ayudó el extraño comportamiento de mi madre y el afecto que te demostraba. Podrías, naturalmente, haberme ahorrado muchas ansiedades y humillaciones si me lo hubieras explicado todo, pero preferiste ponerme en mi sitio. Pues ya lo ha conseguido, señor Powers –continuó, cada vez más enojada–. Me has dado una auténtica lección. Ahora, me gustaría que salieras de aquí y me dejaras en paz. Si hay algo que quiero por encima de todo, es no volver a verte. Sólo puedo dar gracias por que vivamos cada uno en un extremo del país.

Luke esperó un momento mientras ella sacaba dos faldas del armario y las metía en la maleta.

–¿Puedo copiar ese discurso para mi archivo?

Gwen se giró bruscamente, echando chispas por los ojos.

–¡Eres un bestia y un insensible! No pienso arrastrarme más ante ti. ¿Qué más quieres?

–¿Arrastrarte? –preguntó él, enarcando una ceja con interés–. Es fascinante. Lo que quiero –continuó– es que me expliques eso que dijo tu madre antes de salir de la habitación. Me parece muy interesante.

–Tú lo quieres todo, ¿verdad? –le espetó Gwen, cerrando de golpe la tapa de una de las maletas–. Está bien, entonces, te lo diré. De todas formas, qué más da ya –tomó aliento para que las palabras le salieran rápidamente–. Te quiero. ¿Qué vas a hacer ahora que lo sabes? –preguntó con aspereza, manteniendo la cabeza muy alta–. ¿Escribir una escena cómica para uno de tus libros?

Luke se quedó pensando un momento y luego se encogió de hombros.

–No. Creo que voy a casarme contigo.

Gwen lo miró con estupor.

–Eso no tiene gracia.

–No, dudo que el matrimonio tenga gracia. Pero estoy seguro de que también tiene sus buenos ratos. En fin, habrá que averiguarlo –se incorporó, se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros–.

Muy pronto.

–No me toques –susurró ella, e intentó desasirse.

–Claro que voy a tocarte –la hizo volverse para que lo mirara–. Voy a hacer mucho más que tocarte. Idiota –dijo con aspereza cuando vio sus ojos llenos de lágrimas–, ¿tan ciega estás que no ves por lo que me has hecho pasar? Te deseé desde el primer momento que te vi. Estabas ahí, sonriéndome, y sentí como si me hubieran golpeado con un objeto contundente. Quería darte una lección, sí, pero no esperaba que me la dieras tú a mí. No esperaba que una chiquilla flacucha se enredara en mi alma hasta el punto de que no puedo quitármela de la cabeza –la apretó contra sí mientras ella lo miraba, fascinada–. Te quiero con locura –murmuró antes de apoderarse de su boca apasionadamente.

«Estoy soñando», pensó Gwen, aturdida, mientras Luke le besaba la cara y saboreaba su piel. «Tiene que ser un sueño». Le echó los brazos al cuello y se abrazó a él, rezando por no despertarse nunca.

–Luke... –logró decir antes de que él la acallara de nuevo con un beso–. Dime que lo dices en serio –suplicó mientras él le besaba el cuello–. Por favor, dime que lo dices en serio.

–Mírame –ordenó él, tomando su barbilla en la mano. Ella lo miró y al instante encontró la respuesta que buscaba. La alegría bulló dentro de ella y escapó en forma de risa. Luke se echó a reír y apoyó su frente contra la de ella–. Creo que te he dado una buena sorpresa.

–Oh, Luke –ella hundió la cara en su hombro y lo abrazó con todas sus fuerzas–. No estoy sorprendida, estoy loca de alegría –suspiró, desfallecida por la risa y aturdida de amor–. ¿Cómo ha ocurrido todo esto?

–No tengo ni la menor idea –Luke le besó suavemente la coronilla–. Enamorarme de ti no entraba en mis planes.

–¿Por qué? –preguntó ella, y frotó su mejilla contra la de él–. Soy una persona muy amable.

–Eres una niña –contestó él, perdido en el olor de su pelo–. ¿Te das

cuenta de lo que estaba haciendo cada uno de nosotros cuando yo tenía tu edad? –se echó a reír–. Yo estaba trabajando en mi segunda novela, y tú estabas haciendo dibujitos con tus ceras de colores.

–Nos llevamos doce años, no veinte –contestó Gwen, y deslizó las manos bajo su camisa para sentir el calor de su espalda–. Y, después de todo lo que ha pasado, no puedes darle importancia a la diferencia de edad, y menos aún a una diferencia de edad de doce años. No tendrás un doble rasero, ¿no? –preguntó, enarcando una ceja.

Luke le dio un leve tirón de pelo.

–No es sólo por los años. Eres tan inocente, tan pura... Me estabas volviendo loco de deseo, y enamorarme de ti sólo empeoró las cosas – le dio un ligero beso detrás del oído y ella se estremeció de placer–. Hasta anoche mismo estaba decidido a no aprovecharme de tu inocencia. Una parte de mí todavía te quiere así.

–Espero que el resto de ti tenga más sentido común –Gwen echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

–Hablo en serio.

–Yo también –deslizó un dedo por su mandíbula–. Compra el retrato de Bradley, si quieres una imagen de pureza.

–Ya lo he hecho –Luke sonrió y le besó los dedos de la mano–. ¿No creerás que iba a dejar que fuera de otro?

–Yo también quiero ser tuya –Gwen se apretó contra él, y la expresión de regocijo abandonó el semblante de Luke–. Soy una mujer, Luke, no una niña, ni una imagen. Te quiero, y te deseo –se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Luke la acarició con avidez mientras ella se estremecía de excitación. Su amor pareció expandirse, rodeándola hasta que no quedó nada más. Se apretó más contra él, ofreciéndoselo todo. Fue él quien se apartó y, dejando escapar un suspiro, sacudió la cabeza.

–Gwen, me cuesta recordar que eres la hija de Anabelle y que tu madre confía en mí.

–Intento hacértelo imposible –replicó ella. Podía sentir la velocidad

de los latidos del corazón de Luke, y experimentaba una gozosa y nueva sensación de poder—. ¿No vas a corromperme?

—Sin duda alguna —dijo él y, tomando su cara entre las manos, le besó la nariz—. Cuando nos casemos.

—Oh —Gwen hizo un mohín y luego se encogió de hombros—. Es lo más sensato, supongo. Michael era siempre muy sensato.

Luke achicó los ojos al ver su mirada malévola.

—Eso —dijo con claridad—, ha sido un golpe bajo. ¿Sabes lo cerca que estuve de arrancar el teléfono anoche, cuando te oí hablar con él?

—¿En serio? —la cara de Gwen se iluminó—. ¿Estabas celoso?

—Podría decirse así —dijo Luke.

—Bueno —Gwen se quedó pensando e intentó no sonreír—, supongo que es lógico. Como te decía, es un hombre muy sensato. Pero no te preocupes, estoy segura de que eres igual de sensato que él.

Luke se quedó mirándola fijamente, pero Gwen logró contener la risa y se limitó a esbozar una leve sonrisa.

—¿Me estás desafiando a besarte hasta que perdamos el juicio?

—Oh, sí —dijo ella, y cerró los ojos—. Hazlo, por favor.

—Nunca he podido resistirme a un desafío —murmuró Luke, estrechándola entre sus brazos.